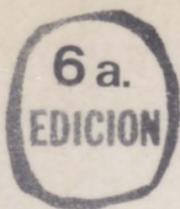


LOS GRANDES PROBLEMAS NACIONALES



ALONSO AGUILAR M., FERNANDO
CARMONA, JORGE CARRION

PROBLEMAS DEL CAPITALISMO MEXICANO

capitalismo monopolista de estado y crisis anarquía y desigualdad el desempleo, creación capitalista inflación, devaluación, más inflación atraso y explotación en el campo industrialización deformada y deformante parasitismo del comercio y los servicios "cinturones" de miseria, "smog" y desempleo urbano desequilibrio externo permanente desajustes financieros internos concentración y monopolio inequitativo reparto del ingreso el estado y el régimen político el pri y el control político nacionalismo y reformismo "democracia" y represión la dependencia estructural se agudiza polarización y estratificación de la estructura de clases la lucha de clases la vía mexicana al socialismo.



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

ALONSO AGUILAR M., FERNANDO CARMONA
y JORGE CARRIÓN

PROBLEMAS DEL CAPITALISMO MEXICANO

Ensayos



E D I T O R I A L
NUESTRO TIEMPO, S. A.

Colección: *Los Grandes Problemas Nacionales*

Derechos Reservados conforme a la ley

© Editorial Nuestro Tiempo, S. A.

Avenida Copilco 300

Locales 6 y 7

México 20, D. F.

ISBN-968-427-023-2

Primera edición: Revista ESTRATEGIA No. 12

Noviembre-diciembre de 1976

Segunda edición: Enero de 1977

En NUESTRO TIEMPO:

Tercera edición: 1977

Cuarta edición: 1978

Quinta edición: 1980

Sexta edición: 1981.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

CONTENIDO

Presentación	7
I. Capitalismo monopolista y crisis	9
II. Anarquía y desigualdad	17
III. El desempleo, creación capitalista	22
IV. Inflación, devaluación, más inflación	29
V. Atraso y explotación en el campo	37
VI. Industrialización deformada y deformante	44
VII. Parasitismo del comercio y los servicios	52
VIII. «Cinturones» de miseria, «smog» y desempleo urbanos	58
IX. Desequilibrio externo permanente	65
X. Desajustes financieros internos	73
XI. Concentración y monopolio	81
XII. Inequitativo reparto del ingreso	87
XIII. El Estado y el régimen político	93
XIV. El PRI y el control político	102
XV. Nacionalismo y reformismo	109
XVI. «Democracia» y represión en México	116
XVII. La dependencia estructural se agudiza	122
XVIII. Polarización y estratificación de la estructura de clases	129
XIX. La lucha de clases	134
XX. La vía mexicana al socialismo	143

PRESENTACIÓN

Este trabajo fue publicado inicialmente por la revista *Estrategia* en su entrega número doce, correspondiente a los meses noviembre-diciembre de 1976. El interés con que fue recibido agotó rápidamente su tiraje por lo que se hizo necesario poner en circulación una segunda edición, que corrió con la misma fortuna que la primera. Hoy, EDITORIAL NUESTRO TIEMPO lo acoge en su colección "Los grandes problemas nacionales" considerando que el material cumple con los propósitos enunciados por la redacción de la revista en su edición original, en el sentido de examinar, en un nivel analítico, algunos de los problemas del capitalismo del subdesarrollo y la dependencia estructural en un lapso específico: el correspondiente al sexenio en que fue presidente de México el Lic. Luis Echeverría.

En cuanto a los límites del enfoque adoptado, los autores de este trabajo colectivo* dejaron entonces asentado lo siguiente: "No pretendemos haber agotado los posibles temas y ni siquiera los aspectos que configuran a cada uno de ellos, sobre todo cuando a problemas que son producto

* Alonso Aguilar M., Fernando Carmona y Jorge Carrión solicitan dejar constancia de que en la elaboración de este trabajo se contó con la asistencia de los Sres. Arturo Garmendia, Gastón Martínez y Rufino Perdomo, de la redacción de la revista *Estrategia*, que contribuyeron haciendo acopio de materiales, procesándolos y redactando inicialmente algunos de los temas de cuya versión final son responsables quienes con su firma avalan el libro.

de esas características del sistema mexicano [el subdesarrollo y la dependencia estructural], se añaden por una parte los de la fase de capitalismo monopolista de Estado, y por otra la crisis cíclica y estructural que internacionalmente sacude a todo el mundo capitalista. Más bien se trató de integrar un espectro de conflictos, contradicciones y modos cada vez más ineficaces como los intenta resolver el sistema —doblemente impedido por la incapacidad histórica de la burguesía y por el dinamismo del proceso capitalista que opera como multiplicador de conflictos insolubles— mediante el reformismo burgués dentro del férreo corsé de la dependencia estructural. Se seleccionaron los más visibles problemas, pero en sus líneas fronterizas se expresan muchos otros que los enlazan y aprisionan a la sociedad en su tupida red.

“El propósito es ofrecer una visión que muestre, junto con los cambios que evidentemente ha habido ya sea producto de aquella dinámica, ya de la actividad reformista, cómo el proceso del capitalismo conduce a su extinción y a la vez cómo sin el concreto conocimiento de las modalidades que adquiere en nuestro país, sin el análisis de las circunstancias y examen de su causalidad y manifestaciones, resulta imposible la forja de la estrategia, la táctica y el programa revolucionario destinados a precipitar aquella extinción”.

Interesante sin duda este primer boceto de nuestra situación económica, política y social, y útil para informar e ir enraizando en la realidad nacional una visión suya que aspira no sólo a registrarla con creciente precisión, sino, a partir de ello, contribuir a transformarla.

I

CAPITALISMO MONOPOLISTA Y CRISIS

De dónde partimos y hacia dónde vamos

Funcionarios del gobierno, empresarios privados y economistas al servicio de la clase en el poder gustan repetir que la nuestra es una economía «mixta», una economía no comprometida en la que bajo el régimen jurídico de la Constitución Política de 1917 y conforme al ideario democrático de la Revolución de 1910, los intereses individuales y colectivos y aun los más graves conflictos de clase se concilian armónicamente dentro de un sistema social que, sin ser capitalista ni socialista, escaparía a los extremos y a las fallas de uno y otro y tomaría, de ambos, lo mejor; esto es, del capitalismo supuestamente la libertad y del socialismo la justicia. La fórmula es sin duda hábil, atrayente y engañosa; es menos burda que la que, con igual propósito, se ha hecho circular por la ideología burguesa en otros países capitalistas sobre todo desde los años de la segunda guerra mundial. De un plumazo consigue librar a la sociedad mexicana, al menos de palabra y retóricamente, de los más graves problemas que la aquejan.

Pero los hechos suelen ser tercios y, por mucho que se intente ignorarlos en simplistas y aun sofisticados alegatos acaban a la postre por imponerse. Y el hecho insoslaya-

ble es que no importa cuanto se empeñen la burguesía y sus ideólogos en negarlo México es un país capitalista, un país, por lo tanto, ni aislado sino que se desenvuelve en el seno y formando orgánicamente parte del sistema capitalista. Lo que quiere decir que al margen de otras consideraciones y de especificidades y rasgos propios que es menester no olvidar, a nuestro país le son aplicables las leyes que rigen el desarrollo del capitalismo, y concretamente aquellas que, en la presente fase del imperialismo, condicionan el desenvolvimiento del capitalismo monopolista de Estado. Si esto no se entiende a fondo y si la forma en que esas leyes operan no se conoce con precisión resulta muy difícil comprender los grandes problemas de nuestra patria e imposible, desde luego, resolverlos. De ahí que el primer problema al que debemos enfrentarnos es saber en dónde estamos, es decir, de dónde partimos y hacia dónde vamos, pues toda situación social y política es siempre, no un dato dado, sino un proceso continuo y cambiante de relaciones y contradicciones sobre las que no puede actuarse con éxito, casual ni espontáneamente.

Del capitalismo premonopolista al capitalismo monopolista de Estado

El capitalismo y sobre todo el mundo de hoy no son idénticos a los de hace cincuenta o cien años. Hasta fines del siglo pasado predominó el capitalismo premonopolista o de libre concurrencia. A principios del xx, cuando el desarrollo del capital monopolista hizo nacer el imperialismo, la sociedad capitalista se extendía al parecer sin tropezar con obstáculos insalvables y aun con la pretensión de ser la única forma racional y viable de organización económica y social. La guerra iniciada a fines de 1914 fue un signo de que las contradicciones del capitalismo se acentuaban grandemente; pero como el conflicto hizo crecer la actividad económica y sobre todo la demanda a base de enormes gastos improductivos, cuando en octubre

de 1917 estalló la revolución socialista en Rusia, de momento no se comprendió bien su significación histórica ni la influencia decisiva que ejercería sobre el mundo capitalista.

Dicha revolución puso fin a la universalidad del capitalismo. Y aunque Rusia sería invadida por los ejércitos de las grandes potencias desde prácticamente todos los puntos cardinales, la primera guerra mundial y sobre todo el triunfo y la consolidación del primer estado proletario señalarían el principio de una nueva etapa del imperialismo —la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado— y de una crisis general, ya no solamente cíclica, que además de intensificar viejas contradicciones agregaría una nueva y de mayor alcance histórico (capitalismo/socialismo), como expresión internacional de la lucha de clases y del antagonismo principal en la época de transición al socialismo.

El capitalismo monopolista de Estado —que en la teoría leninista es la última fase del imperialismo— cobra impulso y se reafirma a partir de la crisis de 1929 y de la severa depresión de los años treinta, y especialmente al calor de la segunda guerra mundial y bajo el impulso del anticomunismo y la reconstrucción económica de los años de la guerra fría. Y aunque el desarrollo del sistema a escala mundial se vuelve a partir de entonces aun más desigual y contradictorio que antes, la creciente concentración y centralización del capital, el cada vez más alto grado de monopolio y las nuevas formas de integración e internacionalización en que se expresa la socialización de la producción capitalista, extienden y refuerzan el capitalismo monopolista de Estado, el que ya no sólo será privativo de las grandes potencias sino que empezará a desenvolverse con rapidez en algunos países capitalistas subdesarrollados.

Estrategia considera —y en sus dos primeros años de vida ha tratado de demostrarlo— que ello acontece en México a partir de los años cincuenta, y que si bien el proceso exhibe modalidades propias que lo distinguen en

muchos aspectos del que es característico de los grandes países capitalistas tanto entonces como en los treinta o cuarenta años previos, tiene a la vez rasgos comunes que descubren la acción de las mismas leyes y que permiten afirmar que el capitalismo mexicano es, hoy en día, un capitalismo monopolista de Estado.

No repetiremos aquí lo ya dicho en muchos números previos de la revista. Nos limitaremos a subrayar que a diferencia de lo que ocurre en otros países subdesarrollados, el capital monopolista de Estado condiciona sin duda actualmente en México el proceso de acumulación de capital y, en un sentido más profundo y global la suerte toda del sistema, es decir el carácter de las relaciones de producción, las formas de la división técnica y social del trabajo, los métodos de producción, y las condiciones de distribución e intercambio del producto, los patrones de consumo, las modalidades del ciclo económico, las formas de explotación del trabajo y de reparto de la plusvalía, la estructura de clases y, en buena parte, las luchas entre ellas, el carácter del Estado y el de la oligarquía financiera; y en fin, tanto el régimen político y la forma en que se ejerce el poder como el papel tributario que nuestra economía ocupa en el sistema capitalista internacional.

Especificidad del capitalismo mexicano

Si no comprendemos que el complejo mecanismo a través del cual se entrelazan los factores económicos, sociales y políticos, internos e internacionales que condicionan el desarrollo actual de la sociedad mexicana es el capitalismo monopolista de Estado, menos aún podremos determinar y entender la etapa en que vivimos y las contradicciones que le son propias; y ni qué decir acerca de la posibilidad de actuar eficazmente sobre ellas, situar al principal enemigo, descubrir y ayudar a liberar las fuerzas motrices del cambio social y ganar a los aliados capaces de hacer triunfar una estrategia revolucionaria.

Lo que en otras palabras significa que solamente sabiendo con precisión en qué etapa nos hallamos, podremos definir cuáles son los principales problemas que aquejan a nuestro país y sentar seriamente las bases de su posible solución. Y postular que recorreremos una primera fase del capitalismo monopolista de Estado es ya una manera, mucho más precisa y práctica de lo que a primera vista pudiera parecer, de dar cuenta objetiva de esos problemas. En efecto ello quiere decir cosas fundamentales como éstas:

- La economía mexicana no es «mixta» ni está formada por un sector privado, uno supuestamente público y uno social que se entrelacen y apoyen armónicamente. Es una economía capitalista a la que le son inherentes graves desajustes y contradicciones que esencialmente derivan de la propiedad privada de los medios de producción y de la explotación del trabajo por parte de la burguesía.

- El capitalismo mexicano no es algo nuevo, llamado a resolver nuestros más graves problemas; es incluso la causa principal de muchos de ellos y el modo de producción dominante desde hace aproximadamente un siglo. La etapa en que se encuentra no es por tanto inicial sino, en un sentido histórico, la última del desarrollo del sistema.

- El grado de concentración y centralización del capital, si bien seguramente se acentuará en el futuro, corresponde ya a una situación de franco e irreversible dominio del capital monopolista en prácticamente todas las principales ramas de la producción y el comercio de bienes y servicios.

- La dependencia estructural del capitalismo mexicano, su atraso económico, el papel subordinado que le corresponde en el sistema y la incapacidad de la empresa privada nacional para mover el proceso a la manera clásica, dan al capital monopolista en un país como el nuestro una composición y formas de articulación que lo vuelven especialmente inestable y contradictorio, pues con dicha empresa compiten, entran en conflicto y a la vez se

relacionan estrechamente y aun apoyan en forma recíproca el capital monopolista extranjero y el capital del Estado.

- Del capital monopolista emerge una poderosa oligarquía financiera que controla los principales centros del poder económico y que influye grandemente en la toma de decisiones y aun ejerce el poder político, naturalmente sin necesidad de que cada puesto importante se confíe a un banquero, un industrial o algún otro magnate.

- La crisis que sufrimos no es únicamente cíclica ni menos todavía una crisis monetaria pasajera que haya de resolverse con una medida tan sencilla y elemental, pero a la vez tan dolorosa para el pueblo como la devaluación del peso. Es una crisis general que afecta al capitalismo en su conjunto y de la que, dentro de la actual estructura, no podrá escapar la sociedad mexicana. La severidad de la crisis comprueba la creciente intensidad de las contradicciones capitalistas y la incapacidad del sistema para resolverlas, en un momento en que el socialismo se consolida y empieza a determinar el curso de la historia. En otro sentido es una prueba de que si bien el sistema cuenta todavía con medios para hacer frente a ciertos problemas—gastos militares, dilapidación de recursos en múltiples formas de consumo y desperdicio, guerras «locales», enorme publicidad para estimular el consumo innecesario, etcétera—, su empleo resulta a menudo un remedio peor que la propia enfermedad.

- Aunque el predominio de las relaciones capitalistas—y aun concretamente monopolistas— no entraña en México un freno tal al desarrollo de las fuerzas productivas que lleve al estancamiento, la experiencia del último sexenio demuestra, incluso dramáticamente, que la contradicción fundamental del capitalismo (socialización de la producción/concentración monopolista de la propiedad) se ha agudizado, que el crecimiento económico ha sido lento e inestable, que la irracionalidad del sistema se ha extremado, que el capital privado nacional y extranjero

carece del impulso que tuvo en otros países y otros tiempos y que, aun para sostener el modesto crecimiento que entraña un aumento *medio* de alrededor de 2% anual del ingreso bruto por habitante, la clase en el poder ha echado mano de una severa inflación, desempleo masivo, múltiples desequilibrios internos, un endeudamiento sin precedentes, una fuerte devaluación monetaria, una explotación cada vez mayor de los trabajadores, el empleo de medios represivos y, pese al antimperialismo verbal y puramente retórico de muchos funcionarios, un saldo real de dependencia, sobre todo económica, mayor que en cualquier otro sexenio.

• La idea de que en un país como el nuestro el Estado puede resolver tales problemas, hacer frente a la crisis capitalista y abrir el cauce de un desarrollo nacional independiente es, a estas horas, mera ideología burguesa sin fundamento, o en el mejor de los casos, una ilusión pequeñoburguesa que la realidad se encarga, día a día, de desmentir. El Estado tiene un profundo contenido de clase, y aunque en su seno hay siempre contradicciones ello no le quita su carácter burgués, o sea el de un cuerpo que no sólo sirve a la clase dominante sino, sobre todo, a la oligarquía monopolista. Pero como esta función se cumple a través de las más diversas y a menudo encontradas medidas, así como al amparo de una autonomía relativa que incluso es necesaria para el desarrollo de aquélla, con frecuencia se producen desacuerdos y fricciones que lejos de ser ajenos al capitalismo monopolista de Estado, le son inherentes.

• El que el Estado, en contacto estrecho con los monopolios privados pase a ser un factor decisivo en el proceso de acumulación y por ende en la reproducción de las relaciones capitalistas, y el que en el marco de tales monopolios destaque a menudo —al menos en ciertos campos estratégicos— el capital extranjero, da al desarrollo económico, a la estructura social y la lucha de clases caracteres especiales. En efecto, el que el Estado explote di-

recta e indirectamente centenarse de miles de trabajadores productivos denuncia sin duda, ante los trabajadores más concientes, su carácter de clase y su verdadero papel en el sistema, e influye para que la lucha obrero-patronal se vuelva, cada vez más, una lucha política; y el que una parte significativa del capital monopolista sea extranjero refuerza la conciencia y la necesidad de la lucha antimperialista como elemento indisoluble de la causa de la liberación y el socialismo.

Todo lo anterior revela que si bien el capitalismo nunca podrá librarnos del subdesarrollo, la dependencia y la explotación, el que el sistema recorra nada menos que su última fase significa que la suerte está echada y que ya no es posible volver atrás y buscar, en un pasado supuestamente mejor que el presente la solución de nuestros problemas. Ni siquiera es posible dejar el camino ya en gran parte recorrido y optar por una vía no capitalista. Sólo avanzando hacia el futuro encontraremos las soluciones que buscamos, y para los mexicanos de hoy, el futuro es el socialismo. Dadas ciertas condiciones objetivas, de la capacidad organizativa, responsabilidad, decisión y entrega con que luchemos por él dependerá su proximidad.

II

ANARQUIA Y DESIGUALDAD

Más explotación, mayor irracionalidad

Se admite con frecuencia que el desarrollo de nuestro país es profundamente desigual y que, en tal virtud, exhibe marcadas diferencias entre regiones, sectores, actividades y niveles de ingreso de los diversos estratos y clases sociales. En general, los desequilibrios suelen atribuirse a problemas ancestrales o a políticas erróneas seguidas en el pasado. En las versiones oficiales nunca tienen que ver con la política del gobierno en turno ni con el carácter anárquico de la producción; siempre, en cambio, se ofrece superarlos mediante medidas más o menos intrascendentes o que al menos no atacan sus causas de fondo. A ello obedece que si bien se habla continuamente de la necesidad de lograr un desarrollo cada vez más racional, a medida que el capitalismo, y en particular el capitalismo monopolista se afirma como el modo de producción dominante en nuestro país, las cosas se vuelven más irracionales.

El capitalismo, como todo fenómeno social o de la naturaleza no se desenvuelve de manera arbitraria o caprichosa; no lo hace tampoco uniforme, gradual ni suavemente. Se mueve a saltos, a ritmos desiguales y en for-

ma siempre contradictoria. Todo lo cual expresa el funcionamiento de ciertas leyes y, específicamente, el carácter anárquico de la producción capitalista, una producción dispersa, atomizada entre numerosas empresas y a la vez profundamente social que, a través del mercado, o sea del intercambio mercantil y del sistema de precios, condiciona la división del trabajo en respuesta al móvil de lucro y al propósito de reproducir las relaciones capitalistas de explotación.

El que todo se mueva directa o indirectamente en respuesta al deseo de obtener, especialmente de parte del capital monopolista, la mayor ganancia posible, y no a satisfacer las necesidades de la población o a alcanzar otros fines socialmente útiles; el que bajo este sistema la explotación del hombre por el hombre se eleve al rango de un principio fundamental sin el que supuestamente sería imposible estimular la «iniciativa creadora» de los empresarios, es la causa de que la producción capitalista sea anárquica y de que el desarrollo sea incluso cada vez más desigual y contradictorio. A ello obedece que mientras donde hay la perspectiva de altos beneficios se canalicen hombres y recursos materiales y técnicos, y donde no hay tal horizonte domine el estancamiento, el atraso y aun quede ociosa la capacidad productiva existente. Y los intentos de programación con base en los cuales se aspira a menudo a introducir cierta racionalidad, lejos de ser factores que alteren seriamente la acción de las leyes que rigen al sistema, se desenvuelven también bajo la influencia de ellas, y aun contribuyen, a plazo más o menos largo, a acentuar ciertas contradicciones.

Anarquía del capitalismo mexicano

¿Cómo se expresan hoy la anarquía y la creciente desigualdad propias del capitalismo mexicano? De múltiples maneras.

• La primera consiste en que no es cierto, como demagógicamente lo declaran a menudo los ideólogos burgueses, que nuestro país esté dejando de ser un país subdesarrollado y convirtiéndose en una pujante nación industrial que se acerca cada vez más a los países económicamente más avanzados. Lo cierto es más bien lo contrario. Pese a los cambios sufridos y a los avances registrados en los últimos años, la distancia que lo separa de las grandes naciones industriales es mayor que hace seis, doce o dieciocho años. Es mayor en términos de producción global y por hombre, y por tanto en términos de ingresos y niveles de vida. Y si la comparación la estableciéramos con países socialistas como la Unión Soviética, Alemania Democrática, Checoslovaquia o incluso con Polonia u otros de menor desarrollo, el contraste sería aún mayor, pues concretamente en el último sexenio tales países crecieron mucho más de prisa que los capitalistas, que como se sabe han sufrido los efectos de una severa crisis.

• Mientras algunas industrias, sobre todo de aquellas controladas por el capital monopolista extranjero y por el Estado, como la automotriz, la petroquímica, la petrolera, la siderurgia, la de fabricación de ciertos equipos, la eléctrica; etcétera, crecen con cierta rapidez, otras, principalmente de bienes de consumo, las actividades primarias y ciertos servicios, lo hacen con lentitud.

• El contraste entre el campo y las ciudades —y aun las diferencias entre diversos tipos de explotación agropecuaria— es cada vez mayor y más dramático. Frente a una gran agricultura que, pese a todas sus fallas y a sus todavía bajos niveles de productividad se moderniza apreciablemente, vastas extensiones rurales de temporal siguen sujetas a un campesinado pobre y de bajísimo nivel cultural y educativo, equipos y medios de trabajo inadecuados, parcelas pequeñas y poco productivas. Incluso entre unas ciudades y otras se ahonda también la desigualdad: entre la capital de la República y las de provincia; entre los grandes y más importantes centros urbanos —ocho

o diez en todo el país— y los medianos y aun pequeños, en los que todavía faltan o son insuficientes muchos servicios esenciales. Y aun en cada ciudad se aprecian contrastes increíbles de riqueza y miseria, por ejemplo entre las zonas residenciales más ricas y las colonias proletarias más pobres.

• Las diferencias regionales no son menos llamativas. Aunque a menudo se sugiere que está en marcha un proceso de desarrollo y aun de planificación regional, lo cierto es que la propia acción del Estado contribuye a acentuar los desniveles de productividad y desarrollo, y a que el país sea un abigarrado mosaico en donde las zonas industriales —principalmente las de la capital de la República, Monterrey y Guadalajara— se aparten cada vez más atrasadas en Oaxaca, Guerrero, Tlaxcala, Hidalgo, San Luis, Zacatecas y otras entidades.

• La anarquía adopta formas aun más graves que en parte explican las anteriores. La inversión, como se sabe, y en particular la inversión privada es en México muy baja. En años recientes inferior inclusive al 10% del producto interno bruto. A menudo se afirma que ello es así porque no hay capitales debido a que el nuestro es un país pobre. La verdad es que sí los hay. Lo que no hay son capitalistas capaces de emplearlos con cierta racionalidad. Al capitalista mexicano le gusta dilapidar sus riquezas, fruto como en todas partes del trabajo de otros. Le gusta vivir y beber bien, gastar, tener residencias extravagantes, contar con varios automóviles, enviar a sus hijos al extranjero, evadir el pago de impuestos, especular con artículos de primera necesidad, con oro y valores, con terrenos o, como ocurrió en los últimos meses, con dólares. De todo lo cual deriva una economía débil e inestable en la que falta siempre lo esencial y sobra, paradójicamente, lo superfluo; en la que abundan los *Galaxies* y *Mustangs*, los bares y restaurantes de lujo, las «boutiques» elegantes, mientras no hay suficientes tractores, hospitales, escuelas y viviendas populares.

• Lo anterior no sólo exhibe una moral social minada por el mercantilismo sino una estructura socioeconómica deformada y a la que ya no es posible hacer funcionar en forma medianamente racional bajo el capitalismo monopolista de Estado el sistema de precios es incapaz de distribuir adecuadamente los recursos y por tanto la riqueza y el ingreso. Más bien tiende a extremar la contradicción fundamental del sistema, pues mientras la producción se vuelve cada vez más un proceso social en el que participan millones de hombres y mujeres que incluso desbordan las fronteras nacionales, la propiedad se concentra en unos cuantos consorcios multimillonarios. El capital monopolista divorcia los precios de las mercancías de sus valores, o sea de las cantidades de trabajo que se requieren para producirlas. Procede así porque ello le asegura máximas ganancias; pero al hacerlo priva al capitalismo del único mecanismo regulador de que dispone para asignar los recursos, y agrava la inestabilidad y la crisis, distorsiona y aun frena el avance técnico, retiene los beneficios derivados del aumento de productividad, convierte a la inflación en un fenómeno crónico que ayuda a mantener altas tasas de ganancia, y concentra la riqueza, extiende el desempleo y hace del sistema un aparato monstruoso de explotación en que el pueblo trabaja para que una minoría privilegiada tenga a su alcance miles de bienes y servicios innecesarios que, en la enajenante y masiva publicidad de los monopolios, se vuelven el signo de la prosperidad y la felicidad.

El capitalismo que México padece es especial, incurablemente anárquico e irracional. Lo es bajo el viejo y también bajo el nuevo desarrollismo, y ni la empresa privada ni el Estado pueden enderezarlo. La verdadera racionalidad, en consecuencia, consiste en no verlo como un inevitable fenómeno de la naturaleza sino como un obstáculo que es posible e indispensable superar.

III

EL DESEMPLEO, CREACIÓN CAPITALISTA

Un millón adicional de desocupados

Acaso en ningún sexenio se ha expresado mayor preocupación en torno al desempleo que en el correspondiente al gobierno del presidente Echeverría, lo que es comprensible pues si bien se trata de un viejo problema, al calor de la crisis y del lento e inestable desarrollo de los años posteriores a 1970, indudablemente se agrava.

Desde el primer momento el gobierno insiste en que reducirá el desempleo. Incluso llega a decir que en la nueva estrategia económica será esencial el aumento del nivel de ocupación, lo que hace postular al PRI que «el derecho al trabajo» debe elevarse al más alto rango, inscribirse en la propia Constitución y convertirse en una garantía social aun superior al derecho a la propiedad privada. Pero a unos días de que concluya la administración echeverrista lo cierto es que el desempleo, grande ya al inicio del sexenio es hoy mucho más impresionante, pues de una población activa de más de 16 millones de personas hay quien lo estime —incluyendo el equivalente de subempleo— en cerca de 6 millones de mexicanos, contra menos de 5 en 1970. Y ello a pesar de que unos 2 millones tra-

bajan como braceros legales e ilegales en los Estados Unidos.

No faltan los funcionarios que al amparo del cómodo método de «borrón y cuenta nueva» atribuyan el desempleo a lo hecho y aun a lo no hecho por los gobiernos anteriores. El «desarrollismo» —nos dicen refiriéndose a lo que para *Estrategia* es el *viejo* desarrollismo— es el responsable, como lo es también de la devaluación, del déficit de la balanza de pagos y del endeudamiento con el exterior.

La verdad es que el actual gobierno puso mucho de su parte para agravar el problema, y que mientras la población ha seguido creciendo a un ritmo cercano al 3.5% anual, el nivel de empleo lo ha hecho a menunos de 2% lo que significa que la población que trabaja es una proporción cada vez menor de aquella que está en aptitud de trabajar. Y si bien se repite a menudo que es urgente aumentar el número de nuevas plazas y abrir 750 000 a 800 000 empleos anuales, al instalarse el gobierno de José López Portillo, el déficit en el mercado de trabajo es realmente grave.

¿Cómo es posible que ello sea así cuando una y otra vez se ha asegurado que estaba en marcha una nueva estrategia que garantizaría un trabajo estable a todos los mexicanos? ¿En qué quedó la política priísta de “máximo empleo” y la idea de subordinar al logro de esta meta cualquier otro interés?

Las palabras y los hechos

Para combatir el desempleo el gobierno había anunciado todo un vasto y ambicioso programa económico que, en gran medida, quedó sin cumplirse. Para comprobarlo recordemos algunos de sus principales objetivos:

- El producto nacional debía crecer a razón de 8% al año y sólo lo hizo poco más de 5%;

- la inversión bruta aumentaría a 24-25% del producto interno, y prácticamente no pasó de 17-18%;
- el crecimiento de la producción agrícola oscilaría entre 4.8 y 5% al año, pero a la postre fue incluso inferior al de la población;
- el déficit de la cuenta corriente de la balanza de pagos, que en ningún caso excedería de 1 000 millones de dólares alcanzó más de 3 640 millones en 1975;
- el endeudamiento externo, que por razones económicas y políticas no debía rebasar ciertos límites, rompió todas las marcas previas y, en vísperas de la devaluación, sobrepasaba los 25 mil millones de dólares; y
- los precios, cuyo aumento medio anual no pasaría de 6%, en los últimos años se elevaron entre 12% y 25% al año.

No tendría, a estas horas mayor valor discutir si de haberse alcanzado las metas anteriores habría tenido éxito la política oficial de empleo. Probablemente el problema sería menos grave de lo que es, aunque nada garantiza que tal política lo hubiese resuelto. Acaso sería más útil explicar a qué obedece que una estrategia económica que supuestamente debía ponerse en marcha sin demora, haya quedado en el papel como una expresión de incapacidad de los funcionarios encargados de formularla. Y ello mismo quizás sólo nos confirmaría que al político mexicano, sea burgués o pequeño burgués al servicio de la clase en el poder, poco o nada le importa que las cosas sean diferentes de como él las concibe en sus programas color de rosa.

Bajo el echeverrismo, concretamente, los tecnócratas idealizaron una vez más al capitalismo mexicano, y en lugar de tomarse el trabajo de descubrir y explicar sus fallas y deformaciones estructurales, de advertir los más graves obstáculos y llamar la atención sobre lo difícil que sería rebasarlo sobre todo en el marco de una crisis capitalista internacional, prefirieron hacer carrera, hacer de-

magogia, repetir lugares comunes y aun decir tonterías, y sin el menor empacho imaginaron un capitalismo estable, vigoroso, armónico, justo, casi idílico y desde luego utópico en el que incluso desaparecerían el desempleo y la explotación. Ahora todos sabemos que nada de eso era cierto, que tales tecnócratas despreciaban la realidad no menos que los científicos porfirianos y que el problema del empleo que más les inquietaba era el propio, . . . que en verdad sí resolvieron adecuadamente. Y no sería extraño que no pocos de aquellos que aconsejaron adoptar o que apoyaron entusiastamente la política seguida en los últimos años convertidos ahora en defensores de la ortodoxia más conservadora arremetan contra ella y nos digan que bajo el desbarajuste del gobierno echeverrista era imposible acabar con el desempleo, y que esto sólo podrá hacerse con la patriótica política de López Portillo.

Teoría errónea, política ineficaz

El gobierno que en estos días termina su gestión nunca ubicó correctamente el problema del desempleo. Tendió a ver las causas de éste en aspectos del desarrollo que no eran decisivos, así como en la acción de los gobiernos anteriores y en su incapacidad para advertir el desgaste del viejo desarrollismo. En efecto, insistió una y otra vez en que la agudización del desempleo expresaba el tránsito de una fase inicial más sencilla a otra más compleja del proceso de sustitución de importaciones, en la que fundamentalmente deberían producirse bienes de producción. Llamó la atención sobre la necesidad de modificar la política industrial reduciendo la protección arancelaria y elevando los niveles de eficiencia de las empresas, en busca de una mejor posición competitiva dentro y fuera del país. Advirtió el lento crecimiento de la producción y de las exportaciones agrícolas así como el creciente déficit de la balanza comercial; subrayó la inconveniencia de emplear técnicas costosas que no promueven el aumento de la de-

manda de mano de obra, e incluso reconoció que, tanto a través del sistema impositivo como de la operación costeable de las empresas gubernamentales, debía fortalecerse la posición financiera del Estado a fin de hacer posible un aumento de la inversión y del gasto que pudiera financiarse por vías no inflacionarias.

Pero aparte de que las medidas concretas destinadas a modificar la situación tuvieron un alcance limitado —campos de mano de obra, bolsas de trabajo, programas de adiestramiento, facilidades a las empresas maquiladoras, control de la natalidad, etcétera—, su base teórica fue muy endeble y siempre tendió a poner la carreta por delante del buey. Nada importante se hizo para modificar o al menos contrarrestar las formas de integración y operación de las empresas monopolistas extranjeras, para limitar la desmedida protección a la industria y reducir el alto costo social de una política de fomento que enriqueció escandalosamente a unos cuantos millares de capitalistas, por cierto muchos de ellos extranjeros. El déficit de la balanza comercial y de pagos se dejó agudizar hasta niveles sin precedente y pese a la alharaca sobre la urgencia de una reforma fiscal y un mejor uso de los recursos financieros internos, el desperdicio de éstos fue tan grande como siempre, los impuestos que pagan los ricos siguieron siendo insuficientes y la deuda exterior llegó a niveles que aun sus más entusiastas defensores consideran ya muy peligrosos.

El desempleo cada vez mayor de los últimos años no fue el fruto como creen algunos economistas oficiales, de que «el costo relativo del capital», debido a la orientación de la política de fomento industrial, «fuese menor que el del trabajo». No fue un problema de costos relativos de «los factores de la producción». Los dos hechos estructurales que quizá ejercieron mayor influencia fueron la crisis, tanto cíclica como general que nos afecta, y la dinámica misma del proceso de acumulación. La crisis no sólo ha significado deformaciones y una dependencia cada vez más profunda sino visible pérdida de impulso del proceso

de crecimiento: aflojamiento del aumento del ingreso, relativo estancamiento de la inversión y aun fuerte descenso de la inversión privada, bajos coeficientes de utilización de la capacidad existente, lenta expansión de la demanda interna y externa y, a consecuencia de todo ello, lento crecimiento del nivel de empleo, sobre todo en la esfera productiva.

La acumulación de capital tiende a expresarse en una composición de éste cada vez más alta, o lo que es lo mismo, en una creciente productividad del trabajo. Mientras más eficiente es un obrero, el equipo que maneja o moviliza es más costoso y más complejo. Pues bien, cuando la tasa de ganancia desciende o tiende a bajar, el capitalista trata de contrarrestar tal situación mediante el empleo de métodos de producción más intensivos, o sea que entrañen menor necesidad de nuevos brazos y más altos rendimientos por hombre, es decir, una tasa más alta de explotación.

Ello es lo que ocurre en México, en particular, en los últimos años. Y al proceso que podríamos denominar clásico de mantenimiento de un ejército de desocupados que amortigüen la demanda de mano de obra y contribuyan a mantener un bajo nivel de salarios, se suman hechos que agravan las cosas para los trabajadores. Por ejemplo: el rápido crecimiento de la población y de la fuerza de trabajo, la creciente movilidad de ésta y el éxodo de la gente del campo hacia las ciudades, la ausencia de organización sindical de la mayor parte de los trabajadores, las dificultades para emigrar legal e ilegalmente hacia los Estados Unidos, el desperdicio constante de una parte del excedente, el drenaje masivo del mismo a causa de una estructura de relaciones internacionales desfavorables y el empeño del Estado de contribuir, por las más diversas vías, a que una alta tasa de ganancia estimule al capital y, sobre todo, al capital monopolista.

Frecuentemente se repite que México debiera emplear técnicas de producción que impliquen una mayor demanda de mano de obra y combinarlas con aquellas que, por

razones especiales, requieren fuertes inversiones de capital. Tal posición no es, en el fondo, realista. Los capitalistas eligen las técnicas que les ayudan a obtener más altas ganancias, no las más racionales ni las que generan un mayor empleo. Y su principal preocupación respecto al trabajador es explotarlo más, lo que sin duda se consigue más fácilmente cuando hay desempleo.

Mientras haya capitalismo habrá desocupados, salarios insuficientes y explotación. Quienes ahora anuncian que la devaluación del peso permitirá estimular el desarrollo y acabar con el desempleo pretenden, de nuevo, engañar a los trabajadores. En adelante los capitalistas tratarán de imponer más altas cargas de trabajo en busca de mayores rendimientos que contrarresten la inflación. Pero los trabajadores no tienen por qué cruzarse de brazos ni aceptar, «patrióticamente», ser más explotados. Hoy es más urgente que nunca organizarse sindicalmente, eliminar a los líderes charros, reforzar la independencia de los sindicatos, reclamar empleo para los desocupados, comprender que quienes trabajan y quienes no lo hacen deben unirse, entender que el desempleo lo provocan y mantienen los capitalistas para pagar salarios más bajos, y que sólo un vasto y combativo programa antimonopolista, que rebase las demandas económicas más inmediatas y sea parte de una lucha política de mayor alcance, capacitará a los trabajadores para vivir y luchar mejor en defensa de sus intereses.

IV

INFLACION, DEVALUACION, MAS INFLACION

Una severa inflación

En la fase monopolista de Estado la inflación se vuelve un rasgo permanente del capitalismo que juega un papel de primer orden en la lucha de clases, un medio utilizado por los monopolios para acrecentar y realizar la plusvalía creada por los trabajadores para despojarlos, por vías «indirectas», de una parte de los salarios nominales que la mayor productividad permite, la propia inflación impone y los enfrentamientos con los sindicatos obligan a conceder, incrementando así la explotación en una época en la que, en general, ya no es posible prolongar las jornadas laborales.

Por sí mismo el sistema financiero no es el causante estructural de la inflación. Pero en la etapa actual del imperialismo los mecanismos crediticios, fiscales y monetarios constituyen un instrumento poderoso del capital monopolista para estimular la demanda de bienes y servicios, reforzar su dominio sobre la producción, acelerar y extender la expansión inflacionaria y al mismo tiempo mantenerla bajo cierto control. Los monopolios de los países metropolitanos imponen su hegemonía sobre el sistema crediticio

y monetario internacional, integrado por instituciones monopolistas transnacionales que operan en todo el mundo capitalista, bien privadas como los grandes bancos yanquis y europeos, bien estatales del tipo del *Eximbank*, el Banco Mundial, el BID o el Fondo Monetario; tal sistema contribuye a exportar la inflación, no sólo al través del movimiento internacional de bienes y servicios sino de capitales y tecnología,¹ y permite al capital monopolista internacional agrandar utilidades «indirectas» que comparte con las burguesías dependientes de los países subdesarrollados, donde generalmente el proceso inflacionario es más intenso por causa de la acción de aquél y de éstas y las tasas de plusvalía más elevadas que en las metrópolis.

La inflación internacional se agudiza en los años setenta, en un marco de crecimiento expansivo del capital monopolista, crisis económica, quiebra del sistema monetario impuesto por las potencias imperialistas desde los años de la segunda guerra mundial, evidenciada, entre otras cosas, por las sendas devaluaciones del dólar en 1971 y 1973 —acompañadas, como se recordará, por las del peso mexicano y otras monedas «fieles»—, agudos problemas comerciales y agravamiento de la crisis general del capitalismo (véase “La inflación: monopolios contra trabajadores”. *Estrategia* No. 1).

El proceso inflacionario de México es más virulento que el de los países metropolitanos. A la inflación originada en la acción internacional del capital monopolista (la inflación importada principalmente por el más intenso comercio exterior —que en 1970-75 más que duplicó su participación en el PIB—, y la expansión de la deuda externa estatal y privada, así como de las empresas extranjeras establecidas en el país), añade la que el capital mo-

¹ El ritmo de aumento de los precios en el mundo capitalista en su conjunto es el más acelerado de los últimos 30 años. Según el Fondo Monetario Internacional, concretamente el índice de precios del comercio exterior se ha más que duplicado en 1970-75.

nopolista interno privado y estatal impulsa, imbricada con aquélla, en respuesta a las necesidades determinadas por la propia crisis y el agravamiento de la contradicción capitalista fundamental.

Durante el gobierno de Echeverría el ritmo inflacionario ha sido dos o más veces superior que el de los EUA o Alemania Federal, y puede afirmarse que según el índice de precios al consumidor calculado por el Banco de México —por cierto sin ninguna supervisión de las mayorías consumidoras, los trabajadores—, entre diciembre de 1970 y agosto de 1976 el peso perdió más de la mitad de su poder de compra. En 1973 y 1974 el alza *general* de los precios fue de más de 20% anual y en 1975 de un 15%; a partir de septiembre de 1976, a consecuencia de la devaluación, dicho ritmo se ha intensificado, de manera que en este año podrá alcanzar no el 13% que «se esperaba» hasta agosto sino, por lo menos, un 30%, promedio que será ampliamente superado por muchos de los bienes y servicios que más afectan a las masas trabajadoras. Mientras esto ocurre, el ritmo de crecimiento económico ha disminuido en más de una cuarta parte —en 27%—, respecto al sexenio anterior, de una tasa anual de incremento del PIB de 6.9% en 1964-70 a sólo 5% en 1970-75.

Durante el gobierno de Echeverría, las inversiones privadas nacionales que en 1970-75 conservaron una tasa de aumento de sólo el 4% anual, o sea la más baja de las últimas tres décadas (si bien la nueva inversión monopolista extranjera, según datos oficiales subió un 110.8% en estos primeros 5 años del gobierno de LEA respecto a igual periodo del gobierno de Díaz Ordaz —1964-1969—, al ritmo más alto de los últimos tiempos). Como *Estrategia* ha insistido, se fortaleció, como en ningún periodo previo, el capitalismo monopolista de Estado. Dicho con palabras del presidente de la República, el Estado hubo de reforzar su intervención «compensatoria», pues: “A principios de esta década [...] los desequilibrios sectoriales y geográ-

ficos alcanzaron puntos críticos y había señales evidentes de un agravamiento en las tensiones políticas y sociales".²

Monopolización, deformaciones estructurales, inflación

No han faltado declaraciones oficiales sobre el propósito de afrontar el estancamiento e impulsar el desarrollo por cauces «independientes» y sin utilizar recursos inflacionarios. Pero lo cierto es lo contrario. En ello están presentes causas estructurales profundas:

- El grado de monopolización de la economía es mayor a partir de 1971, por la creciente participación del Estado y las empresas extranjeras en el proceso de acumulación. Crece con rapidez el poder de los monopolios para imponer precios, los cuales aumentan, en unos casos, por incrementos reales de los costos de maquinaria, insumos y tecnología no compensados con una mayor productividad y en otros, a pesar de reducciones de costos, que revierten en precios más altos y siempre en utilidades más grandes.

- Con la mayor monopolización aumenta la socialización del trabajo, la productividad del mismo y la plusvalía social apropiada cada vez más por la burguesía y la oligarquía monopolista nacionales y las extranjeras, es decir, la contradicción fundamental. La concentración de las utilidades agrava la inflación, al mismo tiempo que la tasa de acumulación se mantiene baja, en parte porque una gran cantidad del excedente obtenido por el capital monopolista sale del país (remesas de utilidades del capital extranjero y «fugas» especulativas señaladas por economistas extranjeros en 3 000 millones de dólares en los meses anteriores a la devaluación del 31 de agosto, y las «normales» del capital nacional); otra se dilapida en el consumo «conspicuo», viajes y aun el simple atesoramien-

² VI informe de gobierno. De la versión publicada por *El Día*, 2 de septiembre de 1976.

to de la clase dominante y otras capas sociales minoritarias. Pero la causa principal reside en el funcionamiento de la economía monopolista de Estado en el subdesarrollo: debilidad de la acumulación en el sector de bienes de capital de la industria; peso excesivo de la inversión en el comercio y los servicios y endeblez de la acumulación productiva en la agricultura; orientación de las inversiones privadas hacia la sustitución de la demanda preexistente de bienes de consumo importados, determinada por la demanda de aquellos estratos minoritarios, todo lo cual requiere montos relativamente pequeños de capital, y amén de incrementar las importaciones de bienes de capital, intermedios y aun de consumo (agrícolas y suntuarios) así como de tecnología y determinar los déficit de la balanza de mercancías y servicios y el endeudamiento exterior que se pretenden corregir con la devaluación, sólo permite un insuficiente crecimiento de la oferta de bienes y servicios de mayor consumo, cada vez más monopolizada y bajo precios de monopolio, o sea otra causa de la inflación que carcome el ingreso de los trabajadores. (Véase: "Algunas contradicciones del proceso de acumulación de capital", *Estrategia*, No . 4).

• Aun ese débil proceso de acumulación eleva la composición orgánica del capital, disminuye el ritmo de incorporación de nueva fuerza de trabajo frente a una población proletarizada que crece rápidamente y mantiene bajos los salarios, condiciones éstas agravadas por la crisis, pero de todas formas aumenta la producción a un ritmo que las mayorías nacionales no logran absorber. La intervención «compensatoria» del Estado no sigue caminos que corrijan el aparato productivo y permitan un uso más racional del excedente económico, sino los de una acción encaminada a estimular artificialmente la producción y el consumo y «remodelar la política de financiamiento de la inversión estatal» de que se ha hablado con insistencia a lo largo del sexenio, que ha contribuido a intensificar la inflación; ajustes salariales que no llegan a toda la población trabajadora ni incluyen los aumentos de la pro-

ductividad; expansión de las compras gubernamentales de toda clase de bienes y algunos servicios privados; limitado aliento al empleo en obras públicas, las empresas estatales, la burocracia y el comercio y los servicios improductivos; «adecuaciones» fiscales que gravitan principalmente sobre los estratos sociales de ingresos bajos y medios e inciden en nuevos aumentos de precios; alzas de tarifas y precios de bienes y servicios de empresas estatales que elevan costos en toda la economía —electricidad, petróleo, ferrocarriles—, e incremento de precios de garantía de algunos productos agrícolas; endeudamiento externo e interno crecientes y a un costo más alto; déficit fiscales lisa y llanamente cubiertos con emisiones monetarias;³ mayor intervención en la comercialización a través de la CONASUPO, tiendas del ISSSTE y sindicales, creación del FONACOT y otras medidas. Esto y sobre todo la inflación misma fortalecen al capital monopolista, cuya estructura básica permanece intacta y puede ampliar al aumentar la productividad —explotación— del trabajo, trasladar los mayores costos a los precios e incrementar ganancias en la circulación.

• Los desequilibrios externos e internos y la inflación llevaron, dentro de la más pura ortodoxia capitalista del Fondo Monetario Internacional,⁴ al abandono del tipo de

³ En parte por los más altos precios de monopolio y en parte por los déficit fiscales en 1970-75 el medio circulante aumentó de 53 mil a 118 mil millones de pesos, o sea en más de 120%, contra menos de 30% la producción real de bienes y servicios. También la velocidad de circulación del dinero, o sea de las transacciones, aumentó: la rotación de las cuentas de cheques subió de un promedio anual de 2.65 en 1970 a 3.28 en 1974 y 3.96 en 1975.

⁴ En ocasión de la asamblea anual del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, Johannes Witeeven, director del Fondo, declaró a los periodistas mexicanos, en Manila, lo que sigue sobre la devaluación del peso: “la medida era necesaria, a consecuencia del fuerte déficit presupuestal”; “[...] e inclusive reveló que el FMI estuvo en contacto permanente con las autoridades mexicanas y se elaboró un plan completo de acción [...]”. *Excelsior*, 3 de octubre de 1976.

cambio con el dólar vigente durante 22 años. En mucho mayor medida que las devaluaciones de 1971 y 1973 ocurridas junto con la del dólar, la presente devaluación ha intensificado brutalmente el alza de los precios, empezando por los bienes de capital, intermedios y de consumo importados —muchos de ellos convertidos en insustituibles, a corto plazo, por la industrialización «sustitutiva de importaciones»—, así como la tecnología, transportes, préstamos, seguros y regalías extranjeras, por lo menos en el 58% de la nueva paridad, hecho que afecta a toda la economía y en especial a las industrias con mayor contenido de importación: automotriz, farmacéutica, química, etcétera. Tan sólo el monto de la deuda exterior aumentó de golpe, el 31 de agosto, en 180 000 millones de pesos. De inmediato se autorizó un incremento del 10% en los precios oficiales de muchos bienes, porcentaje que en muchos casos, de respetarse —lo que es de dudar— será sólo un aumento *mínimo e inicial*. La especulación abarca los bienes y servicios más indispensables para el pueblo: alimentos, viviendas, medicinas. Los ajustes salariales aumentan los costos y en una proporción mayor, los precios monopolistas con que se despoja a los trabajadores de su ingreso, sometiendo a muchos a una verdadera superexplotación. El Estado está aún más lejos que antes de un equilibrio fiscal por el alza de sus costos salariales y de los bienes importados y de origen interno, así como por el súbito incremento de los pagos en pesos de la deuda exterior.⁵ Aun las recuperaciones de dólares «fugados» incrementarán las

⁵ Si de la deuda exterior total de que se habla, de 25 000 millones de dólares, corresponden más de 16 000 al Estado, el aumento causado por la devaluación es de más de 115 000 millones de pesos. Un pago de capital e intereses como el de 1975, de más de 1 700 millones de dólares, con el nuevo tipo de cambio significa más de 12 000 millones de pesos al año sólo por este concepto. El ajuste salarial en el sector estatal representa un gasto adicional de decenas de miles de millones de pesos, como también los precios más altos en las compras de bienes y servicios.

emisiones monetarias con que se cubrirán las utilidades, «libres de impuesto», de especuladores y «coyotes».

La inflación continuará —aunque coincidiendo con el desempleo y con fuertes factores deflacionarios— y en ella el capital monopolista afianzará su poder; más aún, si el poder de los monopolios para elevar los precios y sus ganancias es la causa principal de la inflación y de los desequilibrios condicionantes de la devaluación, sus acrecidas utilidades activan a su vez, de distintas formas, el proceso inflacionario. Ni siquiera el actual tipo de cambio «flotante» de 19.70-19.90 pesos por dólar, 58% menor frente al dólar también devaluado, puede considerarse firme.

Ante la naturaleza estructural de este proceso ninguna de las medidas adoptadas por el Estado para combatirla y «proteger» la economía popular, ni todas juntas, impedirán —ni tendrían por qué hacerlo— la pérdida de ingresos reales del pueblo trabajador. Como lo enseña la experiencia mexicana, ante el crecimiento del malestar de las masas y la elevación del nivel de las luchas de clases, el Estado burgués tratará de fortalecer la manipulación reformista de los trabajadores y su sometimiento a las condiciones salariales impuestas por el capital monopolista, para lo cual aprovechará la coyuntura del ya inminente cambio de gobierno para desviar las luchas de aquéllos hacia contradicciones secundarias y echará mano a a represión cada vez que lo considere necesario. Avanzar hacia la creciente movilización de los trabajadores en defensa de sus propios intereses con una orientación independiente del Estado burgués y en una acción encaminada contra el enemigo principal, el capital monopolista, es la responsabilidad de la izquierda en la presente coyuntura.

V

ATRASO Y EXPLOTACION EN EL CAMPO

Inestabilidad, demagogia, descontento

Muchos funcionarios que bajo el gobierno de Díaz Ordaz defendieron a capa y espada el «desarrollo estabilizador», también conocido por «desarrollo con justicia», bajo la administración del presidente Echeverría hicieron del «desarrollo compartido» y la «democracia social» sus divisas preferidas. Pero como la fidelidad de los políticos del PRI rara vez dura más de un sexenio, en vísperas de un nuevo reparto de altos puestos burocráticos, empieza a sugerirse en círculos oficiales que la situación del campo es grave y reclama una nueva política, que seguramente será la que adopte el nuevo presidente.

En el último sexenio la situación agrícola se caracterizó por lo siguiente:

- Caída de la inversión privada, que el Estado contrarresta con un fuerte gasto inflacionario;
- crecimiento del producto agrícola inferior al de la población, excepto en 1975, en que aquél alcanzó 4%;
- fuerte déficit en la producción de maíz, trigo, frijol y oleaginosas, que en parte se cubre al final del sexenio;
- lento al principio, y después rápido aumento de los

precios de garantía y también de los que el agricultor paga por sus principales insumos;

- mayor mecanización en las principales zonas de riego, con el consiguiente aumento del desempleo y del éxodo de fuerza de trabajo rural hacia las grandes ciudades del país y hacia los Estados Unidos;

- extrema concentración de la riqueza y el ingreso, agravada esta vez por el descenso de la inversión privada y por el envío de dinero al exterior por parte de los grandes latifundistas, así como por el creciente peso del financiamiento monopolista extranjero;

- acentuación de la desigualdad en el campo: entre grandes explotaciones modernas y pequeños predios propiamente campesinos;

- abatimiento del nivel de vida de campesinos y jornaleros y elevación de las tasas de explotación de trabajo asalariado;

- trabas de toda clase y aun represión ante los intentos de los trabajadores por organizarse sindicalmente;

- enfrentamientos de latifundistas y campesinos, tomas de tierras, intensificación de demandas agrarias y múltiples acciones violentas, que más de una vez han dejado un saldo de sangre;

- en fin, inestabilidad, demagogia, inflación, dramáticos contrastes de riqueza y miseria y temores y desencanto frente a una política que ni se decide a afectar a los grandes latifundistas ni responde a los justos reclamos de las masas campesinas.

Del viejo al nuevo desarrollismo

Al iniciarse el gobierno del presidente Echeverría la situación agrícola era difícil: inversión insuficiente, lento crecimiento de la producción, desempleo, precios de garantía relativamente rígidos, fuertes trasferencias de plusvalía del campo al resto del sistema y desconfianza acerca

de la perspectiva agraria, eran algunas de sus características. Ante el temor de que las cosas se agravaran y de que produjeran fuertes faltantes de artículos básicos el gobierno optó por una política de fomento que, en la práctica, consistió esencialmente en dar grandes facilidades a los latifundistas y en general a los empresarios agrícolas más poderosos; esto es, en aumentar generosamente los precios de garantía, dar apoyo crediticio, conceder subsidios, rehabilitar tierras, construir más caminos, aumentar la producción de fertilizantes, mantener un régimen de bajos impuestos, facilitar la mecanización de los mejores predios, ampliar las compras gubernamentales, respetar incluso los latifundios ilegales y mantener en el mercado de trabajo un estado de cosas favorable a los capitalistas, es decir, un alto nivel de desempleo, bajos salarios reales y grandes contingentes de trabajadores no organizados, a los que frecuentemente se ha perseguido por tratar de exigir que las relaciones de trabajo se apeguen a la ley.

Pero como un rasgo de esa política fue también la demagogia y el querer dar la impresión de que la reforma agraria seguía ininterrumpidamente en marcha, las difíciles condiciones de las masas campesinas se expresaron a menudo en una creciente agitación, en ocupaciones precarias y amenazas de reparto de tierras y en un clima de desconfianza que hizo que, aun en los momentos más propicios para los grandes agricultores, éstos «sembraron» sus ganancias en el extranjero, lo que con la devaluación del peso se ha convertido en otra «gran cosecha» que les permite multiplicar sus fortunas, a razón de siete millones por cada millón de dólares previamente depositados en el país y sobre todo en los Estados Unidos.

Y la devaluación no sólo ha permitido a algunos grandes agricultores obtener pingües ganancias especulativas al amparo de la libertad de cambios. También les abre mejores perspectivas de exportación, precios de garantía en ascenso y especialmente la posibilidad de comprar la fuerza de trabajo en condiciones aun más ventajosas que has-

ta ahora. Porque si a quien haya tenido dólares en sus manos la política oficial le permitió ganar, sin ningún esfuerzo, un 60% que el Estado les promete no gravar en forma alguna; y quien exporte podrá obtener probablemente beneficios adicionales, aun ya deducidos los nuevos impuestos *ad valorem*, digamos de 35 a 40%, podemos estar seguros de que los salarios en el campo difícilmente subirán más de 10%, lo que claramente muestra cómo y por qué la devaluación, lejos de constituir una medida redistribuidora del ingreso en favor de la mayoría, es un expediente para aumentar las tasas de plusvalía y de ganancia a costa de los campesinos y los trabajadores, es un premio «gordo», un regalo de fiestas patrias a los terratenientes capitalistas, que a partir de hoy tendrán más dinero que dilapidar en toda clase de gastos improductivos.

Hacia una concepción y una estrategia revolucionarias

Mientras los «análisis» de la agricultura mexicana se muevan en el convencional y falso marco burgués de la economía «mixta», sigan viendo como protagonista central de ella a un campesinado pequeñoburgués más o menos independiente, menosprecien el desarrollo capitalista del campo, supongan que el principal conflicto se da entre pequeños productores indefensos y voraces intermediarios mercantiles, y vuelvan, en fin, decisivo lo que en el mejor de los casos es secundario, será imposible comprender lo que pasa y, con mayor razón aún, transformar la situación rural del país. Por todo ello, porque este número de *Estrategia* es en cierto modo un balance y porque el tener claridad al respecto es esencial para avanzar en la lucha revolucionaria, creemos que no es ocioso subrayar algunas cuestiones como éstas:

- El grueso de nuestra agricultura no es, como lo pretenden los ideólogos pequeñoburgueses del PRI y aún ciertas personas en la izquierda, una agricultura de «subsistencia», no capitalista ni simplemente mercantil. Si bien

subsisten en ella rasgos precapitalistas que sólo el socialismo podrá extirpar, lo que predomina son las relaciones capitalistas de producción, es decir, un régimen que produce para el mercado nacional y extranjero, que descansa en la compraventa y explotación de fuerza de trabajo, que históricamente tiende, por tanto, a expropiar y destruir al campesinado, o sea a despojarlo de sus medios de producción para poder convertirlo en asalariado, y que supone la propiedad capitalista no sólo de la tierra sino también de las instalaciones productivas, la maquinaria y equipo, los medios de transporte, las industrias agrícolas y el sistema de almacenamiento y distribución. De todo lo cual resulta una clase burguesa, y en la cima de ella una oligarquía financiera que extrae y se apropia de gran parte de la plusvalía, que detenta el poder económico y político y que en gran parte decide el uso que deba darse al excedente producido por los trabajadores del campo y la ciudad. El hecho de que una parte de la tierra sea ejidal, el que algunas explotaciones sean cooperativas y ciertas instalaciones sean operadas por el Estado no hace de todo ello un sector «social» no capitalista. A las formas jurídicas se imponen las relaciones reales de producción, y éstas siguen siendo capitalistas, sobre todo en lo que concierne a la explotación de la fuerza de trabajo.

• La acción del Estado, concretamente, si bien contribuye sin duda a socializar la producción no socializa la propiedad: antes al contrario refuerza la propiedad capitalista y tiende a que el proceso agrícola se desenvuelva en las mejores condiciones posibles para los empresarios. Lo que fundamentalmente persigue es acortar el ciclo de rotación del capital agrícola, superar ciertos obstáculos y contradicciones que entorpecen su desarrollo y aumentar la tasa de ganancia. En la fase del capital-dinero el Estado concentra y pone a disposición del agricultor el poder de compra que el mercado no le provee espontáneamente. En la fase del capital-productivo no sólo le brinda una ya importante infraestructura de servicios sino incluso medios de producción y un régimen de bajos salarios que permite

disponer de mano de obra abundante y barata, y en la del capital-mercancías, junto a precios de garantía y facilidades fiscales y comerciales para la venta, el Estado se convierte en un gran comprador que absorbe buena parte de ciertas cosechas, sobre todo cuanto éstas exceden a la demanda y hay peligro de sobreproducción.

• En la fase actual del desarrollo agrícola no sólo domina la producción capitalista sino, concretamente, el capital monopolista de Estado. A escala mundial éste determina la especialización de la producción mexicana y el papel que le corresponde en la división internacional del trabajo. Interiormente, junto al capital del Estado que juega un papel de primer orden en la construcción y operación de los sistemas de riego, el transporte ferroviario, el sistema de comunicaciones, la lucha agrícola, los programas de investigación y de mejoramiento de semillas, la producción de fertilizantes, la electrificación del campo, el abastecimiento de combustibles, el régimen de precios de garantía y la compra de productos básicos, etcétera, al capital monopolista privado, nacional y extranjero, toca también un rol muy importante en la fabricación y distribución de maquinaria y equipo, la mecanización rural, la prestación de servicios comerciales y la explotación de fuerza de trabajo y retención de buena parte de la plusvalía generada por trabajadores y campesinos. Al capital monopolista corresponde incluso en gran parte la introducción de técnicas y métodos de producción que aumentan la productividad, desplazan mano de obra y contribuyen a mantener un ejército de desocupados y subocupados que ayuda a que no suban los salarios más allá de cierto nivel.

• Y el capital extranjero no sólo participa y aun controla ciertas actividades del tipo de las antes señaladas. A través de diferentes esquemas de desarrollo agroindustrial, sobre todo en tratándose de frutas y verduras de exportación, influye grandemente en todo el proceso económico, o sea desde la selección de cultivos y semillas, la siembra y en general la técnica agrícola hasta la organi-

zación industrial, el manejo del crédito, la información comercial y la distribución y venta en el exterior.

Se insiste a menudo en que la solución de los problemas del campo reclama el reencuentro del viejo camino revolucionario. En la agricultura mexicana, ha dicho el presidente Echeverría en su último informe de gobierno "hay seguridad para invertir y producir, pero no para explotar a los campesinos". *Estrategia* considera que si bien se han cometido muchos errores, el factor principal que ha condicionado el desarrollo agrícola de México es el capitalismo, un capitalismo deforme y contrahecho que no sólo explota al campesino sino que lo elimina y lo destruye. La misión histórica de la reforma agraria no fue tanto entregar tierra y medios modernos de trabajo al campesinado, sino campesinos pobres y jornaleros dóciles a los capitalistas capaces de explotarlos. Lo que una vez más demuestra que el mejor campesino para el capitalismo es el que, careciendo de tierra y de medios productivos, tiene que vender su fuerza de trabajo para sobrevivir.

Bajo el capitalismo monopolista de Estado los campesinos mexicanos nunca volverán a ser dueños de las mejores tierras ni podrán utilizar racionalmente aquellas de que son propietarios. El estado actual de cosas sólo cambiará radicalmente cuando los campesinos, aliados a los trabajadores rurales y bajo la dirección de la clase obrera de las ciudades, tomen el poder.

VI

INDUSTRIALIZACION DEFORMADA Y DEFORMANTE

Desarrollo industrial y subdesarrollo

El Estado es hoy el principal instrumento de la burguesía para promover la industrialización sobre la base de una política fincada en la explotación de un creciente número de trabajadores, una infraestructura de servicios e industrias básicos y toda una serie de mecanismos de protección y fomento. Al haber elevado su participación en el PIB del 27% en 1950, al 31% en 1960 y el 35% en 1975; al diversificarse y constituirse en el centro principal de las relaciones sociales de producción de la economía mexicana, la industria ha sido la base principal de la etapa monopolista de Estado del capitalismo mexicano.

Desde el principio del sexenio el gobierno de Echeverría anunció su propósito de impulsar el avance hacia la sustitución de importaciones de los más costosos y complejos bienes intermedios y de capital, la producción de energéticos, la siderurgia y la petroquímica, la supresión de subsidios y privilegios «indebidos», el apoyo tecnológico y comercial y una política «nacionalista» en la que por el esfuerzo del Estado en unos casos y de los empresarios «patrióticos» en otros, lograr la creciente «mexicanización»,

mejorar la «competitividad» internacional y convertir la industria en fuente principal de empleo.

Seis años después la industrialización de México sigue siendo la que el capitalismo del subdesarrollo permite: subordinada estructuralmente al capital monopolista transnacional, cuya estrategia determina la orientación básica del proceso en su conjunto; desintegrada en ramas y fases fundamentales del proceso de producción, dependiente del abasto de bienes de capital y materias primas, así como del financiamiento y la tecnología extranjeros; dominada por condiciones de baja productividad, desperdicio de capacidad instalada, costos altos y precios todavía más elevados en comparación con los países capitalistas desarrollados; marcada por la concentración sectorial y geográfica; caracterizada por la creciente desigualdad entre las empresas monopolistas y la gran industria, de un lado, y las medianas y pequeñas del otro, y la supervivencia de talleres con rasgos precapitalistas.

Más aún, en el presente sexenio se han acentuado algunas de las características anteriores, en particular la «monopolización dependiente» y las desigualdades, en un contexto de crisis, menor crecimiento industrial y un desarrollo sustitutivo de importaciones y exportaciones condicionante de los crecientes desequilibrios externos, la inflación y la devaluación. Y la industria está lejos de ser la mayor proveedora de empleo de la creciente población urbana.

Principales rasgos estructurales

• Podemos comprender mejor los problemas reales si examinamos las más importantes tendencias del desarrollo industrial en los últimos años:

• La tasa acumulativa de aumento disminuyó de un promedio de 8.8% al año en 1958-64 y 9% en 1964-70 a sólo el 6% en 1970-75: un descenso de un tercio. Este

movimiento es sumamente desigual. Dicho promedio fue superado ampliamente en ramas como el petróleo, electricidad, petroquímica y siderurgia, directamente promovidas por el Estado; la tasa de aumento fue mayor también en cemento, vidrio, automóviles, la industria de la construcción y otras en las que el consumo de los sectores sociales de ingresos medios y altos y la demanda estatal son muy importantes. En cambio, las bajas fueron más pronunciadas que las del sector en su conjunto en las ramas de alimentos, bebidas y tabaco, textil de algodón y lana, papel y otras, muchas de las cuales descansan en la demanda del pueblo trabajador. Las tendencias a la baja se agudizaron en los más críticos años de 1974 y 1975, entre otras cosas por el fuerte descenso respecto a 1970 del coeficiente de utilidades relativamente a las ventas en la industria automotriz, de bebidas y tabacos, textil, maquinaria y herramientas y otras.¹

• Las inversiones brutas autorizadas del Estado con destino a la industria subieron —a precios corrientes—, de unos 11 000 millones de pesos en 1971 a casi 40 000 millones en 1976. Sin embargo, buena parte de ellas fueron financiadas con préstamos extranjeros. La deuda externa no pagada de las empresas paraestatales subió de 1 600 a más de 6 000 millones de dólares y representa un 60% de toda la deuda exterior del Estado.² Al mismo tiempo que crecen las importaciones de maquinaria y otros bienes, estas empresas estrechan sus vinculaciones directas con el capital monopolista privado, sobre todo extranjero, en industrias como la azucarera, celulosa y papel, siderurgia, química básica, petroquímica secundaria, minería y metalurgia, automotriz y otras.

• La nueva inversión extranjera directa, dominada por empresas transnacionales norteamericanas, crece a una tasa

¹ Centro de Estudios Económicos del Sector Privado, A. C. *La industria mexicana 1976*, publicado por la *Concamín*, México, 1976, p. 25.

² Banco Nacional de México, *México en cifras 1975*, p. 23.

más alta que en el pasado y se dirige fundamentalmente a la industria, añadiendo reinversiones financiadas con las ganancias obtenidas en nuestro suelo. Las ampliaciones del capital y sus crecientes ventas y financiamientos externos e *internos* les permiten incrementar sus activos fijos y circulantes a una velocidad todavía más alta, reforzar su dominación en muchas de las más dinámicas y significativas ramas de la producción industrial y absorber o satelizar en ellas a las empresas nacionales, afirmar su asociación con el capital monopolista privado y estatal mexicano, extenderse a otras actividades e imponer precios y otras condiciones en el mercado interno. Al mismo tiempo, los consorcios trasnacionales remiten al exterior utilidades, regalías por asistencia técnica e intereses cubiertos a sus matrices metropolitanas que en 1971-75 ascendieron a unos 2 800 millones de dólares, o sea unos 55 000 millones de pesos al tipo de cambio actual, además de que son responsables de buena parte de la deuda exterior privada y de los déficit de la balanza comercial y de servicios.

- Crece asimismo el peso del capital monopolista nacional privado en industrias tradicionales: alimenticia, textil, calzado, cerveza, refrescos, bebidas, muebles, así como vidrio, cemento y la industria de la construcción, en todas las cuales moderniza en alguna medida la producción y distribución, aumenta la productividad y extiende las prácticas de monopolio. También participa más en sectores nuevos con el capital monopolista Estatal y, más frecuentemente, el trasnacional de la industria química, auxiliar de la automotriz, metal-mecánica y otros en los que juega un papel efectivo de satélite o socio menor de los consorcios internacionales, aunque la legislación vigente sobre registro de tecnología y «control» de la inversión extranjera pretende asignarle el rol de socio «mayoritario» de quienes —las trasnacionales— ejercen su incontrastable predominio tecnológico, financiero, comercial.

- Las consecuencias de un desarrollo monopólico y estructuralmente dependiente son múltiples. Destacaremos algunas:

1) La falta de coherencia y de proporcionalidad de una economía que después de cuatro décadas de industrialización sigue careciendo de una producción autónoma de maquinaria y equipos son tales que, según el Banco de México, en 1975 una rama tan tradicional como la de alimentos y bebidas obtuvo una producción de 68 000 millones de pesos: 5 veces mayor que los 13 700 millones de "fabricación y reparación de productos metálicos" y 10 veces más que los 6 500 millones de "construcción y reparación de maquinaria";³

2) las importaciones de máquinas y otros bienes de capital requeridos principalmente por la industria «nacional» aumentaron de menos de 1 100 millones de dólares en 1970 a casi 2 400 millones en 1975, o sea 121%, y la de materias primas de unos 780 millones de dólares a más de 2 900 millones, 270%, en ambos casos muy por arriba del crecimiento del producto industrial de este quinquenio, de menos de 40%. En gran medida el proceso es de sustitución de unas importaciones por otras;

3) también son ascendentes los pagos por financiamientos y tecnología extranjeras, pues gran parte de la enorme deuda exterior privada, de unos 9 ó 10 mil millones de dólares, está contratada por la industria mexicana y extranjera;

4) continuamente se ensanchan las diferencias entre los crecientes niveles de productividad, de salarios y prestaciones y de las ganancias de los monopolios y las más grandes empresas, y las de las pequeñas y medianas;

5) las desproporciones en los precios y su constante elevación: conforme al índice de «precios imputados»

³ La industria de la construcción obtuvo un producto cercano a los 63 000 millones de pesos y «fabricación» de automóviles de más de 8 300 millones, mientras que la petroquímica básica de un país como el nuestro, productor de hidrocarburos no renovables, sólo alcanzó 3 200 millones, y la "fabricación y mezcla de abonos y fertilizantes e insecticidas" en este país agrícola atrasado, fue de sólo 700 millones.

—más bien *prefabricados*— que elabora el Banco de México para estimar el producto interno bruto, mientras entre 1970 y 1975 los precios de la producción rural en su conjunto subieron 90% y los de la agricultura 125%, el índice de la molienda de trigo y nixtamal y de fabricación de pan y tortillas aumentó 169% y el de bebidas 228%; los precios de la petroquímica crecieron 46%, pero los de la industria de jabones y detergentes 187% y los de la textil de fibras artificiales 209%, etcétera;

6) los pequeños y aun los medianos industriales se ven constreñidos a condiciones cada vez más difíciles por la elevación de costos, la disminución de ventas y la falta de crédito, muchos desaparecen y la mayoría quedan cada vez más 'encadenados al capital monopolista que no sólo es proveedor de insumos sino que suele ser comprador único o distribuidor principal de su producción;

7) por lo anterior y especialmente porque la acumulación monopolista requiere proporciones menores de fuerza de trabajo, el empleo industrial aumenta con lentitud —menos del 2% anual, frente a un crecimiento del proletariado urbano del orden del 5 ó 6%—, el ejército industrial de reserva crece rápida e inexorablemente y los salarios reales son bajos y tienden a descender.

Desventuras del nuevo desarrollismo

El mayor desarrollo industrial relativo de México que el de otros países del «tercer mundo» acelera y profundiza su integración al imperialismo. La industria mexicana está incorporada de lleno a los cambios en la división internacional del trabajo determinados por la creciente internacionalización del proceso de acumulación del capital, algunas de cuyas evidencias son los centenares de plantas «maquiladoras» que realizan ciertas fases del proceso de producción requeridas por los monopolios metropolitanos; el creciente dominio del capital monopolista extranjero de la producción, la tecnología y los mercados internos de

ramas industriales claves; la importancia que han llegado a cobrar las exportaciones de productos de la industria de transformación, especialmente textiles, ropa, calzado, químicos, siderúrgicos y vehículos, muchos de ellos fabricados por maquiladoras y empresas extranjeras, y con su decisiva participación; el aumento incesante de la inversión extranjera directa e indirecta; el creciente interés del capital monopolista internacional por participar en la producción interna de ciertos bienes intermedios y aun de capital.

El desarrollo industrial de México es buen ejemplo de la creciente disposición del capital monopolista internacional —también patente en Venezuela, la India y otros muchos países subdesarrollados— para aceptar y aun facilitar recursos financieros y tecnológicos para la «mexicanización» y la nacionalización burguesas de sectores industriales como los de petróleo y electricidad, los minerometalúrgicos incluyendo el de hierro y acero, el de la petroquímica básica y otros. En todos estos cambios juega el papel hegemónico y comparte los beneficios de la explotación de la fuerza de trabajo barata de nuestro país con sus socios menores mexicanos, la burguesía y especialmente la oligarquía monopolista, y deja a éstas y a su Estado las tareas más pesadas y sucias —el «*dirty job*»— de asegurar el abastecimiento de servicios básicos y bienes «semielaborados» y las de mantener la «unidad nacional» y controlar y disciplinar a los trabajadores. En el marco de la crisis general y cíclica y la intensificación del «tercer mundismo», para realizar aquellas tareas la nueva división internacional del trabajo permite —y aun reclama— blandir las útiles banderas «mexicanizadoras» del nacionalismo burgués.

La crisis, la inflación, la devaluación —hechos estructurales— han acabado por frustrar los ilusorios objetivos burgueses y pequeñoburgueses de la política del nuevo desarrollismo. Disminuye el ritmo de crecimiento y éste se vuelve más anárquico y desigual y al mismo tiempo más complejo y difícil; desciende la demanda interna de

muchos bienes, incluso de los consumidos por capas burguesas y pequeñoburguesas. De 1974 a 1975 disminuyeron las exportaciones de productos industriales, de 1 434 a 1 202 millones de dólares, cuya participación en el total descendió del 50 al 42%; muchas plantas han despedido trabajadores o ya no emplean nuevos; la devaluación ha encarecido las importaciones anuales de bienes para el sector industrial en casi 40 000 millones de pesos según su monto de 5 300 millones de dólares en 1975, sin contar las ya previstas para los próximos años de más de 20 000 millones de dólares—, que en su gran mayoría son imprescindibles para la producción, y los pagos de la deuda exterior y la tecnología en miles de millones anuales más: la industria se ha vuelto más dependiente y vulnerable al ciclo económico y los avatares de los EUA y las otras metrópolis.

Pero no todos los objetivos iniciales del gobierno están incumplidos. Las industrias estatales que impulsan al capital privado mexicano y extranjero se han expandido; el movimiento obrero continúa bajo control; la libertad cambiaria y de remisión de utilidades al exterior continúa impoluta; el ajuste de los precios es plenamente «flexible»; los privilegios están lejos de desaparecer estimulados por la inflación, pero están cada vez más concentrados: las tasas de ganancias de los monopolios son altas y en muchos casos aumentan de prisa. El capitalismo cobra puntualmente: mayor desocupación, descenso de salarios e ingresos reales del pueblo trabajador y su mayor sufrimiento. Toca a los obreros y sus vanguardias comprender la naturaleza del proceso de industrialización y organizar la lucha para liquidar las causas estructurales de un desarrollo deformado y deformante: el capital monopolista nacional y extranjero.

VII

PARASITISMO DEL COMERCIO Y LOS SERVICIOS

El mejor negocio, revender

El aparato comercial y de servicios expresa, con características particulares, la anarquía, el parasitismo, la desigualdad y la irracionalidad del desarrollo capitalista, y juega un papel muy importante en la explotación de los trabajadores. Si bien esas son también características de los países capitalistas industrializados, en el capitalismo del subdesarrollo se agravan, pues es mayor el peso de la intermediación en el producto nacional tanto por la proporción de la plusvalía apropiada cuanto porque en el comercio y los servicios se concentra un número creciente de asalariados y sobre todo, de trabajadores subocupados.

El desarrollo capitalista amplía la gama de rubros comerciales que el crecimiento del mercado requiere. Crece el número de servicios a cargo del Estado así como su participación en la circulación y aumentan el comercio y los servicios privados, tan lucrativos como improductivos, lo mismo los que expresan la creciente internacionalización de la economía mexicana (de exportación e importación, hoteles, agencias de viajes, restaurantes y bares, de asesoría técnica, publicidad, etcétera), que los vinculados con las relaciones socioeconómicas internas, desde los «ne-

cesarios» social o económicamente (escuelas, sanatorios, balnearios, espectáculos, bancos, medios de comunicación) hasta servicios domésticos de toda clase.

El grado de capitalización diferencia las relaciones sociales de producción capitalistas: de un lado las monopolistas y del otro las no monopolistas. El capital monopolista concentra y explota un número cada vez mayor de asalariados en el comercio y los servicios (más del 60% del total) e imprime la orientación básica a estas actividades. El segundo está compuesto de numerosísimos pequeños y medianos establecimientos con poco personal y recursos de capital, una mayoría de pequeños comerciantes y prestadores de servicios que no emplean personal retribuido y miles de vendedores ambulantes. Se reproduce aquí la estructura de clases, en la base de la cual se encuentran alrededor de 2 millones de asalariados —y cientos de miles de semiproletarios—, en cuyo trabajo descansa la realización de la plusvalía y el funcionamiento del Estado burgués.

En los últimos años:

- Se mantiene el peso del comercio de bienes y servicios en el producto interno bruto (PIB), en más de 50%. El comercio exterior aumenta su participación del 5.4% del PIB en 1970 al 12.1% en 1975, principalmente por la exportación industrial de empresas monopolistas transnacionales y estatales y, sobre todo, el fuerte incremento de la importación de medios de producción. En tanto que en la industria se «crean» 800 mil plazas entre 1970 y 1975, en estas actividades alcanzan 1.1 millones;

- aumenta el poder de los monopolios-monopsonios: proliferación de grandes cadenas de tiendas de autoservicio, de línea blanca, muebles, ropa, restaurantes, bares, centros nocturnos, hoteles, etcétera, acompañado todo ello por el fortalecimiento y expansión de los grupos bancarios y financieros;

- se incrementan las inversiones extranjeras tanto en el comercio exterior de manufacturas y materias primas, como en el de productos suntuarios y de consumo «necesario» para la oligarquía, la gran burguesía y los sectores de mayores ingresos de la pequeña burguesía; también crece el uso y compra de servicios como los de computación, asesorías técnicas especializadas y agencias publicitarias, todos ellos monopolizados básicamente por el capital extranjero;

- se incrementan el gasto corriente y la inversión estatales que facilitan la realización de la plusvalía al hacerse cargo de mecanismos directos de la circulación (*Conasupo, Fonacot*, tiendas del ISSSTE, múltiples fideicomisos de comercialización, etcétera). La ampliación de los servicios de seguridad social, administrativos, educativos, vivienda, «justicia y orden», urbanos y rurales, implica compras masivas de equipo, mobiliario, instrumental, medicamentos, papelería, materiales de construcción, etcétera; el Estado es uno de los principales compradores de mercancías, cuya producción y comercio está en manos de la gran burguesía y oligarquía nacional y extranjera;

- se profundiza el entrelazamiento de los monopolios estatales y privados, nacionales y extranjeros, que por su alta concentración y centralización de capital y fuerza de trabajo facilitan las «alianzas» entre la esfera productiva y la de la circulación, con lo que diversifican riesgos; elevan la eficiencia y por ende sus ganancias, al abatir sus costos y amplias ventajas sobre los pequeños y medianos comerciantes acentuando la competencia monopolista a que los somete.

Hipertrofia comercial

Durante el último sexenio, como en los anteriores, se reconoce en círculos oficiales que el aparato comercial es oneroso y pesado. Se insiste incluso en la necesidad de modernizarlo y de hacerlo operar con mayor eficiencia.

Pero las cosas toman en la práctica un rumbo bien distinto. La crisis estimula a todos los pescadores de río revuelto: en efecto, la inflación se expresa en rápidos aumentos de precios y en mayores oportunidades de ganancias especulativas y, en general, de redistribución del ingreso en favor de los ricos. La propia crisis afecta las exportaciones mexicanas e influye en el deterioro en la relación de intercambio, pues las materias primas y los bienes de capital que nuestro país adquiere de los grandes monopolios transnacionales suben de precio sin interrupción.

El peso creciente de los monopolios en la distribución, si bien contribuye a modernizar el aparato comercial no lo vuelve sin embargo más racional: en primer término ahora reclama inversiones reales y financieras más cuantiosas que, en cierta medida, inevitablemente se sustraen a la producción; en segundo, el gran comercio influye en la distorsión de la demanda y en la configuración de patrones de consumo no sólo inadecuados sino totalmente irracionales y aun absurdos en un país atrasado y pobre, y en tercer lugar, la proliferación de un comercio cada vez más influido por el capital monopolista deriva en una estructura de costos, precios y ganancias altos, que a la postre sólo o fundamentalmente beneficia a los grandes empresarios.

En el último sexenio, en particular, la mayor concentración de la riqueza y el ingreso en una minoría privilegiada contribuye a acentuar los vicios del aparato comercial. Aunque la producción, sobre todo de ropa, alimentos y artículos para el hogar crece lentamente, las tiendas de todo tipo en que tales mercancías se expenden se multiplican como nunca antes, y la publicidad en la que se invita a comprarlas se intensifica grandemente también. La hipertrofia comercial no es ajena, sino al contrario, a la agudización de la contradicción fundamental del capitalismo y al hecho de que el costo social que entraña la realización de la plusvalía es cada vez mayor.

Inflación, monopolios, intermediación

Quienes, desde ciertas posiciones pequeñoburguesas, se preocupan de buena fe y aun quisieran modificar tal situación, incurren en el error de ver en «el intermediario» el villano del drama capitalista. Incapaces de llevar su análisis a las relaciones de producción y de descubrir la forma en que tales relaciones determinan el funcionamiento del aparato de distribución, hacen de éste el eje del problema y pretenden que si la intermediación pudiera sujetarse a normas mínimas racionales y equitativas, el desarrollo se llevaría adelante sin mayores tropiezos. Si bien es cierto que, como antes señalamos, bajo el capitalismo monopolista de Estado la realización de la plusvalía entraña un alto costo y plantea problemas cada vez más graves, también lo es que ello no obedece tan sólo a que el comercio sea ineficaz sino a que las contradicciones que surgen en la esfera propiamente productiva del sistema son cada vez más profundas, y trascienden, necesariamente, a la órbita comercial.

Si la intensificación del proceso inflacionario iniciada en 1973 contribuye sin duda a hacer más pesado y parasitario el aparato comercial de nuestro país, hay razones de sobra para que la devaluación del peso ejerza una influencia aun mayor. Apenas transcurridas 24 horas de anunciada la medida, los comerciantes se entregan con entusiasmo a la pesada pero grata tarea de remarcar los precios —elevándolos en 60%— de toda la mercancía importada, así estuviere mucha de ella totalmente pagada a razón de 12.50 pesos por dólar. A estas horas es evidente que casi todos los precios han subido, en general en una proporción mayor a aquella que puede justificar la caída de la paridad del peso.

De aquí a principios de 1977 habrá aumentos de salarios y gratificaciones de fin de año, seguramente los empresarios, y sobre todo las grandes cadenas se ingeniarán para que, como suela decirse, en los «comerciales», la gen-

te «ahorre» más y más, gastando en comprar lo que necesita y aun lo que no necesite, a precios prohibitivos. Por lo que no parece aventurado anticipar que, acaso tan sólo en unas semanas, la relación precios-salarios vuelva a su cauce normal, del todo favorable a los capitalistas, como condición para reiniciar una etapa de «prosperidad». Y habrá que reconocer que, en la búsqueda de una alta tasa de ganancia, el gran comercio ha puesto algo más que un grano de arena.

VIII

«CINTURONES» DE MISERIA, «SMOG» Y DESEMPLEO URBANOS

“Las grandes ciudades tienen la enfermedad del cuerpo social, enfermedad que se presenta en el campo bajo la forma crónica y en ellas se transforma en aguda [...]”

Federico Engels. (*La situación de la clase obrera en Inglaterra*).

Urbanización acelerada e irracional

Uno de los fenómenos que refleja con mayor claridad la irracionalidad y la anarquía del capitalismo es el proceso de urbanización, y sus múltiples problemas económicos, políticos y sociales. A la vez se trata de un síntoma y un efecto de la gran concentración y centralización del capital que muestra la incapacidad del capitalismo para resolver las necesidades más elementales del pueblo: trabajo, alimentación, vivienda, vestido, seguridad social, transporte, educación, recreación.

El capitalismo del subdesarrollo genera sus propios patrones de asentamiento urbano. La acelerada concentración económica y política profundiza el desarrollo desigual.

Lo más característico en la mayoría de las ciudades es la «urbanización sin industrialización» fruto de un crecimiento capitalista que ha generado un aparato improductivo de comercio y servicios profundamente parasitario que a diferencia de su equivalente en los países capitalistas desarrollados, es producto del escaso y deforme desarrollo de las fuerzas productivas y del desperdicio aún más irracional de la fuerza de trabajo. La heterogeneidad social, arquitectónica y urbanística de cada ciudad capitalista surgida del contraste entre la opulencia y la miseria, adquieren en nuestros países intensidad y magnitud inusitada. A pesar del «despegue» de que habla la burguesía, México no escapa a ninguna de estas características.

El creciente carácter urbano del país, causado por la expulsión acelerada de trabajadores rurales, está a la vista. Hoy se afirma que entre el 55 y el 60% de la población total es urbana (habitante en localidades de más de 15 mil habitantes), en comparación con el 20% de 1940, pero según el censo de 1970, el 34% de la población económicamente activa se dedicaba al comercio y los servicios, en su gran mayoría en las ciudades y esta proporción es ahora seguramente superior. Actualmente más de la tercera parte de la población urbana del país se encuentra en la zona metropolitana del DF, la que, junto con las de Guadalajara y Monterrey, concentran cerca del 40%; según el censo industrial de 1970 más del 65% del capital invertido neto se localiza en estas zonas y existen indicios de que después de un sexenio de «política de desconcentración industrial», la concentración es ahora mayor.¹

«Ciudad Netzahualcóyotl», por ejemplo, producto lato de la miseria, la explotación, la especulación, se convirtió, desde 1970 en la cuarta localidad urbana del país y tiene

¹ En la reunión de industriales del Estado de México con el candidato presidencial del PRI, aquéllos podían ufanarse de que con 3 000 plantas importantes y una producción con valor bruto de más de 100 000 millones de pesos están “[...] considerablemente arriba de Nuevo León y Jalisco [...]”. *El Universal*, 28 de enero de 1976.

ahora la más alta tasa de crecimiento, calculada por investigadores oficiales,² en alrededor del 17% anual: "El México desarrollado y el México de la marginación", la vieja concepción burguesa dualista de que hablaba el presidente Echeverría en su VI Informe.

La expansión urbana lleva consigo cambios en la composición de las clases sociales en las que sobresale la creciente proletarización. También muestra con claridad el papel que juega el Estado en esta fase del capitalismo como principal responsable de proporcionar servicios mínimos para asegurar la reproducción de la fuerza de trabajo, así como de ofrecer la infraestructura urbana indispensable para garantizar el funcionamiento del sistema, cuya construcción al mismo tiempo brinda jugosos negocios a la burguesía.

Problemas crecientes para las mayorías

Podríamos agrupar a las ciudades del país, a excepción hecha de la de México y otras grandes urbes que condensan, reproducen y amplifican todos los defectos de la urbanización capitalista en el subdesarrollo, entre otros en los siguientes tipos: las que corresponden a una actividad industrial específica (petróleo, siderurgia, minería, azúcar); varias de la zona fronteriza resultantes del comercio, el turismo, el bracerismo, la maquila y el contrabando; las que han crecido por la capitalización de la agricultura y el comercio, como las del noroeste y otras zonas del país y, por último, las ciudades «turísticas» como Acapulco o Guanajuato. Aunque cada una tiene sus pro-

² Según Luis Unikel (*El desarrollo urbano de México*, El Colegio de México, 1976, p. 136). entre 1960 y 1970 la población aumentó a un ritmo promedio anual de 14.22%. La directora de Planificación del DF, Ángela Alesio Robles, afirma que actualmente dicha tasa fluctúa entre el 17 y 18% anual; *Excelsior*, 29 de julio de 1976.

pias peculiaridades y específicos problemas, pueden mencionarse ciertas cuestiones comunes:

- El desempleo abierto o disfrazado que se localiza cada vez más en las urbes. Es de esperarse que el menor ritmo de crecimiento económico y la devaluación incidan de inmediato en la quiebra de pequeñas empresas y se agudice el problema.³

- Los cinturones de miseria, «ciudades perdidas» y zonas de tugurios y barracas, donde el problema de la vivienda se expresa en toda su crueldad y desnudez. Sobran datos que ilustran estos problemas: en la céntrica delegación Venustiano Carranza de la capital, de una población de 2 millones de habitantes, la mitad vive hacinada en viviendas infrahumanas, según el delegado del Departamento del DDF; el IEPES informaba que el 65% de la población nacional vive en condiciones inaceptables de habitabilidad, el déficit de viviendas en Monterrey es del 50% y en Guadalajara de más del 50%. Un problema común es el de la regularización de la propiedad de los «paracaidistas» y la violación de los derechos de los ejidatarios dueños de terrenos aprisionados por la expansión urbana.

- La falta de servicios municipales y al mismo tiempo la concentración de éstos en unas cuantas urbes; por lo que este problema es mayor en las medianas y pequeñas ciudades cuyos habitantes pobres carecen, todavía más, de los más elementales: drenaje, agua potable, recolección de basura, alumbrado público, pavimentación. En el «emporio» petrolero de Poza Rica, por ejemplo, el 60% de la población está sin drenaje, el 90% sin pavimento y falta

³ Por ejemplo, hace unos días el presidente de la Cámara de la Industria de la Construcción señalaba que a causa de la inflación y la contracción económica, en esta industria se registra un desempleo de 300 mil trabajadores, cifra que en los próximos meses podrá elevarse a 500 ó 550 mil, a consecuencia de la devaluación. *El Día*, 22 de septiembre de 1976.

vivienda y agua, según un reportaje del *Excélsior* (14 de marzo de 1976).

• La falta de adecuados transportes públicos que en las grandes ciudades llega a extremos insoportables. En la capital, por ejemplo, se ha llegado a la sobresaturación del «Metro» mientras que en todo el sexenio no se le añadió un solo kilómetro. En todas partes proliferan «periféricos» y «circuitos interiores» que benefician principalmente a los que tienen automóvil⁴ y desde luego al capital monopolista transnacional de la industria automotriz, en tanto que se afianza el contubernio entre funcionarios gubernamentales y concesionarios de autobuses y la atención del tránsito ciudadano —más bien desatención— continúa encomendada a militares-políticos y políticos-burócratas con abierto desdén al público, trabajadores y estudiantes en su mayoría, y a los trabajadores de los transportes colectivos.

• Mientras que los problemas educativos se agravan en todos los niveles y en tanto que en la capital siguen concentrados las más importantes actividades culturales, con el proceso urbanizador aumenta la manipulación de los medios de comunicación en todas las ciudades como un eficaz mecanismo difusor de la ideología burguesa y del «*american way of life*».

• La contaminación, la falta de parques, la extrema destrucción de suelos y bosques, la falta de asistencia médica, tanto preventiva como curativa, provocan que todavía se encuentren entre las primeras causas de mortalidad en el país las enfermedades infecciosas.

• La corrupción, la especulación, la manipulación, la degradación y la violencia en que vivimos. La corrupción

⁴ Según un estudio del DDF, "En 1974 el número de automóviles particulares en circulación era de 831 mil 150 y el de autobuses urbanos 4 mil 940 [...]"; pero sólo el 19% de los 14.5 millones de viajes persona por día se efectúan en los primeros y se pierde "un total de 76 mil 300 pesos trabajo-día-hombre anualmente" por el deficitario servicio colectivo. *El Heraldo*, 18 de julio de 1976.

institucional: burocrática, sindical, policiaca, política; la brutalidad de la antidemocracia que se expresa con la abierta represión oficial y la provocación con grupos paramilitares, y la constante supresión de los derechos de asociación, protesta y manifestación. La sistemática y diaria violación de los derechos civiles más elementales que alcanza grandes proporciones en las delegaciones, juzgados y tribunales; la drogadicción, la prostitución, la degradación y la violencia individual cada vez mayores que crean un clima constante de inseguridad en las ciudades.⁵ La especulación con inmuebles, alimentos, medicinas y la usura, reafirman, con lo anterior, a la burguesía: *las manos sobre la ciudad*.

Ante el empeoramiento de estos problemas y la creciente movilización espontánea del pueblo en comités populares como los de Chihuahua, Cuernavaca, Netzahualcóyotl, Ixtacalco, el Estado ha tomado una serie de medidas que van de la violenta represión a los colonos —Ixtacalco, Colonia Rubén Jaramillo en Cuernavaca, Campamento Morelos en Monterrey— a las medidas reformistas: dotación parcial de ciertos servicios urbanos y sociales, tiendas *Conasupo*, etcétera.

El Estado burgués no deja de proclamar sus propósitos de «planificación» ni cesan los intentos de ocultar la irracionalidad, pero hasta hoy, sobre todo ante la perspectiva de una aterradora aglomeración en la «megalópolis» capitalina de 30 millones de habitantes en unos pocos lustros más, tal «planificación» sólo logra acentuar la irracionalidad. Es el caso del impulso a la descentralización —industrial y administrativa— que nos lleva del DF a... Naulcalpan, Tlalnepantla, Cuernavaca y Toluca; y crea ciudades «planificadas» como Lázaro Cárdenas, en Michoacán, que rápidamente rebasan los límites de crecimiento esta-

⁵ Un informe de la SSA menciona que en 1973 se presentaron 40 504 muertes por violencia o accidentes, en un año desde luego «pacífico». *Excelsior*, 21 de junio de 1976.

blecidos en el papel y presentan los síntomas de anarquía y descomposición social de las demás ciudades.

Un reciente intento de «planificación» que muestra que ni siquiera la del tipo «indicativo» es posible hoy por hoy en este país subdesarrollado ante la prepotencia de una burguesía parasitaria y especuladora, es la inocua ley de asentamientos humanos que de ninguna manera rebasa el capitalismo sino que “lo apuntala a la par que afronta demagógicamente el descontento de millones de mexicanos, habitantes de la intemperie y la pobreza” (*Estrategia*, no. 9).

A medida que la estructura económica profundiza sus contradicciones y que la especulación y el alza inflacionaria intensificadas por la devaluación agravan estos problemas, se refuerzan los mecanismos de explotación de los trabajadores. Pero también crece su resistencia. El que el capitalismo no pueda resolver los problemas mencionados sino, al contrario, provocarlos y agudizarlos, no quiere decir que sean eternos e insolubles, sólo que su solución va más allá de los marcos capitalistas y depende de la lucha revolucionaria organizada de los trabajadores.

IX

DESEQUILIBRIO EXTERNO PERMANENTE

Dependencia económica cada vez mayor

México sufre un profundo y creciente desequilibrio exterior. Se manifiesta en el déficit de la balanza de pagos, el desenfrenado aumento del endeudamiento externo, la dependencia tecnológica y la magnitud y sobre todo el carácter de la inversión extranjera, que se ubica fundamentalmente en las ramas más dinámicas y que acentúa las repercusiones de la crisis capitalista internacional. Este desequilibrio es una de las múltiples maneras en que se refleja la dependencia estructural del capitalismo mexicano.

Ha habido intentos —encaminados a atacar los síntomas más que las causas de la enfermedad— de dinamizar al sector agropecuario para restablecer la «autosuficiencia» alimenticia, de aumentar la capacidad de exportación minera y de petróleo, captar mayores divisas vía el turismo y desarrollar y diversificar la industria. Incluso se ha recurrido a la devaluación “para que la política de reestructuración económica nacional y de generación de empleos, que debe apoyarse en el aumento de las exportaciones de bienes y servicios y en un aumento general de la actividad

productiva, pueda alcanzar el éxito que deseamos".¹ Pero todo ello ha contribuido a agudizar la dependencia y el consiguiente desequilibrio, pues bajo el capitalismo del subdesarrollo, para elevar la producción agrícola o industrial se requiere cada vez más de insumos y tecnología importados así como de recursos externos con qué financiar su adquisición.

El déficit en la cuenta corriente —es decir de mercancías y servicios— de la balanza de pagos aumenta en 400% en cinco años, de 908.8 millones de dólares en 1970, a 3 643.4 en 1975. Tal es el saldo de la industrialización dependiente que se basa en la sustitución de importaciones y de la cada vez mayor penetración de las transnacionales y de sus prácticas monopolistas. Logros tan importantes como el aumento de la producción de petróleo, energía eléctrica, hierro, acero y cemento entre 1970 y 1976, descansan en buena medida en el empleo de tecnología y financiamiento de grandes monopolios internacionales, lo que incrementa fuertemente las importaciones de bienes de producción.

Todo ello entraña una mayor integración en el sistema capitalista internacional mientras que en el plano nacional prevalece la desarticulación y la debilidad de la estructura industrial, y en particular de la industria pesada.

Los avances resultan más endebles si se toma en cuenta el nivel estratosférico de endeudamiento externo, que automáticamente aumenta en casi un 60% con la nueva paridad del peso. México ocupa el tercer lugar, después de la India y Brasil, entre los países subdesarrollados con más deudas: más de 16 300 millones de dólares de deuda pública externa y quizá cerca de 10 000, privada, lo que da un total superior a 25 000 millones, que con la devaluación se convierten en unos 500 000 millones de pesos, que tan sólo por concepto de *intereses* reclaman más de 15 000

¹ Luis Echeverría, VI informe. *El Heraldo*, 2 de septiembre de 1976.

millones de pesos en 1975, y seguramente más de 20 000 millones en 1976.

No obstante la insistencia con que se repite que México avanza hacia la independencia económica, los esfuerzos para diversificar las exportaciones y ampliar los mercados tienen alcances muy limitados. Entre 1960 y 1975 se amplían las ventas a Europa (del 5.5 al 12.3% del valor de las exportaciones), a Japón (del 0.7 al 4.0%) y los países del ALALC (al 9.9%). Aun con los frecuentes viajes presidenciales y los convenios suscritos con algunos países socialistas, más del 90% de las operaciones comerciales y financieras se realiza todavía con los países capitalistas industrializados. El peso que alcanzan las manufacturas en la composición de las exportaciones en 1974, se reduce en 1975 tanto por la disminución en su venta como por el aumento en la exportación de petróleo crudo. La creciente exportación de máquinas, aparatos y material eléctrico lograda en los últimos años, en gran parte por empresas extranjeras, depende en buena medida de la importación de los componentes y la tecnología.

Peso creciente de los monopolios internacionales

Todo el esfuerzo para promover la sustitución de importaciones de bienes intermedios y de capital implica mayores importaciones de maquinaria, equipo básico y también tecnología. En ese sentido la política de sustitución de importaciones es un arma del propio imperialismo. Los EUA destinan cantidades masivas de dinero a la investigación, diseño y presentación de nuevas máquinas y bienes de consumo, así como a nuevos procesos productivos en una escala nunca antes imaginada, del orden de unos 30 mil millones de dólares anuales (600 mil millones de pesos). Los países subdesarrollados absorben una pequeña parte de los avances tecnológicos de los grandes monopolios en la medida en que avanza el proceso industrial y se ensanchan el mercado interno y la inversión extranjera.

Esta situación no podrá modificarse en tanto prive la hegemonía tecnológica del capital monopolista norteamericano.

La proliferación de los monopolios trasnacionales significa el empleo creciente de tecnología y maquinaria extranjeras con un aumento en los pagos de dividendos, intereses, regalías, etcétera. Mientras que la inversión extranjera directa anual creció en un 80% entre 1970 y 1974, llegando a 362 millones de dólares, nivel que se mantuvo igual en 1975, y a un valor acumulado de casi 5 000 millones, la suma de dividendos, intereses y otros pagos de empresas con inversión extranjera aumentó cerca del . . . 100% y en términos absolutos llegó a ser casi dos veces mayor que aquélla, 699 millones.

La inversión extranjera resulta muy costosa y, desde el punto de vista de la balanza de pagos, a menudo desfavorable; pero sus efectos más nocivos se dejan sentir en las crecientes deformaciones de la estructura de la economía nacional, que son a la vez causa y efecto de la irracional asignación de los recursos productivos y la inequitativa distribución de la riqueza y el ingreso que se acentúa con la monopolización.

El alto grado de monopolio propiciado por las trasnacionales repercute sobre los niveles de empleo y producción, al través de la formación de los precios, la intensidad de la inflación, la tasa de ganancias y la acumulación de capital. No obstante, en aras del «desarrollo compartido» el gobierno alienta la asociación del capital estatal y privado con el extranjero; de lo que resulta un crecimiento deforme, inestable, profundamente contradictorio y dependiente, y un desequilibrio exterior que se ve agravado por la creciente vulnerabilidad de la economía mexicana respecto a cualquier trastorno en el sistema capitalista internacional.

El rápido incremento en la inversión extranjera directa y sobre todo indirecta junto con el déficit comercial y de pagos, la dependencia tecnológica y financiera sobre todo

de los EUA —que además de ser el país hegemónico dentro del sistema capitalista es nuestro vecino— han ligado estrechamente la suerte del peso con la del dólar —o sea la «dolarización» de la economía mexicana—, cuyas dos recientes devaluaciones disminuyeron el poder adquisitivo del peso en otros mercados.

Devaluación y equilibrio externo

Los defensores de la devaluación del peso aseguran que, con ella, el país fortalecerá su posición competitiva en el exterior y logrará restablecer un equilibrio que permita impulsar el desarrollo. Más exportaciones e ingresos derivados del turismo y las maquiladoras y otras empresas extranjeras, un menor crecimiento de las importaciones, un alto a la fuga de divisas provocada por factores especulativos y viajes de mexicanos al extranjero y un manejo financiero interno y externo antinflacionario, pero que no prive a las actividades fundamentales de los recursos necesarios, se traducirá —se nos dice— en un rápido aumento de la inversión, el empleo y el ingreso.

Las cuentas oficiales parecen, como de costumbre, demasiado alegres:

- En primer lugar soslayan las verdaderas causas de la devaluación: las profundas deformaciones del capitalismo mexicano, la crisis por la que atraviesa el sistema en su conjunto, la creciente dependencia, las fallas y el fuerte impacto inflacionario de la política estatal y en general del capital monopolista, y el constante drenaje que los ricos nacionales y extranjeros imponen a la economía mexicana y que ni una deuda exterior de más de 25 mil millones de dólares logró contrarrestar;

- en segundo, se pretende que una devaluación tan severa no tiene por qué verse acompañada de una fuerte e inmediata elevación de los precios. Pero el hecho es que si el alza hasta agosto había sido al ritmo de 13% anual

según los índices oficiales, no es difícil que para mediados de octubre alcance ya cerca de 30%, lo que sin duda debilita grandemente el fortalecimiento de la competitividad de las exportaciones mexicanas y empieza a auspiciar nuevas importaciones;

● por último, en vez de evaluarse realistamente las perspectivas, o sea teniendo en cuenta que el capitalismo está en crisis, que aun países como Francia —para no mencionar a Inglaterra, Italia o España—, se enfrentan a cada vez mayores dificultades, que la recuperación de la economía norteamericana es débil y puede ser efímera, que la guerra comercial y financiera entre las grandes potencias limita grandemente las posibilidades de los países atrasadas y que, sobre todo a corto plazo no es fácil para México aumentar sus exportaciones, las que por lo demás están en buena parte controladas por intereses extranjeros; en vez de todo ello, demagógicamente se pretende hacernos creer que los problemas más graves están ya resueltos, y ni siquiera se tiene presente que esta vez, a diferencia de todas las anteriores, centenares de empresas nacionales y extranjeras tienen cuantiosas deudas en dólares, lo que implica un aumento de sus pasivos que las coloca en una grave situación y a muchas de ellas incluso al borde de la liquidación o de la quiebra.

Lo anterior no significa que la devaluación deba, por fuerza, fracasar. Un hecho, del que por cierto no hablan los voceros oficiales pero que ha sido advertido por la prensa extranjera es que el gobierno trata fundamentalmente de estimular a los empresarios privados, de crearles el clima favorable que siempre reclaman. Y aunque todo parece girar en torno a cómo obtener más divisas, lo cierto es que *el papel principal de la devaluación consiste en hacer bajar los salarios reales y contribuir a elevar la tasa de ganancia*. Y a juzgar por lo ocurrido en las últimas semanas, las cosas apuntan en la dirección que más conviene a los capitalistas.

En efecto, aunque los funcionarios mexicanos han sido muy parcos al respecto, el señor Johanes Witteveen, director-gerente del Fondo Monetario Internacional acaba de declarar en Manila que “[...] a partir del primero de enero se aplicará [en México] un programa que implicará *medidas restrictivas, disciplina* del gasto público, *control* del crédito interno, del consumo y de precios y salarios, que en dos años permitirán al país recuperar su prestigio financiero [...]”²

¿Será posible que, a cambio del apoyo del FMI y de la Tesorería norteamericana el gobierno —tanto el que termina su gestión como, lo que es más grave, el que apenas está por instalarse— haya aceptado tal programa, que a la letra y no solamente en su espíritu recuerda la política reaccionaria de pseudo austeridad impuesta por el Fondo Monetario sobre muchos países dependientes en los años cincuenta? ¿Será posible que, bajo la presión extranjera y la de los funcionarios mexicanos más conservadores se opte por una política que ante el espejismo de la estabilidad renuncie inclusive a un modesto desarrollo?

Desafortunadamente, como siempre ocurre en un país sin vida democrática, desconocemos el alcance de los compromisos contraídos con el FMI así como la medida en que, en su caso, afecten al nuevo gobierno. Lo que parece bien claro es que si, para tratar de salir de la actual crisis y sobre todo para disponer fácilmente de divisas en un momento dado —lo que a la postre no es más que el tradicional plato de lentejas— se cede ante la anacrónica ortodoxia monetarista del FMI, no habrá por delante ni estabilidad ni desarrollo. Lo único que veremos crecer es el comercio exterior y la inversión extranjera, y con ellas la dependencia comercial, financiera, tecnológica y desde luego política, en una medida seguramente mayor que la que hemos sufrido hasta ahora. Todo lo cual debiera

² *Excelsior*, 3 de octubre de 1976.

convencernos de que lejos de ser el correctivo de los desequilibrios que en cierto modo la provocaron, la devaluación puede ahora ser uno de los factores que contribuya a nuevos y aun más graves desajustes.

X

DESAJUSTES FINANCIEROS INTERNOS

Contracción económica con inflación

Bajo el gobierno de Echeverría se ha vuelto más evidente una contradicción del capitalismo monopolista: se han incrementado rápidamente los ingresos del Estado y el crédito otorgado por instituciones privadas y estatales, y sin embargo, pese a que el Estado, las empresas y muchos productores y consumidores individuales incrementan su gasto endeudándose más, descienden las ventas totales de no pocos productos, muchos empresarios sufren restricciones crediticias aún más severas que en el pasado, la acumulación mantiene sus bajos niveles anteriores y la producción bruta de bienes y servicios *por habitante* crece más lentamente, a un ritmo de la *mitad o menos* que en cualquier sexenio desde el gobierno de Lázaro Cárdenas.¹

¹ En el sexenio de Cárdenas el PIB por habitante aumentó, a precios constantes, un 24% respecto a 1934; en los demás sexenios hasta de Díaz Ordaz dicho incremento fue entre 16 y 21%. En 1971-75 no alcanza el 7% y en todo el sexenio, hasta 1976, no llegará al 10 o quizá al 9%, tanto porque la tasa anual habrá descendido un tercio respecto a 1958-70 como porque la población habrá crecido en una cuarta parte. Calculado con

Al mismo tiempo, al concluir 1976, cuando se hayan «absorbido» los primeros efectos de la devaluación, durante el sexenio los precios habrán subido a un ritmo tan alto como durante el gobierno de Avila Camacho, cuando estuvieron en juego los factores alcistas desatados por la segunda guerra mundial, de más del doble que en los gobiernos de Cárdenas, Alemán y Ruiz Cortines, y el quintuple del observado durante los años del «desarrollo estabilizador» de López Mateos y Díaz Ordaz.² Es decir, también en México están presentes las contradictorias presiones inflacionarias y deflacionarias del «estancamiento con inflación», reveladoras de profundas contradicciones y desequilibrios estructurales que han cobrado mayor amplitud en la fase monopolista de Estado.

Del dicho al hecho...

Desde los primeros días de su gestión el gobierno de Echeverría reconoció la necesidad de acelerar el desarrollo sobre bases no inflacionarias y que existen desajustes graves en la economía mexicana que reclaman corrección: “[...] no podemos aceptar que [...] el cuadro sobre el cual se programe una política financiera conveniente”, declaraba en diciembre de 1970 Hugo Margain, entonces secretario de Hacienda, sea uno de “[...] Desequilibrio presupuestal, creciente endeudamiento en el exterior, desnivel permanente y en aumento de la balanza comercial,

datos tomados de Leopoldo Solís, *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*. Siglo Veintiuno Editores, México, 1970, 1a. Ed., cuadro III-2, pp. 104-105, así como los *Informes Anuales* de los últimos años del Banco de México.

² Según el índice de «precios imputados» en los cálculos del PIB, en los años 1958-70 el aumento fue de un 25% sexenal, durante 1946-1952 y 1952-58 respectivamente de 49 a 56%, y en 1934-40 de 64%; en 1940-46 llegó a 137%. En 1970-75 fue de 79% y con un incremento de 30% en 1976 por los efectos de la devaluación, ascendería a 131% durante el sexenio.

junto a otros factores negativos como el contrabando, la alcabala y la corrupción" (*Tiempo*. Vol. LVIII, No. 1 525, 28 de diciembre de 1970, p 31). En los días finales del régimen vemos que éste no sólo «sí pudo aceptar» tales hechos sino que, obligado por la crisis y la contracción de la inversión privada, urgido de suavizar contradicciones y atemperar las luchas de clases, el Estado burgués multiplicó su acción reformista e incrementó sus inversiones y gastos para sostener el proceso de acumulación, en magnitudes que rebasan su capacidad financiera y han llevado los desajustes financieros a extremos sin precedente:

- De acuerdo con estimaciones de los empresarios privados, el promedio anual de los ingresos ordinarios del gobierno federal y los principales organismos y empresas paraestatales se ha triplicado durante 1971-75 respecto al sexenio anterior. Dichos recursos sumaron 780 000 millones de pesos en estos 5 años, pero el gasto total de más de 1 billón 100 000 millones de pesos causó un gigantesco déficit de 324 000 millones —42% de los ingresos—, o sea el triple del nada deleznable faltante de 110 000 millones de todo el sexenio «estabilizador» anterior el que empero, «sólo» representó el 28% de su respectivo ingreso. (Centro de Estudios Económicos del Sector Privado, *La industria mexicana 1976*, publicado por CONCAMÍN, 1976, pp. 30-31).

- Los ingresos anuales propiamente del gobierno federal se elevaron de 33 000 a más de 100 000 millones de pesos de 1970 a 1976, resultado que junto al crecimiento económico y la propia inflación recoge los frutos de las reformas fiscales realizadas en estos años. En nuestro país la masa de plusvalía que se apropian los capitalistas nacionales y extranjeros es enorme y cada vez mayor, a pesar de la crisis (más de la mitad del PIB, posiblemente unos 500 000 millones de pesos en 1975 —sin considerar el consumo y la inversión estatales—, principalmente concentrados por la oligarquía y la burguesía monopolista; véase *Estrategia*, No. 10, p. 76); sin embargo, y sin olvidar los

crecientes pagos a y las remesas del capital monopolista extranjero, la mayor parte de tales recursos son despilfarrados en el consumo suntuario, «inversiones» especulativas y «fugas» de capitales que son importantes factores de inflación y desequilibrios externos, sin que, por supuesto, el Estado burgués grave progresivamente a los empresarios. Con aquellas reformas, como afirma Carlos Tello, subsecretario de Hacienda, “No se efectuó la capacidad de inversión de las empresas, sino, simplemente, al eliminar algunas deducciones se las orientó hacia el ahorro y a prescindir de los gastos superfluos” [¡ !] (*Política hacendaria y financiera de México, 1971-1976. Suplemento de la revista Comercio Exterior, Vol. 26, No. 8, agosto de 1976, p. 19. Cursivas nuestras*). Los incrementos tributarios, pues, en lo fundamental han recaído sobre el consumo y los ingresos de los asalariados, las capas intermedias y la burguesía baja y media, y el sistema impositivo ha acentuado su tradicional regresividad.³

• La elevación de las tarifas y precios de las empresas estatales está subordinada a los mismos propósitos del régimen burgués, y amén de ser insuficientes y a veces tardías, en los casos de los ferrocarriles, electricidad, petróleo y petroquímica, como se ha analizado en *Estrategia* (números 2, 4, 5 y 7) implica, de un lado, transferencias masivas de plusvalía en favor del capital monopolista y del

³ Un subsecretario anterior, Gustavo Petricioli, fue aún más explícito: “[...] la carga del coeficiente fiscal de las empresas, en estos momentos es más baja que la que existía al inicio de esta administración”, declaró en abril de 1973. Citado por Benjamín Retchkiman, “La «reforma» fiscal en México”. *Revista Problemas del Desarrollo, IIEc. UNAM*, año V, No. 19, agosto octubre de 1974, p. 92. Por lo demás, según los datos que cita este autor, en el caso del impuesto sobre la renta, supuestamente más progresivo, en la década anterior las contribuciones de los asalariados subieron a un promedio de 15% anual, mientras que las recabadas con cargo a las utilidades de las empresas y los productos del capital sólo aumentaron 10.7% y 4% anual respectivamente; este hecho debe haberse acentuado en 1971-76.

otro, recae principalmente sobre aquellos mismos sectores mayoritarios de la población.

• En 1971-75 el 59% del déficit —190 000 millones de pesos—, fue cubierto con financiamientos internos otorgados por el Banco de México directamente o por la vía de los depósitos que la banca privada debe constituir obligatoriamente en el banco central dizque para «evitar la inflación» —el llamado «encaje legal»—, así como por otras fuentes. El promedio anual de la deuda interna se cuadruplicó respecto al sexenio previo.

• El restante 41% del déficit —134 000 millones de pesos—, fue financiado con deuda externa cuyo promedio anual en 1971-75 triplica al de 1965-70. “Mientras que en 1970 esta fuente contribuyó con una tercera parte del financiamiento deficitario total, en 1975 esta proporción se elevó a cerca de *la mitad*”, ha dicho el director de Crédito de la Secretaría de Hacienda (*Comercio Exterior*, ob. cit., p. 43). En 1976 el peso de la deuda exterior debe haber aumentado.

Consecuencias del desequilibrio

Las consecuencias de estos desajustes son graves y múltiples. Vamos algunas de las más importantes:

1) Los mayores impuestos, precios de garantía agrícola y tarifas de servicios básicos inciden directamente sobre los precios, lesionan a las mayorías y benefician al capital monopolista que traslada a los precios, generalmente incrementados, los más altos gravámenes fiscales y aumentos de costos;

2) el financiamiento interno del déficit es inflacionario. De acuerdo con el director del Banco de México, el duplicado financiamiento al gobierno federal “[...] se logró en buena parte con recursos no inflacionarios, provenientes del mecanismo del encaje legal, por 3 700 millones en 1970, y por 28 000 millones en 1975” (*Comercio Exterior*, ob. cit., p. 14). Lo contrario es lo cierto. Al proce-

der así, no se «esterilizan» los recursos depositados en el banco central sino que se devuelven a la circulación naturalmente en beneficio de contratistas, proveedores y banqueros monopolistas. “El resto —agrega aquel funcionario— procedió de la generación de *recursos primarios* del banco central”, o sea, lisa y llanamente, la impresión de billetes. No en balde el medio circulante aumentó 69 000 millones de pesos, 141%, en 1971-75; de seguro la cifra será muy superior a la fecha de la devaluación y sobre todo a partir de ella;⁴

3) el financiamiento del sistema bancario al Estado pasó del 24% en 1970 al 40% en 1975: “En 1973, de cada peso captado por el sistema bancario privado, 87.8 centavos se canalizaban a las empresas y particulares; en 1975, en cambio, únicamente se otorgaban 42.6 centavos” (CONGAMÍN, ob. cit., p. 31). Esto, que corresponde por supuesto al ampliado papel del Estado en el proceso de acumulación, no deja de limitar las posibilidades de muchos pequeños y aun medianos empresarios e incluso puede haber contribuido al crecimiento de la deuda exterior privada;

4) el financiamiento externo utilizado para cubrir los desequilibrios presupuestales —y de la balanza de mercancías y servicios—, es también inflacionario y causante de otros desequilibrios: no sólo es agente directo de la inflación «importada» y del fortalecimiento del capital monopolista en su conjunto sino que una parte expande la circulación monetaria e influye en el consumo interno, y especialmente, porque en los últimos años se han agrandado los desequilibrios financieros que se pretendió mitigar con tales recursos;

5) pese a algunos incrementos importantes del finan-

⁴ Este incremento en sólo 5 años es muy superior al registrado en los 6 años que van de la devaluación del peso de julio de 1948 a la de abril de 1954, de alrededor de un 80% periodo en que, además, como ya se dijo, la tasa de crecimiento económico era más alta que la actual.

ciamiento institucional a la agricultura, a la pequeña y mediana industria y al consumo de amplias capas sociales, sigue siendo un hecho que en el país se despilfarra el grueso del potencial de inversión, subsiste el agiotismo, se acrecienta la especulación, los recursos financieros se aplican a las actividades más redituables así sean las más parasitarias, y el desarrollo de las actividades fundamentales sigue sujeto a graves limitaciones.

Una vez más el régimen burgués mexicano ha demostrado su incapacidad de movilizar el cada vez mayor excedente económico nacional sobre bases mínimamente racionales. La política del nuevo desarrollismo que, como el viejo descansa en el propósito de preservar el *statu quo* sin alterar la creciente concentración monopolista del capital, ha tenido éxito sólo en mantener la situación a costa de agrandar los desequilibrios financieros internos causantes de los externos, y provocar el desquiciamiento del sistema financiero que habría de desenlazar en la devaluación. Con ella surgen nuevos desajustes y de la precariedad y de la profunda desconfianza sobre la estabilidad financiera del país da cuenta el pánico bancario de las fiestas patrias, cuando corrieron los más encontrados rumores y decenas de miles de ahorradores y depositantes pequeñosburgueses y empleados, hicieron retiros de fondos por miles de millones de pesos de la banca capitalina.

El régimen ya se aboca a poner en práctica las consabidas recetas burguesas del Fondo Monetario Internacional: "disciplina fiscal, económica y monetaria"⁵ Es decir, congelamiento del gasto público y, sobre todo, de los sa-

⁵ Declaración de Ernesto Fernández Hurtado, director del Banco de México, en la asamblea del FMI celebrada en Manila. *Excelsior*, 6 de octubre de 1976. El "programa iniciado el primero de septiembre", dijo, "cubre [...] los campos más vitales de la economía: el de la competitividad externa, el de los precios y salarios, pero principalmente el de la necesaria reconstrucción de un nivel adecuado de ahorros del sector público para lograr la consiguiente reducción del desequilibrio fiscal a proporciones manejables [...]"

larios reales; más explotación de la fuerza de trabajo y mayores utilidades para el capital monopolista, todo en nombre de fomentar el ahorro interno y el desarrollo «no inflacionario», y restaurar la «competividad» de la economía.

XI

CONCENTRACION Y MONOPOLIO

Los monopolios están prohibidos: Artículo 28

El surgimiento y desarrollo de los monopolios, resultante de la libre concurrencia y de la expropiación de unos capitalistas por otros, no es fruto de decisiones aisladas ni de la acción impositiva del Estado; es expresión de leyes económicas objetivas que operan al margen de la voluntad de los individuos.

México, al igual que la mayoría de los países latinoamericanos, prácticamente no vivió el capitalismo de libre competencia. Desde que el sistema se impuso como modo de producción dominante el peso de los monopolios en la acumulación de capital fue grande. Y en la fase actual del capitalismo monopolista de Estado la concentración y centralización se han acelerado, estrechándose las relaciones entre el capital monopolista privado y el capital estatal, y en un sentido más amplio el Estado todo, como instrumento de poder de la clase dominante. En el último sexenio, en particular, el Estado no sólo refuerza grandemente su posición en la acumulación de capital, o sea en la explotación directa de fuerza de trabajo, sino que estrecha como nunca antes su relación con el capital monopolista privado nacional y extranjero, sobre todo en activida-

des tales como la petroquímica, la gran minería, la producción de hierro y acero, la automotriz, la de maquinaria y agrícola y diversos equipos, la construcción y otras.

Según datos censales, en 1970 el 1.3% de las empresas manufactureras manejaba el 63.4% de la producción y el 69.1% del capital. En los servicios, el 1.5% de los negocios controlaba el 62% del capital. Y en el comercio la situación era parecida: el 1.2% de los establecimientos disponía del 57.1% del capital y del 63.9% de las ventas.¹

Se carece de cifras que permitan saber cuál es la situación al finalizar 1976. Pero bastaría recordar que los últimos seis años fueron un periodo de inflación y de crisis, de desempleo y lento crecimiento, de fuertes desajustes financieros y comerciales y, por si ello fuese poco, de devaluación monetaria, para presumir que el proceso de concentración en la economía mexicana debe haberse acentuado.

Las cifras censales, por lo demás, no dan una justa idea del problema. Actualmente en casi todas las ramas más importantes son cuatro, cinco o cuando más ocho o diez empresas las que absorben el grueso del capital, de la producción y a veces también de la fuerza de trabajo. Ello ocurre por ejemplo en la minería, en las industrias energéticas, en la siderurgia, en la industria automotriz y otras metalmecánicas, en la petroquímica y la química pesada, en la del cemento y otras de la construcción e incluso de la textil de fibras sintéticas y en ciertas ramas de la producción alimenticia. Y en cuanto a otras actividades, en la hotelería, los grandes almacenes comerciales, las cadenas de autoservicio y restaurantes, la banca y los seguros.

El fortalecimiento del capital monopolista no sólo se expresa en las formas antes señaladas sino en el desarrollo y consolidación de la oligarquía. Y si a principios del ac-

¹ IX Censo Industrial, VI Censo de Servicios y IV Censo Comercial. Secretaría de Industria y Comercio, Dirección General de Estadística.

tual gobierno podía pensarse en que no más de unas mil familias controlaban buena parte de la riqueza nacional, a estas horas quizás no excedan de quinientas aquellas que constituyen el eje de la oligarquía mexicana, y de treinta a cuarenta los grupos financieros principales que, operando en forma simultánea en las más variadas actividades y manteniendo un régimen de estrechas relaciones entre las empresas privadas y estatales, nacionales y extranjeras, condicionan en gran parte el proceso de acumulación de capital y por consiguiente de desarrollo.

Más concentración y centralización monopolista

Entre los factores que en el último sexenio aceleran la concentración y centralización del capital podrían mencionarse los siguientes:

1) **La crisis del sistema capitalista, que si bien nó desenlaza hasta ahora en una depresión, entraña un crecimiento lento e inestable, mayor desigualdad en la expansión de las fuerzas productivas en favor del capital monopolista, y el debilitamiento y aun la desaparición de numerosas empresas pequeñas y medianas;**

2) **el agravamiento de la inflación. El capital monopolista puede, dentro de ciertos límites, fijar los precios en busca de las mayores ganancias, redistribuir el ingreso en su beneficio al través de la inflación y usar el fondo de consumo de los trabajadores para acumular capital y aun para destinarlo a bienes suntuarios. Puede además desplazar capital y recursos productivos de las actividades no monopolistas a las monopolistas, lo que acentúa la desigualdad del desarrollo al crecer más de prisa, como ocurre en lo que va de los años setenta, las industrias de bienes de producción y las que fabrican bienes de consumo al alcance de la burguesía y de una fracción de la pequeña burguesía;**

3) **la influencia creciente de capital extranjero al amparo de la nueva legislación y de la política echeverriista**

en la materia, aumenta el peso de los monopolios internacionales en la acumulación de capital, y sobre todo en las ramas más dinámicas y tecnológicamente más modernas, tanto en la industria como en el comercio y los servicios;

4) el aumento de la inversión y el gasto gubernamentales no sólo se traducen en una vasta y más eficiente infraestructura que pone en manos del capital privado agua, carbón, electricidad, petróleo y gas, fertilizantes, hierro y acero, caminos, aeropuertos, etcétera, a menudo a precios bajos que entrañan una transferencia de plusvalía en favor de los empresarios, sino que toman cuerpo también en cuantiosas compras que amplían y estabilizan la demanda interna de muchas grandes empresas para las que el Estado se vuelve el principal cliente;

5) la expansión de la banca gubernamental y su estrecha asociación con los bancos y en general las empresas privadas estimula el crédito a medio y largo plazo para fines de desarrollo y contribuye a que el capital monopolista cuente con financiamientos adicionales para la producción interna y el comercio exterior, que le permiten crecer con mayor rapidez y con más altas tasas de ganancias, mientras severas restricciones de crédito afectan principalmente a empresas pequeñas y medianas cuyos recursos propios son del todo insuficientes;

6) la reducción de las tarifas arancelarias y los subsidios y facilidades para la exportación, que aparentemente tienden a fortalecer la posición competitiva de la industria nacional, resultan especialmente ventajosos para el capital extranjero, en lo fundamental monopolista, y que por su mayor magnitud, mejor organización, tecnología más moderna y más alta productividad, mejor información y más amplio acceso al mercado exterior, está en condiciones de aprovechar mejor.

Devaluación y acumulación monopolista

A partir de la devaluación del peso, razonablemente puede pensarse que el impacto del desarrollo y de la política oficial sobre el proceso de monopolización de la economía será aún mayor. Es de esperarse que así sea porque:

- Las grandes empresas cuentan con los mayores acervos de capital, muchos de ellos adquiridos recientemente al tipo de 12.50 por dólar, y que incluso pueden revaluar contablemente;

- son ellas las que, en general, mejor pueden contrarrestar el alza de los precios, incluyendo el de las importaciones, y compensarlos con exportaciones ahora más atractivas que antes;

- dado el peso relativamente pequeño de los salarios en el valor del producto, las empresas monopolistas resienten su aumento mucho menos que aquellas que, contando con poca maquinaria, requieren más mano de obra tanto por unidad de capital como de producción;

- la política monetaria, fiscal y financiera que ya se anuncia parece buscar cierto equilibrio no por el camino de aumentar los impuestos que pagan los ricos sino, en todo caso, las capas medias, y mediante la reducción de gastos que, en general, favorecen al consumo social y la demanda proveniente de amplios grupos de la población. La implantación, concretamente del sistema de banca múltiple, de hecho legaliza el alto grado de concentración y centralización del capital en la banca, y vuelve a viejas prácticas monopolistas vigentes en otros países y que en general se habían prohibido desde los años treinta;

- los aumentos de precios ya autorizados tienden también a favorecer a las grandes empresas, cuyos niveles de costos y productividad dejan mayor margen para contrarrestar la inflación;

- en fin, aunque es difícil saber en qué medida la devaluación logrará el fortalecimiento económico de que hablan los funcionarios del gobierno, lo que no es difícil

es anticipar que, aun si las exportaciones, el turismo y la afluencia de divisas aumentan sensiblemente, de ello derivarán beneficios de preferencia para los grandes capitalistas y no para los trabajadores.

La concentración y centralización del capital no son casuales ni pasajeras; son un fenómeno histórico irrevocable. La ilusión liberal y pequeñoburguesa de acabar con los monopolios no tiene, a estas horas, perspectiva alguna. La idea de que en la presente fase del imperialismo es posible el equilibrio de los precios y los salarios, es también una ilusión sin fundamento. Incluso la tendencia economicista y puramente reformista de creer que si los salarios aumentan ello pondrá en jaque a los capitalistas, así como la de creer que, sobre todo en una crisis el Estado debiera actuar al servicio del pueblo, son buenos deseos que en la práctica contribuyen a engañar y a desmovilizar a las masas. La creciente monopolización expresa, en cierto modo, la cada vez mayor socialización de la producción y el agravamiento de la contradicción fundamental, que entraña la concentración monopolista de la propiedad privada. En tal virtud sólo un ambicioso programa antimonopolista que actúe certera y eficazmente sobre esa y otras contradicciones, en el marco de la lucha de clases, será capaz de fortalecer a los obreros, a sus aliados y su vanguardia; sólo ello podrá modificar la desfavorable correlación actual de fuerzas políticas y preparar, no sin antes vencer múltiples y enconados obstáculos, las condiciones de un cambio revolucionario.

XII

INEQUITATIVO REPARTO DEL INGRESO

“Las llamadas relaciones de distribución —decía Marx— responden, pues, a formas históricamente determinadas y específicamente sociales del proceso de producción, de las que brotan, y a las relaciones que los hombres contraen entre sí en el proceso de producción de la vida humana. El carácter histórico de estas relaciones de distribución es el carácter histórico de las relaciones de producción, de las que aquéllas sólo expresan un aspecto.” (Carlos Marx. *El Capital*. FCE., México, 1959, TOMO III, p. 815.

“México es el país de la desigualdad” (Humboldt)

No es un secreto la existencia de enormes desigualdades en la distribución del ingreso en México. Como a la clase dominante le interesa ocultar las condiciones de vida de las masas, no se tienen datos recientes que permitan evaluar el fenómeno en los últimos años. Según la última encuesta disponible, en 1968 el 50% más pobre de la población sólo recibía el 17% del ingreso nacional, mientras

que, en el otro extremo, el 10% de las familias aceptaba el 41%.¹

A partir de la campaña presidencial de Luis Echeverría se postula que se abandonará la política desarrollista seguida desde los años cuarenta y que, en su lugar, se adoptará una política de «desarrollo compartido» que permita redistribuir el ingreso y alcanzar la «justicia social». La realidad demuestra que ningún gobierno burgués, por reformista que sea y aunque se autonombre «nacionalista» o «revolucionario» está en condiciones de mejorar decisivamente las condiciones de vida del pueblo.

Una inadecuada distribución del ingreso en un país capitalista como el nuestro no deriva ni puede corregirse al través de inocuas medidas económicas. El reparto del ingreso depende de las relaciones sociales de producción. Mientras subsista la propiedad privada de los medios de producción habrá desigualdad.

El desarrollo del capitalismo implica la reproducción de las relaciones sociales de explotación: por un lado, la concentración y centralización del capital en cada vez menos manos y, por el otro, la permanente y creciente proletarianización de los pequeños productores independientes. La existencia crónica de trabajadores desocupados —del ejército de reserva— mantiene los salarios en un nivel que asegura a los capitalistas la obtención de una tasa de ganancia «remunerativa» y suficientemente satisfactoria.

Aunque la burguesía se empeña vana e hipócritamente en demostrar que en años recientes los grupos populares mejoraron su nivel de vida, la realidad es la contraria. Debido a la agudización de los problemas estructurales del capitalismo del subdesarrollo y la crisis actual del sistema capitalista, hubo un empobrecimiento relativo de la mayoría y aun absoluto de ciertas capas del pueblo. Se registró una disminución significativa de los intereses rea-

¹ *La distribución del ingreso en México*. F.C.E. México, 1968, p. 8.

les de un buen número de obreros, ejidatarios, pequeños propietarios de tierras, empleados, artesanos y pequeños comerciantes.

Entre los factores que contribuyen a empeorar la injusta distribución del ingreso, podrían mencionarse los siguientes:

1) *Una rápida tasa de inflación que rebasa los aumentos nominales de salarios concedidos a los trabajadores.* El alza de precios permite mantener e incluso elevar las ganancias de los capitalistas y sobre todo de los monopolios, a costa del proletariado. El impacto de la inflación ha sido mayor en los trabajadores no organizados sindicalmente y en los campesinos pobres, los que por el reducido tamaño de sus parcelas no pueden resarcir sus pérdidas al través de los aumentos a los precios de garantía.

Tan sólo en los últimos tres años, o sea después de 1973 a fines de 76, los precios al menudeo subieron oficialmente más de 60%. En realidad el alza debe haber sido bastante mayor —quizás del 75 al 80% o aun el 90%—, mientras los salarios de la mayoría de los trabajadores del campo y la ciudad probablemente no aumentaron más del 50%. Y como en ese lapso se incrementó apreciablemente la productividad del trabajo sobre todo en las ramas más dinámicas, la desproporción señalada, a consecuencia de la creciente explotación del trabajo, debe haber sido también mayor. Por ello México sigue siendo un país en el que los salarios —incluidos muchos altos sueldos— absorben menos del 30% del ingreso nacional.

Para hacer frente a la inflación (véase: "La lucha contra la inflación es una lucha política". *Estrategia*, No. 2), es necesario acelerar la organización sindical y política de las masas y enfocar las acciones reivindicativas hacia el enemigo principal —el capital monopolista—, e incluso debieran acometerse tareas modestas pero urgentes como elaborar un índice de precios realistas, controlado por organizaciones obreras independientes y que fuera la base

o al menos un nuevo elemento para las negociaciones con los patrones.

2) *Un menor ritmo de crecimiento del producto nacional, que se ha traducido en mayor desempleo y subempleo de la fuerza de trabajo.* Aparte de ver reducidos sus ingresos por la inflación, el proletariado ha tenido que soportar el que una proporción sustancial de sus miembros pase a las filas de la población inactiva, a vivir de los ingresos de otros. El crecimiento del ejército de reserva, por otro lado, ha sido un factor que coadyuva a la caída de los salarios reales y, por tanto, a una distribución regresiva del ingreso.

3) *El acentuamiento del proceso de concentración y centralización del capital.* Paralelo al reforzamiento del poder de los monopolios nacionales y extranjeros, un buen número de pequeños industriales, comerciantes y campesinos han sido eliminados como productores independientes, perdido su condición de pequeñoburgueses, y engrosando las filas del proletariado, lo que también afecta el reparto del ingreso.

4) *Altas tasas de explotación y de ganancia.* La proporción del ingreso que se destina en nuestro país a los capitalistas es muy grande, mayor incluso que la correspondiente a los salarios pese a que los trabajadores son muchos y aquellos relativamente muy pocos. Junto a los factores ya señalados influye en tal situación que las ganancias son muy altas y, acaso sobre todo, que la explotación de quienes trabajan es aún mayor. Incluso, como es sabido, con frecuencia se pagan salarios inferiores al valor de la fuerza de trabajo, lo que constituye una forma de superexplotación que tiende a acentuarse bajo el capitalismo del subdesarrollo.

5) *La relación utilidades/salarios, o si se prefiere la tasa de explotación es decisiva en la distribución del ingreso.* En el caso de México, sin embargo, tiene también gran importancia la desigualdad entre los salarios propiamente dichos y los sueldos de funcionarios, técnicos, profesionales y aun patrones, que para evadir impuestos se asignan re-

tribuciones sumamente altas. Mientras un obrero calificado suele ganar actualmente digamos 5 a 6 000 pesos, un funcionario técnico o administrativo en la misma empresa puede recibir 25, 30 y aun 40 o 50 000 pesos al mes, es decir, incluso ocho a diez veces más. Lo mismo ocurre en el gobierno y las empresas estatales, pues frente a viejos empleados que a menudo no ganan más de 5 000 pesos, abundan los funcionarios de tercera y aun de cuarta fila que ganan más de 25 000 y no es extraño que entre los más altos se reciban ingresos mensuales, por concepto de sueldos, gratificaciones y otros agregados —sin contar naturalmente los negocios, regalos ni mucho menos las «mordidas»— de 40 000, 50 000, 60 000 y aun 75 000 pesos mensuales. Incluso hay «sufridos» funcionarios que, dadas sus varias fuentes de ingresos, en un solo año reciben más de un millón de pesos, lo que obviamente contribuye a hacer más injusta la distribución del ingreso. Pero tales son las consecuencias del «desarrollo compartido».

6) *La devaluación del peso.* Aunque el impacto de los efectos inflacionarios de la devaluación aún está por venir, numerosos productos ya han sufrido aumentos sustanciales de precios que en algunos casos llegan al sesenta y más por ciento.

Después de más de cinco años de crisis capitalista y deterioro de su nivel de vida, el pueblo mexicano se enfrenta a una nueva ofensiva de la burguesía. Con el fin de contener la inflación mediante el tradicional y reaccionario método de reducir los aumentos de salarios al mínimo, los grandes capitalistas y el Estado han convenido en un aumento de salarios de «emergencia», que no restituye el poder de compra perdido.

En efecto, si bien el 23% de aumento que se recomienda en favor de quienes ganan menos de 10 000 pesos al mes parece razonable, lo cierto es que se trata de una *mera recomendación* a partir de la cual, en muchos casos, se empieza a negociar. Pero hay algo más: la mayor parte de los trabajadores en México no están sindicalizados, por

lo que puede anticiparse que seguramente no obtendrán tal ajuste en sus salarios sino, en todo caso, uno más modesto. Y tras ellos están aquellos cuyas condiciones son aún más desfavorables: los trabajadores a destajo y a domicilio, los que no sólo no están organizados sino que no obtienen siquiera el salario mínimo, los que, podemos estar seguros, no obtendrán 23% de aumento, ni 21% ni 16% o acaso ni 10%, mientras los precios de muchos artículos suben con y sin la autorización del gobierno.

7) *En la dinámica del proceso capitalista juega un papel fundamental la acción del Estado, como Estado de clase.* Aunque la lucha de clases le impone la necesidad de hacer algunas concesiones a las masas (gastos de vivienda, salud, educación, etcétera), que hábilmente se presentan como medidas redistribuidoras del ingreso, realizadas por un gobierno supuestamente imparcial, la verdad es que, *en lo esencial*, la política económica favorece, como ya se vio en la nota que precede a ésta, la concentración del ingreso.

En suma, en el sexenio que termina se acentúan notablemente las disparidades en la distribución del ingreso. La creciente pauperización de la mayoría del pueblo, agudizada en las últimas semanas por la devaluación, es tan evidente que las promesas y los discursos de los miembros de la clase dominante, no la logran soslayar. ¡La izquierda debe ser capaz de convertir la insatisfacción y desencanto de las masas en niveles más altos de organización y de lucha!

XIII

EL ESTADO Y EL REGIMEN POLITICO

Sobre el fondo estructural y de grave crisis provocada por los diversos problemas del capitalismo analizados anteriormente, el sexenio que está por terminar se inició con reiterativas promesas de «apertura democrática». No sólo se trataba de maquillar el descompuesto rostro del diazordacismo, del que por lo demás eran herederos casi todos los máximos funcionarios, la mayoría de los cuales habían formado parte de la maquinaria gubernamental diazordacista. Se trababa también de borrar la posible identidad que se pudiera establecer entre la dureza represiva del sexenio de Díaz Ordaz y el régimen político de Echeverría a causa de la matanza del 10 de junio de 1971, trágica innovación de la llevada al cabo el 2 de octubre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas, ya que aquélla inauguró un estilo, el de la participación activa de fuerzas paramilitares y el ingimientio, con escenografía seudorrevolucionaria —pancartas, retratos de El Che Guevara— destinada a provocar y culpar, al modo semifascista en boga en Latinoamérica.

Al contrario de su predecesor que arrogantemente dijo ser el único responsable de la matanza del 2 de octubre, el presidente Echeverría no admitió ninguna responsabilidad en los sucesos del sangriento jueves de Corpus; aca-

bó por remover de su puesto al jefe del Departamento Central y expresidente del PRI, Alfonso Martínez Domínguez; prometió una investigación exhaustiva para encontrar y castigar a los culpables; pidió la renuncia del procurador de justicia Julio Sánchez Vargas, consolándolo con la dirección de una empresa paraestatal y dejó que el jefe de la policía encargado de contemplar pasivamente, acompañado de sus agentes, cómo los «halcones» mataban estudiantes, volviera a su patricia curul de senador de la República, para más tarde —liquidada la ilusión pluripartidista de la pequñaburguesía de Nayarit— nombrarlo gobernador de ese estado.

Esos signos fueron premonitorios de la «apertura democrática». Esta abarcaría cambios en el régimen político; la reforma conduciría a la instauración de una democracia basada en el pluripartidismo y el libre juego de partidos representativos de las «diversas ideologías»; se eliminarían los obstáculos legales e institucionales levantados ante aquella participación, y sobre todo, lo que se dejaba implícito pero era obvio: la reforma no sería sólo de métodos y procedimientos políticos, sino que atañería a todo el régimen político, a modificaciones de la constelación de fuerzas que integran el Estado. Tales fueron las sustancias con las que ciertas capas pequñoburguesas alimentaron la ilusión de que los cambios permitirían algún tipo de democracia, cual la que ellas postulaban y en la que se aprestaban a participar mediante insistentes peticiones de «registro».

La puerta en las narices

A punto de terminar el sexenio convendría preguntar por el alcance del aperturismo y sobre todo si ha habido cambios de cierta importancia. Acaso el mismo presidente de la República dio la respuesta en su Quinto Informe de Gobierno al Congreso de la Unión. Los cambios de acuerdo con éste consistieron en:

- Consolidar la institución de los diputados de partido;
- disminuir el número de miembros necesarios para la creación de los partidos;
- poner la radio y la televisión al alcance de dichas organizaciones y sus candidatos;
- solicitar a los medios de difusión que reflejen todas las tendencias políticas;
- exigir menor edad como requisito para ingresar a la Cámara de Diputados y a la Cámara de Senadores.
- En fin, en varios estados, y la intención es hacerlo en todos, se ha establecido ya la reforma consistente en aceptar en las legislaturas locales «sufridos» diputados de partido.

Se trataba de lo contrario de sustituir un viejo aparato y reemplazarlo mediante el apoyo de fuerzas renovadoras de las clases populares. Se buscaba mantenerlo y perfeccionarlo.

Y así fue. El concepto de «alianza popular» —en torno de cuya connotación se realizarían los cambios— fue la nueva forma de nombrar a la vieja «unidad nacional», incapaz por ello de transformar la relación de fuerzas del régimen político y la conformación del Estado burgués. La culminación y muerte del aperturismo no la señala la decepción de los partidos y grupos liberales que se hicieron la ilusión y que fueron golpeados en las narices al no obtener «registro». Ni siquiera la señala el hecho de que el Partido Acción Nacional fuera eliminado del juego en que siempre había desempeñado el papel de «leal villano» de oposición, ni la absorción como senador en ambiguas coalescencias priístas del jefe del Partido Popular Socialista, supuesta ala izquierda del PRI. Esto sólo denuncia con elocuencia que el monopolio del PRI —pese a la vocinglería pluripartidista— se consolida y corre en cambio la periferia de partidos satélites en que se quería mantener un remedo democrático.

La culminación del «aperturismo» con la elaboración del Plan Básico de Gobierno del PRI —entonces bajo la dirección de Jesús Reyes Heróles— que recoge los máximos alcances dentro de aquél es la «alianza popular», supuesto planteo novedoso sustitutivo de la «unidad nacional». La muerte de la apertura es fulminante: los aspectos más avanzados del plan ni siquiera se debaten. Cuando en una asamblea se da la impresión de hacerlo, la súbita noticia del «destapamiento» de José López Portillo no sólo es la muerte del plan y su transfiguración en otro lema —la «alianza para la producción» y el «todismo» consolidador de la antigua correlación de fuerzas— sino que significa la muerte política del presidente priísta, disimulada en la pretendida resurrección en un puesto desde el que irónicamente se evita al máximo la muerte física.

La vida breve

Si breve, la vida del aperturismo sexenal no estuvo exenta de forcejeos y desacuerdos. Bajo el peso de la crisis se extremaron, aunque a la postre no condujeron a una ruptura interburguesa y en el Estado, ni a un aumento del peso específico de las clases populares en el régimen político. He aquí un resumen de algunos desacuerdos:

- Los grupos más poderosos de la oligarquía nacional hacen manifiesto su disentimiento y el malestar de sus relaciones con los máximos funcionarios del gobierno, incluido el presidente Echeverría. La política de éste no corresponde a sus concepciones, a la manera como esos grupos entienden la mayor gloria del sistema capitalista. Aunque saben, y así es, que aquella política no les afecta expresan sus disentimientos en diversas formas y niveles. Mediante el chismorreo y el arma supuestamente tan mexicana y popular del chiste, pero de oriundez netamente burguesa; el aderezo de viejos chascarrillos trasladados al nuevo blanco presidencial, y la crítica irresponsable no

dirigida por supuesto al sistema capitalista, sino a las formas políticas con que se le sostiene y defiende.

• El grupo burgués de Monterrey —cuyo disentimiento parece ser crónico— hace aflorar sus discrepancias y las expresa luctuosa y admonitoriamente al borde de la tumba de Eugenio Garza Sada, abierta por sus secuestradores prosigue su crítica y la convierte en campaña contra los libros de texto gratuitos, de tan inocuo contenido «democrático» a la mexicana, y culmina aquella en una reunión que, enderezada a combatir la ley de asentamientos más inocua aún que los textos, es calificada por el presidente Echeverría como clandestina y subversiva, aun cuando la tempestad se disuelva en los vasos de los brindis con el entonces candidato, y hoy presidente electo, celebrados en el mismo lugar de la «clandestinidad».

• El grupo de Guadalajara, con similar acto luctuoso por la muerte de industrial Aranguren en circunstancias parecidas a la de Garza Sada, se encrespa y efectúa diversas manifestaciones contrarias a la política del sexenio.

• El grupo del Noroeste, que entrelaza casi inextricablemente intereses neolatifundistas, comerciales y financieros, extrema su temor y discrepancias. Las amenazas, en cierto modo pequeñoburguesas de los funcionarios del Pacto de Ocampo que sólo pretenden contener con oscilantes declaraciones y promesas de retorno a una Reforma Agraria fantasmal el descontento de los campesinos forzados a invadir tierras como último recurso, les hace temer que van a ser severamente afectados en sus intereses y privilegios. Ese temor se concreta en «paros agrícolas», despido de un gobernador tan moyista como inepto —lo de corrupto es demasiado corriente y común para tenerlo en cuenta— y sustitución por otro que «sitia» a invasores de tierra para que se «rindan por sed y hambre» y se encuadren en el marco legal.

• Más excéntricamente al círculo del Estado y los grupos sociales que configuran el régimen político, se dio la actividad de capitalistas extranjeros que desde los Estados

Unidos promovieron campañas —oh manes de Marx— para que representantes del Congreso norteamericano acusaran al gobierno de conducir a México al comunismo. Pareja de esta campaña la crisis puso a prueba y descubrió el límite del patriotismo burgués cuando en la cuestión intervino el inodoro y apátrida dinero: los mexicanos poseedores de él que de una u otra manera lo cobijaron bajo banderas de bancos extranjeros, manifestando así su desacuerdo y su falta de confianza y credibilidad en el régimen.

• Los excesos verbales «tercermundistas», la acogida favorable a aislados latinoamericanos —especialmente a los de Chile— pese a que son actitudes que no cambian la naturaleza del Estado, ya que los mismos grupos adversos no resienten perjuicios por lo que ocurra en otros países de América Latina, concitaron la hostilidad hacia la política gubernamental, a la vez que hubo sectores que los señalaron como signos del carácter «revolucionario» y progresista del gobierno. La verdad es otra: el carácter burgués del Estado permaneció incólume y el régimen político es uno cuya correlación de fuerzas conviene y fortalece al sistema capitalista.

Otros desacuerdos menores, mantenidos bajo las cenizas de la conveniencia o refrendados por el mayor o menor compromiso político de quienes los sostuvieron, descubren fricciones interburguesas en el Estado determinando de una manera o de otra las formas de acción de éste y restringiendo la flexibilidad de la autonomía relativa de su actividad en general. Tal es el caso de algunos miembros del propio gobierno que ya sea a *sotto voce* o bien a grito pelado —sobre todo si ya habían sido condenados al ostracismo del presupuesto como los gobernadores depuestos y sus grupos— manifestaron su disconformidad: algunos en la cazurra forma en que, según Guimaraes Rosa, lo hacen los cangaiceros brasileños: musitando la palabra «discuerdo» entre sus íntimos, pero subordinándose todos al rumbo de la política general.

• Ciertos miembros de la pequeña burguesía estrechamente ligados al interés de la oligarquía que mantienen la ilusión rayana en la alucinación de que pueden resolver mediante nuevas fórmulas y exorcismos, cubiertos con ropaje tecnicocientífico, los problemas más críticos del viejo desarrollismo, y hacer cambios que a la vez se inscriben en esa testaruda ilusión reformista pequeñoburguesa y en el más amplio e intencionado campo del reformismo burgués, dieron muestras de desacuerdo.

• Por último (*last but not least*, diría don Daniel Cosío Villegas, cuya póstuma leal discrepancia consistió en dejar instrucciones para que no se le llevara a la Rotonda de los Hombres Ilustres, tan anegada de explosión necrológica), se dieron los desacuerdos de la burguesía con algunas secciones del aparato sindical oficial-charro, y también del sindicalismo blanco que de una u otra manera integran el todo de las formas de control del movimiento obrero. El modo como ya sea mediante recursos legales, ya mediante la represión se enfrentó el Estado a la disidencia diseminada y en distintos grados de conciencia política o de espontaneísmo más o menos anclado en el economismo, revelan en esta concreta parcela una creciente descomposición del sistema pero no una pérdida del control dentro del régimen político burgués.

El movimiento de la llamada Tendencia Democrática de los electricistas fue el que más lejos llegó en concepciones políticas independientes y representa la más seria ruptura del control sindical y la que ha logrado aglutinar en torno de sus más genuinas demandas de independencia y respeto a la democracia sindical, no sólo a grupos obreros con mayor grado de desarrollo político y trascendencia del espontaneísmo, sino la simpatía de otros estratos sociales: estudiantes, profesionales y trabajadores no organizados o que lo están dentro de los sindicatos universitarios formados o en organización. La acecha del reformismo y la parcialización del carácter del enemigo —al que con frecuencia distingue y separa del «sector» revolucionario

del gobierno— ha estado presente en el movimiento. Pero ahora, como decíamos en el número 11 de *Estrategia* tendrá que decidir “si se queda ahí o intenta nuevos avances; si cede ante el gobierno —sea el actual o el nuevo— o se mantiene en pie de lucha; si centra sus baterías contra los charros [y. . .] conviene en que detrás y a menudo incluso al frente de ellos, hay un Estado no del pueblo sino de la burguesía dispuesto a preservar el orden de la explotación y la injusticia”.

Todo esto se encuentra muy lejos de modificar la correlación de fuerzas y mucho menos de derogar la hegemonía burguesa, de la oligarquía nacional, el Estado, el capital monopolista mexicano y extranjeros íntimamente entrelazados en esta etapa de capitalismo monopolista de Estado.

Las vicisitudes de la apertura democrática y el *requiescat in pace* sobre lo más avanzado del plan básico, que no significaba ni mucho menos ruptura con el capitalismo ni con la democracia burguesa a la que apenas ponía la etiqueta de «democracia social», dejaron como saldo:

- El fracaso de la política pequeñoburguesa en su intento de hacer cambios que si no destinados a transformar radicalmente el régimen político ni mucho menos la estructura económicosocial, sí pretendían afrontar con éxito la acumulación de problemas entrañados en el aumento de la miseria de las mayorías y el correlativo de la riqueza y opulencia de la minoría. O dicho en otras palabras el fracaso de una política que pretendió someter a la oligarquía nacional a una nueva política «patriótica» que ni por nueva ni por tricolor rebasaba el marco de los intereses del capitalismo, pero si el de los que defiende el poderío de aquélla.

Todo lo anterior revela el profundo carácter burgués del Estado y las fuerzas determinantes del régimen político. Lo que no quiere decir que ese carácter sea monolítico dado como se da en el seno de la lucha de clases en general y, en particular en el de las pugnas, reajustes e interrelaciones de los distintos grupos de la burguesía, de

la clase dominante. Esas pugnas no cambian, antes propenden a acentuar la presencia y el peso de los intereses de la burguesía en su interior y en su entrelazamiento con el capital monopolista nacional y extranjero. La naturaleza del Estado se consolida, sigue siendo la misma y si exhiben de qué modo aquellas contradicciones afloran en el encuadre de la crisis mundial y nacional, también desmienten su neutralidad de clase, su carácter de árbitro imparcial entre la contradicción principal burguesía/proletariado (surgida de la fundamental producción social/apropiación privada) y confirman su carácter burgués de clase. Afloramiento que al final del sexenio aparece como más estridente y manifiesto por la actividad de grupos y porciones del Estado, la burguesía y el gobierno entregados a la tarea de hacer leña del árbol sexenalmente caído en aras de la no reelección.

Todo el proceso ayuda a entender el alcance real de los criterios que definen a la burocracia política mexicana como una carente de contenido de clase, «revolucionaria» y acaso —en otras concepciones— bonapartista en el filo de una situación en que la burguesía no gobierna ni domina. Sí gobierna ésta y lo verifica la consolidación de su hegemonía en trances en que el peso de los ajustes suscitados por los problemas actuales del capitalismo se arroja sobre los hombros de la clase trabajadora. Gobierna sin óbice de servirse de una burocracia política y un cuerpo tecnocrático a los que siempre procura «vacuolizar» y torna —si no lo eran— burgueses en sus estratos más elevados a la vez que mantiene supeditado mediante sobornos reales o ilusiones ideológicas a la infantería del ejército burocrático.

XIV

EL PRI Y EL CONTROL POLITICO

Los sectores corporativizados y las masas

Las recientes elecciones para renovar el Poder Ejecutivo y el Congreso de la Unión se llevaron al cabo al margen de la lucha de clases. Los acarreos priístas sólo cambiaron de nombre: «transportes», según el léxico de la campaña en torno al lema de la «solución somos todos» que la ortodoxia del democratismo no admitiría. Pero el resultado, pese a que el abstencionismo siguió mostrando la misma faz, proporcionalmente al crecimiento de la población con derechos electorales, no exhibe de ningún modo una crisis obvia del PRI y sus mecanismos de control, ni mucho menos la pérdida del monopolio electoral. Antes al contrario: si en ocasiones anteriores al menos se concedía que el PAN —leal «villano opositor» en la puesta en escena electoral —había obtenido tantas o cuantas diputaciones por mayoría esta vez no se le dio ninguna y la única que hubo se regaló al PARM —remedio escenográfico al estilo de los corridos revolucionarios televisados por Ignacio López Tarso. El propósito más o menos tácito fue fortalecer el sistema de las diputaciones de partido a costa

del de concesiones por una mayoría que desmentiría el supuesto formal del PRI: que es un partido de todas las clases y absolutamente mayoritario.

La estentórea manera como se ha expresado oficialmente el júbilo por la victoria democrática con la participación de todos los sectores, ha sido tan difundida que contribuyó a acarrear agua al molino del reformismo sosteniendo que el régimen tiene, en virtud de tal participación, un carácter popular que autoriza el lema de «alianza popular» y legitima desde las masas mismas al Estado de la burguesía nacional. La verdad es otra: el PRI está organizado de un modo vertical y a la vez separa cada uno de sus sectores tan cuidadosamente y aun en ciertos momentos de ficción electoral enfrentándolos públicamente, y al mismo tiempo depende tanto del aparato administrativo del Poder Ejecutivo, que es difícil discernir los métodos de control del partido propiamente dicho de los que más vastamente emplea la maquinaria gubernamental del Estado. ¿De qué depende el control que vistos los resultados parece ser todavía eficaz? Es dudoso que se deba a una disciplina partidaria en un partido cuya democracia interna en todos los niveles sigue el patrón puesto en evidencia por Robert K. Furtak para la llamada asamblea nacional:

“En la práctica política, la competencia de la asamblea nacional está limitada a confirmar ulteriormente, y por aclamación, en su cargo a las personalidades nombradas por el consejo nacional, después del acuerdo correspondiente con los dirigentes de los sectores y de las asociaciones profesionales y gremiales más importantes, y después de haber recabado la aprobación del presidente de la nación. De ninguna manera puede hablarse de una elección («elegir»), como lo estipula el artículo 25, párrafo 1, de los estatutos, en contraste con el artículo 18, inciso 4, que sólo habla de nombramiento («designar»), por cuanto no existe, ni pueden existir, alternativas de

proposiciones, sin poner en tela de juicio a toda la construcción".¹

Por otra parte el desprestigio *oral* del PRI es algo que ningún ciudadano osaría poner a discusión y sin embargo a la hora de las votaciones el acarreo resulta eficaz aun restando a los resultados los votos fraudulentos que en algunas casillas operan el milagro de un mayor número de votantes que los empadronados en la lista oficial. Parece entonces claro que el control no lo ejerce directamente el PRI y no consiste en el que se logra al través de la disciplina de partido sino que se ejerce coaccionando a los miembros de organizaciones de masas en el momento de la votación, sobre la emisión del voto mismo. Este es el que se controla, y los acarreos previos demuestran lo difícil que resulta para los miembros de una organización semicorporativizada en la estructura del PRI escapar a la coacción. Algunos sindicatos inclusive recogen las credenciales de elector y son sus brigadas las que cumplen el tedioso deber de votar por todos los miembros. La cláusula de exclusión pende siempre, además, como una espada de Damocles sobre los remisos.

Pero acaso lo decisivo en el control sea el peso del poder Ejecutivo y de su vasto y diseminado aparato burocrático administrativo que centraliza de modo tan absoluto la vida política del país, mantiene bajo su dependencia los intereses sociales y particulares de una inmensa masa al través de un verdadero ejército de empleados públicos —en gran parte parasitarios y sobornados no tanto económicamente sino por semijornadas de ocio y trabajo entremezclados y a la vez por el espejismo, siempre frente a los ojos de los estratos medios, del posible ascenso a capas sociales «mejores»—; fiscaliza la vida de las comunidades rurales, las aldeas y las capitales de los estados por medio de delegados y presidentes municipales y gobernadores que

¹ Robert Furtak. *El partido de la revolución y la estabilidad política en México*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM. México, p. 81.

dado el sistema democrático no son sino parte de los funcionarios «centralizados» desde su nombramiento por el poder Ejecutivo y en fin crea la sensación de que la única seguridad en un país cuyas leyes laborales son tutelares y la sola defensa posible estriba en tener una credencial tricolor que a la vez protege y da un pequeño margen de capacidad de gestión para obtener algo. Como es natural en esta íntima trabazón de métodos de control opera el clientelismo, el influyentismo y la corrupción, y no sólo para los que colocados en puestos de dizque mando en el PRI, que de hecho se sientan en la sala de espera —plagada de silencio, sumisión y abyección hacia puestos mejores, sino en las masas mismas que sortean su indefensión mediante el prísmo de credencial y gestionalismo.

Al mismo tiempo que la apariencia de participación popular y legitimación, el interés material de la burguesía se garantiza con la existencia de esta complicada maquinaria y su ramificación hasta los niveles más recónditos, que concentra el poder político en el ejecutivo, previa eliminación en la práctica del que supuestamente debiera representar la varia composición de la sociedad civil: el poder legislativo. La apariencia de enfrentamiento de la burguesía con el sistema² cumple el propósito de 1) dar

² Como dice Furtak: “[...] esto es más asombroso porque de la actividad del gobierno se benefician en grado mucho más alto y directo los círculos industriales y comerciales ajenos al PRI [...]”. Y en otra parte añade Furtak: “Por otro lado, a partir de Cárdenas, precisamente por parte del gobierno, ha sido promovida la unión de los empresarios y hombres de negocio para no enajenarlos al sistema y utilizarlos simultáneamente como un contrapeso contra las asociaciones y uniones profesionales fusionadas en el sector campesino del partido. Ellos se encuentran fusionados en el plano nacional y, en parte, obligatoriamente en la Confederación Nacional de Cámaras Industriales (CONCAMÍN), la Confederación Nacional de Cámaras Nacionales de Comercio (CONCANACO), la Cámara Nacional de la Industria de Transformación (CANACINTRA) y la Asociación de Banqueros de México. Bien organizados y con peso político basado en el poder económico, no necesitan del PRI para la articulación de sus intereses,

a esa base la apariencia de auténticamente popular, y 2) ocultar el peso decisivo de la clase dominante en el Estado burgués y su aparato gubernamental.

No obstante es indudable que los métodos de control dan muestras de un creciente desgaste, no sólo en cuanto a la fama pública que los califica sardónicamente, sino en la vida interna de los llamados sectores en que semi-corporativiza el PRI a los sindicatos, las organizaciones campesinas y las organizaciones llamadas populares. El fin de la «apertura democrática» ha corrido parejas con la exacerbación de contradicciones en el propio seno del PRI. El reflejo de ellas se han dado, por ejemplo, en las destituciones de gobernadores aclamados como paradigmáticos de revolucionarismo a casi veinticuatro horas de haber tomado el poder estatal; la condena y el ostracismo de ex-presidentes priístas que durante su ejercicio se proclamaban guías del pueblo unido dentro del PRI, como Sánchez Vite y Alfonso Martínez Domínguez —cuyas estrictas alianzas con Fidel Velázquez llegaron hasta la amenaza fascistoide de usar a la CTM en plan de fuerzas de choque contra sindicatos independientes— y ahora son el blanco al que apuntan frases como «tránsfugas de la revolución». Las contradicciones se manifiestan en sordas purgas «tapadas» que al surgir el «destapado» se manifestaron en desbandadas moyistas, puesto de consolación de cervantistas, muñozledistas, etcétera, y al parecer dejaron las aguas tranquilas no sin destituir ignominiosamente sin dejarle aparentar que él destapaba, al jefe del PRI don Jesús Reyes Heróles, quien había corrido con la misión de dar visos de autenticidad a la «apertura democrática».

Aunque aparentemente sólo se referían a meras formalidades, las amenazas del charro mayor, Fidel Velázquez de que no se dejaría hacer a un lado por la Confederación de Organizaciones Populares —cuyo decisivo peso

sino que tienen acceso directo al presidente de la nación". ob. cit., pp. 106 y 113.

sea dicho de pasada lo determina su estructuración en torno a sindicatos de burócratas al servicio del Estado— ni por ninguna otra en los repartos de las «nominaciones», en el seno de la CTM hay fricciones que repercuten en el interior del PRI y le dan más visos de antagonismos de clases que los ofrecidos por las disputas por los «puestos». No sólo la Tendencia Democrática ha puesto en relieve la intensificación de las disidencias en el movimiento sindical, como ya se analizó antes, sino que diariamente se manifiestan en las de grupos crecientemente más importantes, aparte del ahondamiento de la discrepancia entre el lienzo charro oficial y el de la charrería blanca. A tal punto ha crecido el malestar que el propio monstruo charro se ha visto obligado a extremar su demagogia y sus peticiones de mejorías salariales y de otro orden, con el propósito demagógico de afirmar las riendas, aunque enfrentado a la realidad de la situación económica.

La CNOP, cuyo predominante carácter pequeñoburgués y su estratégico lugar enclavado en la entraña del aparato administrativo del Estado —“una *clase de transición*, en la que los intereses de dos clases se embotan el uno contra el otro, [y] cree estar por encima del antagonismo de clases en general”—³ no está libre de contradicciones originadas en el hecho de que una porción al socaire del fortalecimiento del monopolismo, se proletariza más y más. Ciertos sectores como los estudiantes, los comerciantes en pequeño, los medianos y pequeños empresarios empiezan a salirse del antes cómodo huacal del control priísta, al no ver que éste les garantice ya no digamos un ascenso social, sino siquiera el mantenimiento del anterior *status*.

Tradicionalmente el llamado sector campesino ha sido el más fácilmente manipulable. Este sexenio sin embargo, el desasosiego en el campo obligó al gobierno a maniobrar hasta el punto de convertir al viejo departamento agrario que durante tantos decenios probó la ineficacia de la lla-

³ Carlos Marx. *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Editorial Progreso, Moscú, p. 41.

mada reforma agraria, en Secretaría; al mismo tiempo se convino un llamado pacto de Ocampo, en el que se incluyeron a no menos ineficaces organizaciones campesinas y que se emplea para amenazar verbalmente a neolatifundistas y volver a prometer por enésima vez a los campesinos más pobres «justicia social», derogación del derecho de amparo a los grandes terratenientes, etcétera. Las numerosas invasiones de tierras, los «paros» agrícolas de los terratenientes del Noroeste, la represión de marchas campesinas demuestran que ya el control de los campesinos, y también de los trabajadores asalariados agrícolas cada vez más numerosos, comienza a escapar de las manos de los funcionarios que lo ejercen directamente y lo trasladan a la maquinaria priísta y al gobierno.

En resumen, si bien los hechos demuestran el absoluto monopolio político ejercido por el PRI esta consolidación del sistema de partido único revela que el desgaste demostrado en el desprestigio, la incredulidad, las votaciones realizadas mecánicamente o por coacción, ha obligado a retornar, bajo otras formas, a la imposición total de la hegemonía del partido del poder, mejor que el partido en el poder.

XV

NACIONALISMO Y REFORMISMO

“Como México no hay dos”

El nacionalismo ha jugado —y lo hará seguramente en el futuro— un papel muy importante en México. Las luchas del pueblo por mantener la soberanía nacional y la integridad del territorio lo han dotado de un genuino nacionalismo. Pero esto a la vez ha servido muchas veces a la clase dominante para manipular a la clase dominada, confundir los objetivos nacionalistas limitándolos a la resolución de contradicciones menores con el imperialismo que encubren, bajo un lenguaje extremado hasta el chovinismo, simples ajustes, negociaciones de una burguesía dominante-dominada por la metrópoli. Ello no quiere decir que al expandirse el sistema monopolista en el capitalismo del subdesarrollo y agravarse sus contradicciones, y al acentuarse el influjo del capital extranjero, al mismo tiempo que la contradicción proletariado/burguesía adquiere rasgos antimperialistas. Esto se expresa también en las contradicciones interburguesas y se manifiesta en posturas pequeñoburguesas y produce desacuerdos con el capital monopolista extranjero. Pero mientras el antimperialismo proletario, sobre todo en un proceso revolucionario adquiere legítimamente este adjetivo, el nacionalismo es

bautizado así, «revolucionario», para confundir y tratar de ocultar su carácter burgués.

A lo largo del sexenio que está por terminar se ha puesto en relieve por la acentuación del proceso monopolista y la dependencia, así como por obra de la crisis económica, la contradicción imperialismo/nación en la que juega un amplio papel el nacionalismo burgués y su exacerbación durante el sexenio manifestada en declaraciones, reclamos, reuniones internacionales y nacionales en "favor" de los países del «Tercer Mundo». Lo que no quiere decir que las burguesías domésticas no tengan discrepancias con el imperialismo muchas veces secundarias pero agravadas por la crisis que el imperialismo hace recaer fundamentalmente en las naciones dependientes, incluidas sus clases dominantes-dominadas. Sin embargo en la realidad desacuerdos, regateos y proclamas «antimperialistas», se resuelven en:

- Petición de beneficios mutuos en las operaciones comerciales y de mejores precios en el mercado internacional.
- Esperar «buena fe» de parte de los países desarrollados para el cumplimiento de sus compromisos.
- Solicitar la colaboración «desinteresada» en el terreno tecnológico, científico, económico y cultural.
- «Exigir» un trato preferencial, sin discriminación para los países «en vías de desarrollo».
- Reconocer la influencia de las empresas transnacionales y elevar iniciativas para reglamentar sus operaciones; lo que en la práctica se convierte en ajustes entre el capital monopolista nacional y extranjero, y mayor dependencia y puertas abiertas para el capital foráneo.
- Pedir formalmente respeto a la no intervención en asuntos interiores.
- Fundar con otros países subdesarrollados empresas «multinacionales» en un intento de contrarrestar a los anteriores, que se queda en la homofonia de palabra que los califica.

- Promover una política «tercermundista» y el «acercamiento» de las relaciones con los países socialistas, que suelen preocupar a ciertos sectores ultraconservadores de los inversionistas norteamericanos, pero no a los de mayor peso y a la vez, con soporte en el nacionalismo y la libertad individual, afirmar que el socialismo niega aquella y rebaja la dignidad del hombre. Esto sin considerar que el nacionalismo de los países del «Tercer Mundo» tienen diversos grados de autenticidad y mientras en algunos se manifiesta en verdaderas luchas antimperialistas, en otros es tratado al modo como se explica antes.

Todas aquellas medidas, algunas de las cuales han llevado a la creación del Sistema Económico Latinoamericano o la compañía naviera Multinacional del Caribe, revelan desacuerdos y discrepancias en las relaciones entre la oligarquía nacional y el capital monopolista norteamericano.

A la postre el supuesto enemigo aplaude, los embajadores de los EUA elogian al régimen, los beneficios son cada vez mayores para el imperio y la oligarquía mexicana, cuya subordinación considera ésta favorable pese a las contradicciones que engendra, y siempre preferible ante la probabilidad de una acción revolucionaria de la clase trabajadora explotada. Es así que todo sigue por los cauces de la dependencia: la buena fe brilla por su ausencia, la dependencia científica y tecnológica se acentúa, el «trato preferencial» es en el mejor de los casos una atadura más y las transnacionales refuerzan su poder en el país. Los desmentidos de que «México va al comunismo» sirven para reiterar el anticomunismo de fondo, vanamente escondido en folclóricas fórmulas como «ni capitalismo ni socialismo, sólo México es bello». Las exportaciones mexicanas se promueven fundamentalmente entre el capital monopolista nacional y extranjero coligados, aunque el papel del primero sea subordinado. Los inversionistas norteamericanos son claridosos al respecto; las ganancias re-

sultan mayores en México que en los propios EUA; aumentan las inversiones extranjeras, en tanto que viejos y nuevos intereses capitalistas de las metrópolis del sistema sobre todo de la norteamericana no ocultan su confianza final en las medidas nacionalistas de la «democracia social» mexicana que en principio parecía afectarles.

El nacionalismo burgués demuestra así que no pone en peligro las bases estructurales del sistema e incluso que a la postre lo refuerza ajustándolo a la dinámica del capitalismo y al agravamiento, en el nivel internacional, de la contradicción capitalismo/socialismo. Por eso se expresa en dos principales formas: en el exterior por medio de tesis que identifican a naciones opresoras con los oprimidos y niegan el rol revolucionario del socialismo, imputándole a las naciones que lo edifican propósitos belicistas e imperialistas, y en el interior sustentan la legalidad de la propiedad privada, intangible. Al mismo tiempo se organiza la defensa de ésta por medios represivos, cuando el complicado aparato de reformas parece ineficaz para mantener enajenadas a las masas, al proletariado, única clase cuyo nacionalismo puede, al encarnar los intereses más vastos del pueblo y la nación y deslindarle del nacionalismo burgués, resolver a fondo la contradicción nación/imperialismo.

El nacionalismo burgués en México se ha encauzado hacia el reformismo. Por una parte los «aviones de redilas» han sobrevolado los océanos repletos de «sabios» técnicos y políticos profesionales llevando la voz de la «democracia» con su economía a la mexicana: ni capitalista ni socialista, sino «mixta». A los embajadores se les ha dado el título exoficio de exportadores.

El propio presidente Echeverría resume su gobierno como un periodo de cambios hacia una «nueva sociedad», de «plena libertad» de los mexicanos y reencuentro de la «identidad nacional»; edificación de la independencia por medio de la justicia y en fin como una república gobernada por obreros, campesinos y sectores populares de Mé-

xico.* De tal manera se enlaza el nacionalismo con el reformismo y la difusión propagandística y subliminar de la ideología burguesa.

Las medidas reformistas se extienden a la participación del Estado en renglones industriales antes reservados a la iniciativa privada pero destinada a vigorizar el sistema subsidiando de hecho a ésta; amplían el crédito al campo y mejoran los precios de garantía a los campesinos y resultan beneficiados los neolatifundistas; institucionalizan el tripartismo como modelo mexicano de conciliación de clases que pretende demostrar que la lucha de clases no es la que mediante el desplazamiento de unas formaciones sociales y su reemplazo por otras más avanzadas, es la que hace la historia, sino la llamada conciliación de los «sectores» de la producción. La reforma educativa se destina a la par a la capacitación de los cuadros técnicos medios y altos necesarios al crecimiento económico, en las dosis reguladas del capitalismo del subdesarrollo y a reforzar el peso de la ideología burguesa sobre las masas trabajadoras. Esa ideología de «como México no hay dos», identifica los intereses de la burguesía con los de la nación y considera traición a ésta todo aquello que no ayude a mantenerlos e incrementarlos. Por ello libertad y propiedad privada se convierten en indisolubles términos en detrimento de cualesquiera otras libertades públicas.

El Estado en ese empeño de ocultar su contenido de clase, no sólo difunde términos y conceptos como «justicia social», «economía mixta», nacionalismo «revolucionario» y otros destinados a hacer creer que México es un país de excepción, no capitalista y que el poder político no está en manos de la burguesía, sino que se dice ajeno a ésta y

* VI Informe de gobierno, *El Día*, 2 de septiembre de 1976. Un ejemplo de la fe de LEA en la «democracia social» y la «alianza popular» del régimen: «La amplitud y entusiasmo —dice— del sufragio popular rebasan toda predicción. Muy pocos regímenes democráticos —tal vez ninguno— cuentan hoy con semejante respaldo ciudadano».

aun se proclama integrado fundamentalmente por obreros y campesinos, base de la «alianza popular». Por último, el anticomunismo se oculta bajo el nacionalismo y en los últimos tiempos la tesis que hacía del socialismo un amenazante imperialismo, acaso más peligroso que el capitalista, ha llegado hasta la identificación del fascismo con el comunismo.

Mientras tanto, la promulgación de inocuas leyes y reglamentos de inversiones extranjeras y compra de tecnología no alteran el influjo y peso de unas y otras, no reducen al contrario a la postre la refuerzan, la dependencia estructural del país que no impugna siquiera y mucho menos pone en peligro los fundamentos del sistema.

Las masas trabajadoras, los explotados, la clase objetivamente capaz de activar un nacionalismo revolucionario efectivo para el rescate de la soberanía parejo del de los recursos nacionales en todas las esferas (económica, social y cultural) se encuentra todavía enajenada por el nacionalismo burgués.

La dependencia estructural con el imperialismo se acrecienta, entre otras cosas porque la burguesía mexicana no puede obtener la independencia dada su condición de clase dominante-dominada y la imposibilidad histórica del capitalismo del subdesarrollo para efectuar desarrollos autónomos como los realizados en otros tiempos por las burguesías de otros países.

El control tanto del PRI como de todo el aparato chorro-blanco mantiene a los trabajadores de la ciudad y el campo enajenados al más burdo nacionalismo, y evita así que el genuino patriotismo —el de los explotados—, se exprese y manifieste, por ejemplo, en un proceso de nacionalizaciones que en vez de servir como ahora ocurre con las empresas cuyo mexicanismo se proclama para vigorizar al capitalismo y reproducir, ampliada, la dependencia financiera, comercial y tecnológica, allane el camino hacia la independencia del país.

Por ello el rescate del genuino nacionalismo proletario es una tarea urgente de la izquierda revolucionaria, en

parte condición para que la clase obrera avance en la adquisición de la conciencia de la necesidad del cambio, tarea que no riñe, por el contrario refuerza el internacionalismo proletario. Justamente el internacionalismo de esta clase es la condición para romper con el «nacionalismo burgués». Mas tal rescate implica la tarea previa de organización e independencia ideológica de aquél; de elevación de su nivel de lucha al plano político de la militancia revolucionaria. Implica también la convicción de que el capitalismo monopolista, sistema al que defiende la burguesía con su cortejo de desigualdades, subdesarrollo y dependencia, es el enemigo a vencer mediante el nacionalismo revolucionario. No con reformas que prolonguen su existencia sino rompiendo con el imperialismo, combatiendo las posiciones de la burguesía y la oligarquía doméstica, descubriendo el alcance del nacionalismo burgués todo lo cual implica la forja de una vía mexicana hacia el socialismo.

XVI

«DEMOCRACIA» Y REPRESIÓN EN MEXICO

Tras el relativo deterioro que sufriera el control ideológico del Estado sobre las masas en 1968, cuando la contradicción de la burguesía con importantes sectores de la pequeñoburguesía, apoyados por algunos grupos proletarios se encontraba en el primer plano de la lucha de clases, hoy se afirma en los círculos oficiales que las aguas han vuelto a su cauce, al de la «alianza popular» y «revolucionaria» de *todas* las clases sociales. El país y sus instituciones, se afirma, se han democratizado. La apertura democrática abarcaría los planos de la reforma electoral, la reforma administrativa, la reforma penal (con la Ley de Amnistía para los presos políticos incluida), el sindicalismo y las agrupaciones campesinas y populares, y aún el ejército que pretende ofrecer la imagen de benefactor social en vastas zonas como la sierra del estado de Guerrero. A este perfeccionamiento del régimen político interno correspondería una posición «tercermundista», que rechaza tanto la «dictadura económica» como la «opresión política» supuestas características de los «dos imperialismos», el capitalista y el socialista.

En realidad lejos de fomentarse una participación efectiva de los ciudadanos en un sistema democrático inexistente, la reforma electoral ha restringido aún más la po-

sibilidad de participación popular real e impide y condiciona el «registro legal» de partidos auténticamente representativos de amplios grupos sociales y «corporativiza», bajo la hegemonía del PRI y la Secretaría de Gobernación, a los ya «registrados».

El mayor mentís a la apologética de la «apertura democrática» está dado por la intensificación de la lucha de clases en el pasado sexenio, y en la respuesta no sólo reformista sino represiva a que ha acudido el régimen. El inventario es prolijo: manifestaciones disidentes reprimidas o «disuadidas» por la fuerza; matanzas ciudadanas (10 de junio de 1971), periféricas (Iztacalco, D. F.), en los estados (Colonia Rubén Jaramillo, Morelos), o de campesinos (Sonora, Sinaloa, Oaxaca, Tabasco, etcétera); asesinatos de dirigentes políticos que, desde distintas posiciones impugnaban al sistema (los de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez en la sierra guerrerense, hasta los de profesores universitarios como Enrique Cabrera y Joel Arriaga en Puebla y presos políticos como Pablo Alvarado e Hilario Moreno en Lecumberri), y de amedrentamiento y acciones golpistas en contra del movimiento obrero.

En correspondencia al proceso de centralización política del capitalismo monopolista de Estado y ante la proliferación de protestas y actividades del movimiento obrero, en diversos grados de espontaneísmo, se endurece el sistema y se toman en ocasiones medidas más violentas.

La dictadura de clase de esta etapa requiere de la represión, pero ésta no excluye las reformas y la manipulación ideológica; y aun exige concesiones por lo común arrancadas por la lucha obrera. La oligarquía y el Estado recurren a ambas medidas, desde la enrocada posición en la que ahora se mantienen, de acuerdo con una estrategia en la que destacan los propósitos de:

- 1) consolidar y fortalecer al régimen en función del interés general de la burguesía y en particular del beneficio de la oligarquía y el capital monopolista nacional y extranjero, equipando una política que les brinde seguridad

a largo plazo, aun a costa de proyectar ciertas contradicciones menores interburguesas, en lo inmediato.

2) Salir al paso de la elevación de la lucha de clases, desarmando a la oposición popular por medio del reformismo, la violencia o la presión ideológica cuidando únicamente de que cualesquiera de ellas o todas a la vez, contribuyan a mantener, reproducir y ampliar el sistema.

La «apertura democrática» no pudo rebasar los límites de la absorción en el seno del sistema de grupos periféricos de él, sobre todo pequeñoburgueses, descontentos pero «aperturizables». Significó, en el plano de las reformas, la incorporación más que participación de diversos estratos en los aparatos de control burocrático ideológico-jurídico-político del Estado y en las instituciones corporativas creadas, que exigen presencia simbólicamente representativa, pero niegan participación real a las clases populares.

A partir del 10 de junio de 1971, la violencia política del régimen se atribuye a cuerpos paramilitares de «imprecisa» procedencia. Una vez ejercida la violencia, o cuando los dirigentes de esos grupos caen en desgracia en virtud de contradicciones internas, el Estado y su gobierno los señalan como «emisarios del pasado», «fuerzas oscuras», «reaccionarios ultramontanos», y más recientemente los califican —con mayor imprecisión y pero evidente intención— como «fascistas-comunistas».

Cumplida su función antidemocrática y represiva, y la de ocultar la mano del Estado, así como la de atribuir a conflictos interestudiantiles o intersindicales la violencia —«puesto que ni la policía ni el ejército intervinieron»— esos grupos paramilitares, «halconería» al estilo fascista del «Tercer Mundo», porristas y esquiroles siempre incógnitos pese a las airadas protestas gubernamentales y las vehementes y nunca cumplidas promesas de investigación, sirven para:

- Atribuirles propósitos de coartar la «democracia», «destabilizar» a México, y «hacer el juego» a la reacción

dando por aceptado que democracia, estabilización y desarrollo son términos que se exigen recíprocamente y objetivos del Estado árbitro;

- proseguir el juego anticomunista que al identificarlos como ligados en el par fascismo-comunismo, exculpa justamente a la burguesía —incluso a sus capas más reaccionarias—; justificar las medidas reaccionarias de todo el sistema, y señalar como el único y verdadero peligro a la lucha revolucionaria y su más o menos embrionario sostén: el proletariado y sobre todo la clase obrera.

- reforzar el peso de la ideología burguesa tramándolo con el de las amenazas y la represión, erigidos en la atribución del carácter fascismo-comunista a toda lucha popular; y evitar como en el caso de *Excelsior*, cualquier discrepancia ideológica aunque ésta se exprese dentro de los cauces del «liberalismo».

Esta es la génesis de la falsa disyuntiva democracia/fascismo equipada por el régimen con la añadidura de su faz anticomunista: la identificación del socialismo con el fascismo.

Lo anterior no quiere decir que no coexistan la represión estatal —como método exigido por las necesidades fundamentales del capital monopolista mexicano y extranjero, y la oligarquía nacional— y la violencia de origen externo o interior, y que uno y otro alternen o se combinen con el reformismo.

Unas veces la violencia la motiva la exasperación ante el deterioro de las condiciones de vida ocasionado por la crisis, la inflación, la devaluación y los bajos salarios reales. Sabido es que durante éstas, cuyos efectos se arrojan sobre las clases trabajadoras, el aumento de los delitos como el robo, los asaltos a «misceláneas», etcétera se convierten en formas *lumpen* del desempleo. Otras corresponden a tal exasperación en el nivel de voluntarismo anarquista y el aventurerismo movidos muchas veces por genuinos sentimientos de protesta ante la situación. Pero

la mayoría de las veces las actividades de esas bandas dizque «ultraizquierdistas» —intento de asesinato a la hermana del presidente electo; homicidios de policías auxiliares modestísimos cuyo oficio también exhibe el grado de subocupación nacional y la migración del campo a la ciudad; secuestros como el de la hija del embajador belga— que por la impunidad de que gozan, y la desinformación total acerca de sus autores, revelan una procedencia ultraderechista. Esos actos, al entrelazarse con la renovación de «guardias blancas», la pululación de «guardaes-paldas» a sueldo, las supuestas «brigadas de choque» obreras (recuérdese el uso de pistoleros y esquirols que junto con la únicamente admonitoria presencia del ejército, quebraron la huelga de la Tendencia Democrática), parecieran más bien ser la respuesta de distintos estratos de la burguesía nacional y extranjera a la intensificación de la lucha de clases y aun ser movidos por intereses políticos al socaire de pugnas interburguesas. A la vez la imposibilidad y aparente ineficacia del Estado para encontrar a los responsables, en contraste con la diligencia y efectividad con que se reprime a obreros, campesinos y a sus grupos de vanguardia, autorizan a pensar en el enlace dialéctico entre la exacerbación de la violencia social y la represión estatal. Todo ello no impide la manipulación, por los medios masivos de propaganda y publicidad, de la opinión pública con la que el gobierno logra desplazar la atención de las masas de la contradicción fundamental y aun de la principal para trasladarla a las secundarias —muchas veces en el nivel interburgués o pequeñoburgués— o bien desviarla a fantasmales «ligas», que olvidan la realidad de carne y hueso del fascismo engendrado siempre potencial y realmente en el sistema capitalista.

El nivel actual de la lucha de clases, la organización independiente de la clase obrera que crece y se politiza cada día, es la mejor evidencia de que la alternativa fascista no está planteada como lo hace la clase dominante en el sentido de fascismo o democracia social «a la

mexicana», sino que en todo caso puede estarse planteando en el seno mismo de aquella, coludida con los más agresivos grupos e instituciones represivas norteamericanas, como ya ocurrió en otros países latinoamericanos, principalmente Chile.

Frente a esto, los avances del proletariado deberán encauzarse en la lucha no por las reformas democráticas en sí —pese a que ella adiestra y obtiene avances limitados cuando no cae en el reformismo ni en el democratismo— sino por la organización sindical independiente. Avanzar pues en un proceso político de independencia ideológica y orgánica de las organizaciones obreras haciendo a un lado la hojarasca reformista y las «manganas charras», que suelen confundirse con el principal enemigo, para localizar a éste en el capital monopolista, su estructura y la oligarquía nacional entrelazada en el Estado cada vez más sólidamente.

XVII

LA DEPENDENCIA ESTRUCTURAL SE AGUDIZA

Imperialismo, dependencia y Estado

Más que avanzar hacia la independencia —como el nacionalismo burgués lo pregona—, durante el último sexenio se refuerza la dependencia que México ha padecido. Ello es así en el comercio, las finanzas y en general el frente económico, en la tecnología, la cultura y la política; en suma, se acentúa la dependencia propiamente estructural que caracteriza al capitalismo del subdesarrollo.

¿Por qué hablamos de una dependencia *estructural*? Porque a diferencia de lo que postulan los ideólogos burgueses y pequeñoburgueses se trata de un fenómeno profundo, que afecta las bases mismas en que se asientan las relaciones sociales de producción, la estructura de clases y el funcionamiento internacional del sistema. En la fase imperialista del capitalismo la desigualdad del desarrollo, como se sabe, se ahonda como nunca antes, y mientras unos cuantos países se afirman como potencias dominantes, entre las que la competencia monopolista se expresa en constantes desacuerdos y contradicciones que aun no siendo antagónicos pueden llegar a ser graves, un gran número de países, en donde las fuerzas productivas crecen también aunque en forma cada vez más contradictoria e

irracional, quedan a la zaga de aquéllas como países tributarios, como la parte —en realidad es más de una mitad— dependiente y dominada del sistema.

El imperialismo da al mercado mundial una dimensión hasta entonces desconocida, universaliza propiamente al capitalismo —si bien poco después contribuirá a hacer posible la ruptura revolucionaria de la que emerge el socialismo— e integra y a la vez subordina a todas las naciones al modo capitalista de producción. Y aunque ciertas relaciones precapitalistas siguen presentes sobre todo en los países más atrasados, el modo de producción capitalista dominante funciona, en la escala mundial, como una sola estructura, como un sistema global en el que la división interna e internacional del trabajo cambia en respuesta a las contradicciones fundamentales que afectan el desarrollo del sistema. La dependencia, como el propio imperialismo, no es por consiguiente algo *externo*, que venga desde fuera o sólo afecte *exteriormente* a los países que la sufren. Es un fenómeno interno, profundo, que condiciona y a la vez deriva del carácter mismo del proceso de acumulación, un rasgo estructural no sólo porque acompaña inseparablemente al capitalismo en su fase imperialista sino porque es la manera de ser, o sea algo «orgánico», inherente al capitalismo del subdesarrollo.

Así como el capitalismo clásico y aun el que conocieron algunos países europeos y el Japón hacia fines del siglo xix aseguró un grado importante de independencia y aun fue visto como un signo de desarrollo autónomo, el capitalismo que nosotros padecemos siempre fue dependiente. Lo fue al nacer y al crecer, en los momentos de auge y en los de crisis y depresión, en tiempos de paz y de guerra, bajo el capitalismo monopolista, digamos privado o simple y, en mayor medida aún, bajo el capitalismo monopolista de Estado. Porque en esta fase el capital monopolista internacionaliza e inserta como nunca antes en los países subdesarrollados, porque en los nuevos esquemas de integración monopolista la clase dominante de esos países afir-

ma, a la vez, su rol de clase dominada, y porque el Estado burgués que hasta entonces pudo haber sido, al menos en ciertas coyunturas, un factor de importancia en la lucha antimonopolista y antimonopolista, al transformarse el capitalismo en capitalismo monopolista de Estado, si bien conserva cierta autonomía relativa y no dejan de darse contradicciones con la clase dominante, se convierte a la vez en el poder del capital monopolista y en sostén de primer orden del proceso de acumulación y, por tanto, de reproducción de las relaciones capitalistas.

En otras palabras, aun el eventual y casi siempre débil enfrentamiento del Estado con el imperialismo se da en una nueva situación en la que el capital monopolista extranjero, integrado en el seno y a menudo incluso convertido en el eje del proceso de producción del capitalismo del subdesarrollo, mantiene con el capital local y con el propio Estado relaciones cada vez más estrechas que es imposible romper o siquiera alterar sensiblemente al través de acciones políticas aisladas. En gran parte esto explica por qué el nacionalismo burgués del gobierno del presidente Echeverría, lejos de afianzar concretamente la independencia económica del país, lo deja tanto o más subordinado que antes.

Dependencia económica y tecnología

Veamos. En *materia económica*, por ejemplo, a riesgo de volver sobre lo ya dicho en otras notas, vale la pena subrayar lo siguiente:

- Aumenta en forma sustancial la inversión extranjera —mucho más de prisa que la inversión privada nacional— sobre todo en la industria manufacturera;
- se estrecha la relación con los capitalistas mexicanos, los que cuando son socios juegan casi siempre el papel de socios «menores»;
- Se desplaza el capital extranjero hacia campos nue-

vos muy importantes en la producción material y en los servicios, dejando, en respuesta a una cambiante división internacional del trabajo, que el capital nacional controle a su vez actividades antes dominadas por el capital del exterior;

- alcanza cifras récord el déficit de la balanza comercial y de servicios y aumenta grandemente la dependencia respecto al comercio exterior, y sobre todo a las importaciones de bienes de producción procedentes de los EUA y otros países imperialistas;

- aumentan grandemente las salidas de divisas tanto debido a las «fugas» de capital mexicano «nacionalista» como a la exacción que implican el déficit comercial y el deterioro en la relación de intercambio, el servicio de la deuda exterior, los pagos por concepto de fletes y seguros, el envío de dividendos a accionistas extranjeros y los gastos por asistencia técnica;¹ pese al reiterado propósito oficial de reducir la deuda extranjera, México se convierte en uno de los países más endeudados del «Tercer Mundo».

Lo mismo acontece, en realidad, en materia tecnológica y científica. El solo hecho de que al calor en cierto modo del agravamiento de sus contradicciones y del antagonismo con el socialismo, el sistema tienda a impulsar el desarrollo técnico-científico y de que la mayor parte de la

¹ Por ejemplo, en el *quinquenio* 1971-75 los dividendos y regalías de las empresas extranjeras establecidas en México enviados fuera del país ascendieron a 2 696 millones de dólares y los intereses de la deuda externa oficial a 2 244 millones, contra 1 594 y 841 millones, respectivamente en el *sexenio* 1965-70. Véase Ignacio L. Medrano, "El déficit en cuenta corriente de la economía mexicana". *Comercio Exterior*, México, Vol. 26, No. 6, junio de 1976, p. 653. Dicho sea de paso, los pagos al capital monopolista extranjero según estas cifras oficiales, en 1971-75 redondean, conforme al actual tipo de cambio flotante, la bonita suma de unos 100 000 millones de pesos. En 1971-75 los cómputos oficiales muestran que las salidas superan a las entradas de capital en 1 298 millones de dólares, o sea casi 93%.

investigación y los avances se concentren en las grandes potencias capitalistas, ahonda la dependencia del mundo subdesarrollado. Ello se aprecia claramente en México en los últimos años en que la industrialización se caracteriza, como se vio más arriba, por una nueva fase de la sustitución de importaciones, ahora principalmente de ciertos bienes intermedios y de capital y, en menor medida, de algunos bienes durables de consumo. La ley de inversiones extranjeras y la de transferencia de tecnología no modifican apreciablemente la situación. Y aun el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y las principales universidades que en otras condiciones podrían abrir nuevas brechas que alentaran el desarrollo de un pensamiento nacional profundo e independiente, se mueven bajo la influencia teórica y metodológica de las corrientes dominantes en los países metropolitanos.

Dependencia cultural, ideológica y política

En un sentido más amplio, se ahonda y vuelve más compleja también la dependencia cultural. Lo que aquí se expresa esencialmente es lo que podríamos llamar la ideología del imperialismo, para cuya difusión se echa mano de todos los medios imaginables: cine, radio, televisión, diarios y revistas, libros, congresos y conferencias nacionales e internacionales, cátedras universitarias, sermones religiosos, etcétera.

Casi no hay sitio o medio de comunicación en el que no se reiteren las posiciones fundamentales de esa ideología que, al margen de ciertos inevitables desacuerdos, exhibe la manera de pensar y de actuar de la burguesía y sobre todo de la oligarquía mexicana. Sería imposible recordar aquí las múltiples formas y las tesis principales en que se expresa. Pero al menos no debiéramos olvidar que su contribución al ahondamiento de la dependencia consiste en que, por lo que hace concretamente a las ciencias sociales y a la lucha política, lo que distingue a tal ideología

es no sólo su rechazo total del materialismo dialéctico e histórico sino su empeño en diseminar el anticomunismo y en hacernos creer que México es un país económica y políticamente independiente, y que aún en aquellos aspectos en que se reconocen ciertas formas de dependencia, nada hay que impida cambiar las cosas bajo el capitalismo, o sea bajo el dominio de la burguesía y sin necesidad de tomar el poder como condición para hacer triunfar una revolución socialista.

La dependencia política se expresa en formas más concretas: la participación en el sistema de la OEA y la subordinación a la estrategia anticomunista del imperialismo, la injerencia de la CIA y de la embajada norteamericana en no pocos asuntos internos y la intervención, propiamente política, de instituciones financieras como el Fondo Monetario, el BIRF, el BID y otras en las que el capital monopolista yanqui ejerce una influencia decisiva. Incluso la cada vez más estrecha relación del ejército y de la policía mexicanos con los correspondientes de Estados Unidos es un signo de creciente dependencia como lo es también el que la teoría política que se produce en las potencias imperialistas se vea generalmente como una importación de calidad indiscutible.

Al subrayar que la dependencia se ha acentuado y recordar algunos de los hechos que lo comprueban no pretendemos que el gobierno del presidente Echeverría se haya cruzado de brazos frente al imperialismo o que no haya tenido con él fricción alguna. La digna actitud ante el asesinato y el derrocamiento del gobierno de Allende en Chile, la disposición a aceptar en México a varios miles de latinoamericanos al amparo del derecho de asilo, la promoción del SELA y de la Naviera del Caribe, la iniciativa para expedir la Carta de Deberes y Derechos Económicos de los Estados, la visita a Cuba del mandatario mexicano y el acercamiento de su gobierno como observador al Movimiento de los Países No Alineados, son actos políticos significativos que exhiben desacuerdos reales sobre

todo con los intereses monopolistas norteamericanos, a la vez que hábiles medidas que refuerzan el capitalismo, en las que coincide en general la burguesía latinoamericana y que tienen además la virtud de ganar al proletariado, en un momento en que la lucha de clases interna se agudiza, a la falsa tesis de que las contradicciones secundarias entre la burguesía nacional y extranjera son el centro de la lucha política y, por consiguiente, del proceso liberador en nuestros países.

Lo cierto es que si bien los intereses de la burguesía doméstica suelen chocar, sobre todo en una situación de crisis, con los del capitalismo monopolista internacional, salvo los grupos ultrarreaccionarios, los que ejercen realmente el poder económico y político comprenden el alcance del nacionalismo y el «tercermundismo» burgueses, entienden que estas posiciones usualmente expresan contradicciones menores y que no obstante la sonoridad verbal que llegan a cobrar en vistosos escenarios internacionales, mientras sean fundamentalmente burguesas y sirvan para mantener una política interna de «unidad nacional» y «conciliación social» jefaturada por la clase en el poder, no sólo no ponen en peligro al sistema de explotación y dependencia sino que, inclusive, lo refuerzan.

La burguesía, en realidad, no podrá ya en ningún país subdesarrollado abrir el cauce de un desarrollo independiente. A estas horas la dependencia es incluso la condición de su supervivencia como clase dominante-dominada. Sólo el proletariado, los trabajadores manuales e intelectuales debidamente organizados por un partido revolucionario serán capaces, haciendo suyos los valores nacionales más genuinos y permanentes y proyectándolos en una generosa solidaridad con las luchas de otros pueblos, de asegurar la libertad, el bienestar y la independencia que el capitalismo del subdesarrollo no pudo ni podrá darles.

XVIII

POLARIZACION Y ESTRATIFICACION DE LA ESTRUCTURA DE CLASES

Estrategia ha insistido desde su primer número en los profundos cambios de la estructura clasista mexicana impulsados por el proceso de acumulación de capital en la presente fase. Estos cambios se expresan en la descomposición del campesinado y de las llamadas capas medias; la rápida expansión de las ciudades, modificaciones de la estructura ocupacional, el fortalecimiento del Estado y de la oligarquía; el acelerado crecimiento del proletariado y estratificación de esta clase, las capas medias y la burguesía; la monopolización de la economía y la socialización del trabajo cada vez mayores, y el agravamiento de las contradicciones económicas, politicoideológicas y sociales, principales y secundarias, en que se manifiesta el de la contradicción capitalista fundamental entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. En los años del gobierno de Echeverría la crisis capitalista y aquellos hechos estructurales han tenido consecuencias insoslayables, en distintos planos y niveles.

- Continúa la «descampesinización» impelida por fuerzas contradictorias perceptibles, unas, principalmente en las poco numerosas explotaciones rurales más capitalizadas en que más se emplea trabajo asalariado, que constri-

ñen el empleo a medida que aumenta su productividad, además de que la diversificación de cultivos y otras actividades opera en dirección de productos agropecuarios que requieren menos fuerza de trabajo; y otras, en la gran mayoría de unidades productoras con una baja capitalización que continuamente pierden significación económica y como fuente de empleo para una población en rápido crecimiento. Sólo en limitada escala la acción estatal en materia de inversiones, precios de garantía y crédito rurales, por lo demás mejor aprovechados por los grandes capitalistas, logran contrarrestar las tendencias al estancamiento de la producción agrícola de la última década. En las actividades agropecuarias la disminución del ritmo de la acumulación de capital privado es mayor que en las industriales, tanto por la debilidad de los campesinos pobres y medios —ejidales y privados—, como porque si bien los grandes terratenientes resienten las bajas de la exportación de algunos productos, de todas formas logran elevadas utilidades sobre la base de la explotación de la fuerza de trabajo más barata del país, los más altos precios de garantía, la inflación y las exenciones de impuestos, pese a su oposición o incertidumbre sobre ciertos aspectos de la política agraria gubernamental, (véanse los artículos sobre la agricultura mexicana en *Estrategia*, números 6, 8 y 11). Continúa a paso veloz, aunque inestable y contradictorio el proceso de destrucción de la agricultura precapitalista y proletarización, en el que si bien aumentan los contingentes obreros, lo dominante en el sexenio ha sido el incremento de cientos de miles de jornaleros y peones y de campesinos pobres que para sobrevivir dependen más de la venta temporal, insegura y a precio vil, de su fuerza de trabajo, unos y otros en buena medida semiproletarios.

• La creciente competencia monopolista, las restricciones crediticias, la elevación de costos por los mayores precios de materias primas, equipos y salarios nominales, y los aumentos de impuestos vuelven más difícil la situación

y aun lanzan fuera del mercado a muchos empresarios pequeñoburgueses mientras que otros quedan sometidos al capital monopolista. Al mismo tiempo que la monopolización incrementa el parasitismo de la economía, sube constantemente el número de antiguos productores «independientes» que se ocupan y subemplean como asalariados en industrias y sobre todo en el comercio y los servicios, y el de quienes dependen de las obras, las oficinas y los servicios, en su mayoría improductivos, del Estado. Legiones de profesionistas y técnicos se incorporan todos los años a estos sectores a desempeñar sus tareas especializadas a cambio de un salario. La acumulación y la consecuente diversificación e integración de los monopolios hace que se incorporen también nuevas categorías pequeñoburguesas de funcionarios y técnicos con un mayor ingreso y otros relativos privilegios, pero a sueldo, así como vendedores, agentes y comisionistas, muchos de los cuales, ya sujetos a las empresas privadas, ya como «coyotes independientes», pululan alrededor de oficinas y empresas del Estado. Puede advertirse que especialmente en las grandes urbes, se incrementa de prisa el subempleo y el desempleo de los profesionistas de algunas especialidades, y pierden importancia ciertas capas pequeñoburguesas e intermedias.

• El crecimiento natural de la fuerza de trabajo —actualmente 750 u 800 mil personas anuales— sigue —y seguirá— siendo rápido a pesar de las campañas neomalthusianas sobre la paternidad y la maternidad «responsables», y adquiere cada vez más un carácter urbano. La tasa de incremento de la población proletaria es más acelerada que la de las otras capas sociales. Pero el cambio más trascendente no es meramente demográfico sino, por encima de todo, económico y social: la proletarización en ascenso de productores y capas intermedias antes «independientes», el creciente sometimiento a la explotación salarial de grandes contingentes femeninos, la diferenciación interna del proletariado, todo ello bajo el impulso del proceso de acumulación monopolista. Desde 1971, con los

cambios en la composición de las inversiones y el bajo nivel general de la tasa de acumulación destacan estos resultados:

- 1) Aumento más rápido del ejército de reserva que de los trabajadores con ocupación estable; 2) mayor concentración de estos últimos al servicio del capital monopolista, principalmente en empresas paraestatales y transnacionales; 3) crecimiento más acelerado de los ocupados en actividades improductivas estatales y privadas; 4) mayor participación femenina en la población económicamente activa; 5) baja de los salarios reales de extensas capas, principalmente de trabajadores no organizados, los menos calificados y los vinculados al capital no monopolista; 6) intensificación de la emigración legal e ilegal de trabajadores a los EUA e incremento de la repatriación de los mismos.

• La burguesía monopolista y sobre todo la oligarquía mexicanas se han fortalecido grandemente en estos años con el apoyo del Estado, que amplió, a paso veloz su gasto total (de un 27.28% del PIB en 1970 a 38.40% en 1975) y sus funciones como inversionista, comprador a «buen precio» —es decir, alto— y vendedor también a buenos precios —o sea bajos— de bienes y servicios, proveedor de servicios sociales, dispensador de contratos y concesiones, promotor internacional y nacional, coordinador de acciones empresariales, «árbitro imparcial» de conflictos, contralor de organizaciones obreras, campesinas y pequeñoburguesas, procurador de la estabilidad del régimen burgués en su conjunto. La inflación, los desajustes financieros, el debilitamiento de competidores por la crisis, y la política económica estatal han contribuido a su fortalecimiento, al mismo tiempo que la mayor inversión extranjera directa e indirecta han profundizado su dependencia del capital monopolista internacional, con el cual —y con el Estado— han extendido y estrechado sus vinculaciones en estos años.

Tal es el marco en que se desenvuelven las contradicciones y luchas de clases de este periodo. Crece la contradicción fundamental con la monopolización que socializa cada vez más la producción en un ámbito interno más y más internacionalizado, y vuelve mayor la apropiación privada, principal y crecientemente por el capital monopolista nacional y extranjero e intensifica la contradicción principal de la burguesía y, siempre en mayor medida, la burguesía y la oligarquía monopolistas, con el proletariado en general y con las capas industriales urbanas explotadas por los monopolios privados y estatales. Asimismo suben de punto las contradicciones interburguesas secundarias, de las distintas fracciones nacionales con las extranjeras, de todas ellas con la pequeña burguesía mexicana, de las capas más dependientes del Estado con las que más sufren las consecuencias de la actual política económica.

XIX

LA LUCHA DE CLASES

En las postrimerías del sexenio anterior —el del díazordacismo— dentro del panorama de la lucha de clases destaca el auge del movimiento estudiantil de 1968. Este se expresa en una contradicción secundaria, pero que adquiere por diversas circunstancias mayor relieve políticosocial, fundamentalmente de la pequeñaburguesía (los estudiantes) radicalizada y ciertos grupos proletarios ligados a la lucha por libertades democráticas. El movimiento recibe el apoyo de sectores de los estratos medios que están a punto de proletarizarse (maestros, profesionales, intelectuales) y aun lo ven con simpatía y le expresan variables grados de solidaridad algunos partidos de extensa gama ideológica. Las demandas del conjunto del movimiento no rebasan, en general, el plano de las contradicciones provocadas por la violencia y la represión del régimen de Gustavo Díaz Ordaz.

El 10 de junio de 1971 esa situación termina y el mismo acto que la liquida muestra una variante —la matanza se atribuye oficialmente a grupos paramilitares— que parece anunciar cambios como:

- La crisis en el seno del movimiento estudiantil escinde a éste —dicho en términos generales y esquemáticos—

en dos: un sector numéricamente muy amplio que tanto por su origen pequeñoburgués cuanto por la seducción de la «apertura democrática» justamente destinada a ello, se acoge al marco liberal propuesto y es absorbido por el establecimiento en una u otra forma, y otro acaso menor cuantitativamente, pero que radicalizado por la lucha estudiantil deja de pensar en que el centro de la actividad revolucionaria sea aquélla y comprende que se sitúa en la de los obreros y su organización sindical y política independiente.

• El traslado —primero lento, y más tarde, al rápido paso y mayor peso de la crisis económica— al plano más relevante de la lucha, de la contradicción económica cuya creciente importancia exacerbada en estas postrimerías de sexenio, contribuye a acentuar las contradicciones secundarias.

El contradictorio marco de la lucha

Sin la pretensión de agotarlas, las contradicciones que en torno de la fundamental (apropiación privada/producción social) y la principal (proletariado/burguesía) se dan e interrelacionan repercutiendo todas entre sí, e intensificando la lucha de clases, podrían enumerarse así:

1) La contradicción burguesía nacional/burguesía extranjera que se da ante el trasfondo de la del imperialismo con la nación, pero que se empeora a causa de la propia crisis. Las metrópolis imperialistas, sobre todo los EUA, se enfrentan a aquélla arrojando el peso sobre los países dependientes, incluidas las burguesías domésticas dada su condición de dominantes-dominadas. Estas, reaccionan, patalean, se defienden aunque sus armas tengan la pólvora mojada por la acentuación de la dependencia, que es la única que les permite alianzas como clase dominante. De ahí el estruendo en torno a la nueva ley de comercio de los EUA y el endurecimiento de la política comercial norteamericana que impone condiciones más duras a los paí-

ses vendedores de materias primas, artículos semimanufacturados y otros productos. Contradicción que refleja la gravedad —mayor aun que la del endeudamiento externo— del deterioro de las relaciones de intercambio y su incrementada desigualdad. Al mismo tiempo el aumento de la competencia monopolista enfrenta al capital extranjero con el nacional. El costo de la tecnología y la asistencia técnica, que si como formas de dependencia son aceptadas, provocan malestar por el desequilibrio que suponen entre una y otra forma de capital monopolista en detrimento del doméstico. El regateo financiero, asimismo, sa agrava no sólo en los que hace a la otorgación de créditos, las tasas y plazos de los intereses, sino a las condiciones generales y particulares que se vuelven más rígidas en medio de la crisis cíclica y estructural del sistema capitalista.

2) Las rivalidades interimperialistas, aunque se den entre potencias de primer rango imperial y las que lo tienen de segundo, repercuten sobre los países dependientes y aun sobre los factores anteriores. En una u otra forma las metrópolis de segundo orden tratan de contrarrestar el peso de la crisis y las condiciones que les impone el imperialismo hegemónico, sobre los países dependientes y las burguesías domésticas que por supuesto no sólo manifiestan su desacuerdo sino que a su vez trasladan los efectos a las clases dominadas y explotadas.

3) Al mismo tiempo, la «colaboración» exigida por el imperialismo a las dependencias insertas en su estructura, cambia no únicamente por exigencias coyunturales, sino al ritmo en que el propio capitalismo lo hace y se transforma. Las transnacionales, independientemente de su influjo en las economías domésticas dependientes, plantean a las respectivas burguesías el problema de su irreductibilidad al marco de las medidas y «diálogos» en que se obtienen acuerdos más o menos relativos entre el Estado y las burguesías domésticas. Aquellas no son sometibles a las estrategias de los países dependientes acuciados por la

creciente gravedad de sus problemas, y contradicciones y generan frecuentes conflictos, que a su vez se entrelazan con los anteriores y los agravan.

La dependencia, garantía de la estabilidad

Lo de más vale viejo por conocido que nuevo por incierto se hizo verdad en el temor con que algunos grupos de la burguesía recibieron el nuevo desarrollismo y desataron contradicciones. Este aunque no sea más que otro tipo de desarrollismo en que se intenta ocultar la base de explotación e injusticia en que descansa, y aun cubrirse con el manto del nacionalismo verbal para denunciar sin peligro las más superficiales formas de la dependencia y el imperialismo, atemorizó más por nuevo que por desarrollismo. Pero a la postre condujo, ante la amenaza que pareció representar la política echeverrista a la estabilidad, a aceptar la ayuda condicionada por la estructura del imperialismo y sus instituciones; el Fondo Monetario Internacional y los bancos mundiales o interamericanos: "si devalúan y se dejan de ilusiones sobre la 'dureza' de un peso que no acierta ni a flotar, ayudamos". Y ayudan: es la garantía de la manutención de la estabilidad a cambio de mayor dependencia.

En el seno de la burguesía nacional se extreman las contradicciones en torno a los alcances y la base real del nuevo desarrollismo. Se identifica éste, como parece hacerlo el gobierno durante un lapso con el aperturismo, con la «alianza popular», con el desarrollo compartido (¿por quiénes?) y en fin con la estridencia de la demagogia y la agitación que algunas capas del Estado y su gobierno hacen resonar como un modo de distraer la atención de las masas de sus objetivos reales. Mas el enfrentamiento verdadero se produce no tanto por lo que se anuncia —*verba volant*— como por lo que se intenta hacer fuera del papel: en el problema del ingreso y su menos inequitativo reparto; en el del aumento de las cargas imposi-

tivas y fiscales a las capas más privilegiadas; la menor protección arancelaria, el aumento de precios de las empresas estatales; la competencia Estado-empresa privada por el crédito bancario; la creciente inversión del Estado, el reajuste de salarios a las mayorías aunque estos no rebasen el mínimo vital que el ritmo alcista impone, y aunque a veces nada de esto trascienda del papel a la realidad, se producen fricciones y conflictos. Los que se expresan más tensamente en grupos como el de Monterrey, Guadalajara, Puebla y otros, incluido el del Distrito Federal «nau-calpan-tlalnepantlalizado» en virtud de sus compromisos y beneficios más directamente ligados con el capital extranjero.

El neolatifundismo, sus capitanes de todo el país, pero principalmente los del poderoso grupo del Noroeste con tantos lazos por una parte con el capital extranjero y por otra con intereses comerciales y financieros regionales y nacionales, se solivianta al soplo demagógico de los oradores del Pacto de Ocampo y la Secretaría de la Reforma Agraria que, dada su volubilidad y las gastadas fórmulas que usan nada serio representan ni lesionan los intereses de aquéllos. Pero causado ese soplo por el arrecio del descontento, el ahondarse de la miseria, al empeoramiento de las condiciones de vida de los campesinos más pobres y los jornaleros agrícolas más explotados, provoca contradicciones de clase más hondas, hace temer a los latifundistas —que por lo demás satisfechos con ya viejas y cuantiosas ganancias estarían dispuestos a ceder algo— que sus intereses vayan a ser vulnerados más allá de los que ellos admitirían en favor de la conservación de su privilegiado *status*.

Una vieja canción: orden y progreso

En otro plano, el de la pequeña burguesía, la contradicción con la burguesía se produce en una doble dirección:

Una: la de los sectores derivados hacia la derecha que piensan que la política del presidente Echeverría es de izquierda y progresista y acuciados por la situación económica de ellos mismos pero diferenciándola de la de las mayorías, y aun atribuyendo a las alzas de salarios e impuestos el malestar, pero sobre todo arrinconados en niveles cada día más bajos por el capital monopolista (se trata de esa pequeña burguesía que se extiende desde la mediana burguesía, pasando por productores familiares hasta la llamada oficialmente «clase media»), eleva su disconformidad al plano político mediante reclamos de orden, cese de la agitación continua y mayor intervención de las fuerzas represivas. Son los grupos de tendencias un tanto fascistoides, que por lo demás ofrecen el pretexto para que oficialmente se establezca la falsa alternativa democracia-fascismo, que suplanta la realidad de este último como dos fases sucesivas del capitalismo en ciertas circunstancias.

Otra: la de sectores menos amplios —técnicos, abogados, economistas, empleados jóvenes, la juventud del PRI— que empujados por la demagogia y ante las actitudes de disconformidad del capital monopolista con la política del régimen, manifiestan cierta ruptura verbal ante el capital extranjero, como una reacción a favor de Echeverría y la burguesía «nacionalista» y las medidas que en apariencia se encaminan a romper con la dependencia aunque en realidad la refuercen. Al mismo tiempo este sector, en la medida en que ofrece y equipa soluciones para los problemas de la burguesía, exhibe el agravamiento de fondo de su contradicción con el proletariado, y deriva hacia posiciones reformistas, democratizantes y nacionalistas burguesas en las que pretende a la vez ocultar aquella contradicción y desviar a la clase trabajadora de su campo de lucha.

En este intrincado juego de contradicciones, no exhaustivo ni agotante de las ramificaciones que lo descomponen en otras, la contradicción burguesía/proletariado ha tomado nuevas formas e influido en la intensificación de

la lucha de clases, lo que no quiere decir que la correlación entre contradicciones y su ahondamiento y lucha sea mecánica ni aritméticamente proporcional. Lo que aquí interesa, más que insistir en la multiplicación de conflictos, huelgas, disidencias sindicales, y en invasiones de tierras y las correlativas represiones o medidas reformistas a que dieron lugar, es la tarea de escudriñar cómo han trascendido esas formas a los distintos planos de la lucha revolucionaria:

- En el plano teórico el avance es muy incipiente. Existe ya la actividad de pequeños grupos proletarizados que ha aumentado el número de las publicaciones de índole marxista en forma de folletos, libros, revistas. Pero la proliferación de ellas no es pareja del índice de fusión de las posiciones teóricas que sostienen con la lucha de las masas. La mayoría de las veces van a la zaga de éstas, se expresan en forma dispersa y débil, y poco contribuyen en la práctica a encauzar aquella lucha por senderos organizativos e ideológicos más firmes y que permitan avanzar a aquellas masas, y ante todo, a su núcleo: la clase obrera. En el seno del movimiento obrero no sólo no se rompe con el peso de la teoría y de la ideología burguesa ni el influjo del reformismo, sino que todavía se adopta éste sin conciencia de lo que implica como desviación de la lucha.

- En el plano ideológico comienza a producirse la ruptura con la burguesía. Tal ruptura no sólo se hace notoria en los grupos más independientes de las masas sino que incluso se expresa en el lienzo charro de Fidel Velázquez y sus inciertos enfrentamientos con el charrismo patronal, blanco, y con otros sectores del sindicalismo, comprendidas secciones del propio aparato cetemista o del Congreso del Trabajo. En otro nivel se enfrentan tendencias como la Democrática, polarizadora de simpatías de otros estratos sociales —estudiantes, profesionales y algunos partidos— que integran un largo espectro ideológico desde el Partido Comunista Mexicano, hasta los que están en formación y alimentan todavía esperanzas democráticas

e ilusiones de realizarlas dentro del ya obsoleto marco del aperturismo.

• En el plano político la lucha es todavía muy débil y ello se advierte con mayor claridad en los pocos pasos de avance advertibles en la lucha sindical para elevarla al plano político, y a la vez sustentarla en organizaciones que tengan ese carácter. Cuando tal lucha existe se da en forma aislada y esporádica lo que la hace más vulnerable aún a la actividad de la clase dominante que en correspondencia al proceso monopolizador de esta fase del capitalismo, centraliza y concreta también el poder político.

• La lucha económica es el plano en que más intensamente se ha manifestado la de clases y se manifiesta en el incremento de demandas salariales, huelgas, revisiones de contratos y conflictos obrero-patronales. Aun se expresa en la adopción de posturas más rigurosas, aunque muchas veces sólo se queden en reclamos verbales en las mesas «tripartitas», por parte de los líderes charros.

En resumen, es indudable que durante el sexenio —por estos días moribundo— la lucha de clases se intensificó no sólo como resultado de la dinámica del capitalismo monopolista de Estado y la correlativa concentración y centralización de la riqueza y del poder político, sino también por los vientos de crisis que tan fuertemente han soplado en las postrimerías del lapso. Como anteriormente se ha visto en torno a la contradicción fundamental del sistema (apropiación privada/producción social) se acumula un complicado juego de contradicciones ya sea secundarias ya principales por su naturaleza (burguesía/proletariado) o bien que en determinadas coyunturas, siendo secundarias adquieren el carácter de principales.

Sería ingenuo suponer que la estrategia de la burguesía es ya ineficaz y que la clase dominante se encuentra desarmada ante esa intensificación.

Esa estrategia de la burguesía consiste en localizar con mayor precisión y rigor la actividad del reformismo en las zonas de las contradicciones secundarias sobre las que la

burguesía y su Estado tienen influjo y capacidad de maniobra.

Incapaz la burguesía del capitalismo del subdesarrollo por la misma caducidad de esta categoría, como porque la contradicción fundamental y la principal de ella derivada, son antagónicas y sus términos por tanto excluyentes en la perspectiva histórica, se muestra conciente de que sólo en el terreno de las contradicciones secundarias puede 1) consolidar y vigorizar el sistema mediante reformas no para el cambio sino para el mantenimiento; 2) aprovechar la relativa autonomía del Estado para, apoyándose demagógicamente en las masas en nombre de la «alianza popular» y del «nacionalismo revolucionario», proteger los intereses capitalistas de todos los grupos de la burguesía y 3) desviar la lucha proletaria desorganizando a la clase obrera, hacia objetivos no proletarios.

Por supuesto que todo ello no niega la intensificación de la lucha de clases que si ahora se manifiesta en movimientos, pugnas y conflictos crecientes, pero aislados y sin base política ideológica científica y sustento teórico, es sin duda un fermento cuya actividad se ha reactivado. La estrecha malla donde se tejen la ideología, el reformismo, la represión y otros modos de soborno y seducción de la clase trabajadora, sólo podrá ser rota por la lucha política de ésta. Una lucha que sin menospreciar las cotidianas libradas por las masas para mejorar sus condiciones de vida hoy tan empeoradas, sino incorporándolas en un programa revolucionario de largo alcance, informado teórica e ideológicamente en los postulados del socialismo científico que desenajene al proletariado de la ideología burguesa, sepa romper con todas las armas revolucionarias la intrincada malla que mantiene a la clase trabajadora apresada y lejana de la actividad revolucionaria que enrumbe a la conquista del poder.

XX

LA VIA MEXICANA AL SOCIALISMO

¿Vía capitalista o no capitalista?

Un somero inventario de los grandes problemas que aquejan hoy al pueblo mexicano permite advertir que no son fáciles de resolver. La experiencia de los últimos seis años entraña una lección que no debiera olvidarse, pues si bien ha dejado claro —incluso para muchos funcionarios que siempre la defendieron— que la política seguida a partir de los años cuarenta fue inadecuada para promover el desarrollo, no es menos claro —así se empeñen sus apologistas en hacernos creer lo contrario— que el nuevo desarrollismo es también incapaz de cambiar sustancialmente las cosas. El presidente Echeverría y algunos de sus colaboradores trabajaron, sin duda, con intensidad y probablemente pensaron que lograrían el cambio de «estructuras mentales» de que tanto se habló bajo el régimen. Mas el hecho es que los viejos problemas siguen en pie y que junto a ellos han surgido otros nuevos, no menos graves, lo que se explica porque se trata de problemas estructurales, inherentes a las relaciones mismas de producción y que en tal virtud no pueden por arte de magia —y menos todavía por arte de demagogia— resolverse con medidas que ni siquiera atacan sus causas fundamentales. Lo

que está en juego no es sólo la incapacidad del PRI, del gobierno o incluso del Estado burgués sino de la clase dominante toda y del sistema en su conjunto. Ahora es más claro que nunca que más capitalismo no significa más prosperidad, ocupación plena o utilización racional de los recursos productivos, ni tampoco mayor estabilidad e independencia económica, o menor explotación de los trabajadores.

En los últimos decenios se ha hablado mucho de que una vía no capitalista podría librarnos del subdesarrollo. Lo ha hecho demagógicamente la burguesía al pretender, con el propósito de convencer a las masas de que el socialismo es innecesario, que el sistema que padecemos no es ya capitalismo sino una economía «mixta» que asegura un desarrollo con libertad y justicia. Ya vimos que esto es falso y que el capitalismo mexicano no resolverá sus más graves contradicciones tan sólo porque la burguesía le cambie de nombre y use, para designarlo, los más variados eufemismos. La vía no capitalista sólo fue viable hasta hoy en países como Mongolia, Vietnam y otros muy atrasados, en gran parte feudales, en los que las relaciones precapitalistas estaban aún muy extendidas, y en los que sirvió de puente para acelerar el tránsito al socialismo que en rigor fue el que hizo posible el cambio estructural. En países como el nuestro, empero, en donde el capitalismo arraigó desde hace mucho tiempo e incluso recorre ya una fase muy avanzada, tomar la vía no capitalista equivaldría a querer evadir el proceso histórico y escapar a las leyes que lo rigen. Si el obstáculo a nuestro desarrollo y la causa principal de la explotación de nuestro pueblo es el capitalismo monopolista, sólo descubriendo con precisión sus contradicciones actuales más graves y superándolas en la lucha revolucionaria, podremos seguir adelante. Y la única solución que se conoce a los problemas del capitalismo monopolista es el socialismo.

Pero, ¿lo comprende ya así nuestro pueblo? Desafortunadamente, no. Es todavía tan grande el peso de la ideología burguesa entre la propia clase obrera que muchos

creen que si ya tuvimos la Revolución de 1910 no requerimos de otra; algunos piensan que aún sigue vigente, otros que ya murió pero no sin antes cumplir su cometido, otros más consideran que una nueva revolución sería imposible y utópica y no faltan quienes, ganados por las posiciones más reaccionarias, ven en la revolución algo subversivo y antipatriótico, sin comprender que se trata de un derecho inalienable de los pueblos y de la base misma en que descansan la soberanía nacional y el propio desarrollo de la sociedad. Aun en el seno de la izquierda hay quienes, conviniendo en principio y en abstracto en la necesidad de la revolución, prescinden del análisis de las contradicciones del capitalismo monopolista en su fase actual y conciben la lucha por el socialismo no como algo presente sino más bien como un objetivo lejano e incierto.

Estrategia no comparte tales posiciones y piensa que la lucha por el socialismo es impostergable. Pero esto no significa que hayamos descubierto un atajo que nos permita quemar etapas y abreviar el camino. Significa solamente que la lucha revolucionaria no es espontánea ni menos anárquica y que, ante la incapacidad del reformismo burgués para resolver las contradicciones del capitalismo mexicano, sólo una estrategia revolucionaria será capaz incluso de realizar las reformas democráticas que la revolución iniciada en 1910 no pudo lograr bajo la dirección de la burguesía. Quiere decir, además, que si bien el socialismo no está a la vuelta de la esquina ni la revolución tiene ya señalada su hora como si fuese un estallido que se prepara mecánicamente con antelación, están ya dadas las condiciones objetivas necesarias para avanzar en la lucha por el poder y por una nueva sociedad.

Teoría y práctica de la revolución

Para entender mejor esta cuestión decisiva, acaso sea útil recordar algunos principios de la teoría de la revo-

lución, pues como suele decirse, nada hay tan importante en la práctica como una buena teoría.

Hemos dicho que el socialismo, que supone la socialización y el empleo más racional de los medios de producción y el excedente económico, puede dar a nuestro pueblo el bienestar y la independencia de que carece. Pues bien, el socialismo sólo es posible al través de una revolución. Las revoluciones no son hechos anormales que alteren negativamente el curso de la historia; no son signos de muerte y de ruina sino de vida y de cambio; son incluso el motor del desarrollo de la sociedad y la condición indispensable para pasar de una formación social a otra superior. Para realizar con éxito una revolución socialista se requiere un proletariado conciente y organizado que asuma la principal responsabilidad en el proceso y un partido revolucionario que lo dirija como una lucha que reclama la solidaridad internacional de los trabajadores y que, en un país dependiente, sea capaz de fundir la legítima aspiración de plena independencia nacional y de respeto a ciertos derechos democráticos, con objetivos de mayor alcance, propiamente socialista.

Una revolución socialista sólo puede darse a partir de una situación revolucionaria, es decir, de una crisis profunda que impida a la burguesía seguir gobernando como antes y que agrave las condiciones de las masas, generalice su descontento y las lance a la lucha. Sin una situación de ese tipo nunca ha habido hasta ahora una revolución, y aun estando presente no pocas veces se frustró. Entre una y otra hay todavía una gran distancia, y mientras aquella consisten en la maduración de ciertas condiciones fundamentales objetivas, la revolución expresa esencialmente factores subjetivos: la conciencia de las masas, su disposición de lucha, su organización y la del partido; la capacidad, en fin, de éste, para dirigir al proletariado.

Tales principios tienen un valor general porque corresponden a leyes generales, que sin embargo no actúan del mismo modo en contextos históricos distintos. Pero lo que varía grandemente son las vías al socialismo, hasta el

punto de que cada país, según su historia y sus condiciones, debe encontrar y definir la suya.

Algunos posibles rasgos de la vía mexicana

¿Cuáles pueden ser algunas modalidades de la vía mexicana? Desde luego no lo sabemos con precisión. Sería pedante querer someter un proceso tan complejo a un esquema necesariamente burdo. La vida es siempre más rica que cualquier previsión y suele tomar los caminos más inesperados; y si algo no es dogmático es el marxismo. La lucha misma y sus avances nos darán la respuesta. Pero si hemos de utilizar la teoría como un valioso auxiliar, como una guía, con fines de discusión podrían plantearse las cuestiones siguientes:

- En México hubo una revolución democrático-burguesa de cierta significación que sin duda impulsó el proceso capitalista, pero que no permitió un desarrollo más o menos homogéneo e independiente. Lo que fraguó fue el capitalismo del subdesarrollo, o sea una formación desprovista de la pujanza característica del llamado «modelo» clásico y de otras versiones posteriores y profundamente contradictoria, deforme e irracional. De ahí que la vía mexicana al socialismo tendrá una relación estrecha, aunque no mecánica, con los caracteres y más graves contradicciones que, en tal sistema, exhibe el proceso de acumulación de capital.

- Por su magnitud y su mayor concentración, porque de ella depende en gran parte la producción y la plusvalía que controla el capital monopolista, y también por su grado de conciencia, la clase obrera será en México la fuerza más importante en la lucha por el socialismo. Pero como el capitalismo mexicano es muy desigual y no ha sido ni será capaz de revolucionar el campo con rapidez, de intensificar la modernización y elevar grandemente la productividad, de descomponer más de prisa al campe-

sino y de destruir en gran parte la pequeña producción mercantil y desplazar el grueso de la población rural hacia las ciudades; y como tampoco ha sido ni será capaz de dar a los trabajadores urbanos una ocupación estable en la industria moderna y en el comercio y los servicios ligados a ella, la alianza de la clase obrera con los campesinos pobres y con los trabajadores del campo, por un lado, y con el proletariado no obrero y aun amplios sectores de la pequeña burguesía y de las llamadas capas medias, por el otro, será muy importante.

- Dada la significación que el imperialismo, y en particular el imperialismo norteamericano ha tenido en nuestra historia, y dado el papel que el capital monopolista extranjero juega hoy en el proceso económico e incluso en la vida social y política del país, la revolución socialista pasará por una profunda lucha antimperialista susceptible de atraer e incorporar activamente a grandes masas.

- Habiendo sido nuestro país durante siglos una colonia y más tarde una semicolonía, y teniendo el nacionalismo una larga y profunda tradición, es probable que la lucha por el socialismo exhiba a la vez un fuerte acento nacionalista, que a diferencia del nacionalismo burgués reivindique genuinamente los más altos valores nacionales sin caer en el chovinismo y el anticomunismo, sino al contrario, fundiéndolos con el internacionalismo proletario.

- En un país en que la desigualdad social es tan dramática, el desperdicio tan común, la explotación tan intensa, la corrupción tan extendida y el despojo y el atropello tan frecuentes, la lucha por el poder y por el socialismo difícilmente podrá desentenderse de esos y otros problemas de los que son víctimas millones de mexicanos.

- El peso decisivo que ejerce el capital monopolista nacional y extranjero y la forma estrecha y peculiar en que, en su seno y aun al margen de él, se liga el Estado a los monopolios, contribuirán a que la lucha antimperialista no se limite al enfrentamiento con los enemigos de fuera o con las trasnacionales que operan en nuestra patria, sino

que se complemente e integre con una lucha antimonopolista más profunda, que deslinde y vuelva más vulnerable a la oligarquía mexicana y descubra tanto sus relaciones más íntimas con el capital extranjero y con el Estado, como el carácter burgués de éste.

• La lucha revolucionaria, en consecuencia, pasará también por el enfrentamiento a las posiciones reformistas y oportunistas que niegan o al menos soslayan tal carácter; implicará asimismo la intensificación de las luchas de los trabajadores con las empresas estatales y, en un país sin una rica tradición democrática en el que con frecuencia se violan incluso los derechos más elementales, tendrá que fundirse con, y aun recorrer una primera etapa en que la lucha de masas cobre especial fuerza en torno a ciertas demandas democráticas, que sin embargo sólo podrán lograrse si el proletariado es ya, en forma clara y definitiva, la fuerza política hegemónica y se proyecta con decisión, como ocurrió en la revolución cubana, hacia el socialismo.

• Ante el peligro, en fin, de una tercera guerra mundial que sólo al imperialismo interesaría provocar —y que en una coyuntura crítica puede ser la forma en que estalle la contradicción capitalismo/socialismo—, la lucha revolucionaria tendrá de su lado y contará con la contribución de la lucha por la paz, la que de preservarse permitirá disponer más fácilmente y con menor costo para otros pueblos del apoyo decisivo de los países socialistas, sin el cual probablemente no habrían triunfado la revolución cubana, la heroica lucha del pueblo vietnamita y el movimiento popular de Angola.

El que bajo el capitalismo mexicano estén dadas desde hace tiempo las condiciones objetivas, podríamos decir históricas, para avanzar hacia el socialismo, no significa que haya una situación revolucionaria ni que las condiciones subjetivas hayan logrado el nivel de aquellas. Nuestro país no es, por cierto, el eslabón más débil de la vieja cadena imperialista en América Latina, sino más bien de

los menos débiles. Los desajustes y contradicciones que culminan con la devaluación del peso no exhiben siquiera una crisis política profunda. Expresan más bien una crisis económica que el Estado, el Fondo Monetario y la burguesía nacional y extranjera se aprestan ya a mitigar. Sin duda la contradicción capitalista fundamental se ha agudizado en los últimos años. Pero sería caer en un materialismo vulgar, meramente economicista, trasladarla mecánicamente a otros planos y suponer que en ellos las cosas se han agravado paralelamente y con la misma intensidad. Las luchas sindicales recientes y la multiplicación de pequeños esfuerzos que se caracterizan por una mayor conciencia crítica, así como la búsqueda de nuevos planteos y formas de acción que impulsen la lucha revolucionaria, aunque dignos del mayor respeto y muy alentadores dejan ver que estamos todavía en una fase incipiente y lejos de aquellas en que habrá de debatirse centralmente el problema del poder. Mientras éste sea detentado por la burguesía no habrá cambios fundamentales. Antes será preciso que los obreros cobren conciencia, en la vida y en la lucha cotidianas, de la necesidad de la revolución: que ganen a miles de otros trabajadores a la actividad sindical y política, que las fuerzas adictas al socialismo formulen, a partir del conocimiento profundo de nuestra realidad y como resultado, a la vez, de un esfuerzo teórico serio, un programa propiamente revolucionario: que el nivel actual de organización se eleve sensiblemente y que la dirección del movimiento de masas pase, de la burguesía, el PRI y los líderes charros, a un proletariado que conquiste la vanguardia de los trabajadores. La actual crisis capitalista y los profundos desequilibrios que la devaluación del peso ha puesto en relieve y está contribuyendo incluso a agudizar, el hecho de que los monopolios sean los principales beneficiarios, el explicable descontento de amplias capas del pueblo, la subordinación de la política financiera y aun de la estrategia económica del gobierno al Fondo Monetario Internacional, y la instalación de un nuevo gobier-

no, crean un clima propicio para luchar, para defender los intereses más genuinos del pueblo, para extender la solidaridad y promover nuevas acciones, para combatir el reformismo y la ideología burguesa, por un lado, y por el otro el ultraizquierdismo y el sectarismo; para unir a importantes contingentes populares en un vasto programa antimperialista y antimonopolista, y para avanzar en la forja de una alternativa que, en la teoría y en la práctica, estratégica y tácticamente, abra la perspectiva de una lucha revolucionaria capaz de llevar al pueblo al poder.

Que esa lucha puede ser larga y cruenta, sin duda. Ninguna revolución es fácil. Y si algún pueblo ha pagado un alto precio por lo poco que tiene de libertad y bienestar es el pueblo mexicano. La guerra de independencia fue una demostración dramática de hasta dónde la clase dominante, aun sin tener posibilidades de triunfo, es capaz de recurrir a la destrucción y la violencia para preservar sus privilegios.

El movimiento de Reforma y la manera toda en que el capitalismo mexicano, literalmente chorreando sangre, se afirma en nuestro país, comprueban que el progreso social suele imponer grandes sacrificios a los pueblos.

La Revolución Mexicana, que especialmente en 1913-15 cobra inusitada violencia y destruye riquezas materiales y centenares de miles de vidas humanas, aun ya entrados los años veinte se expresa a menudo en nuevas oleadas de sangre.

El pueblo, claro, no es partidario de la violencia. En verdad es casi siempre víctima inocente de ella. Y así como ahora sufre la sorda y diaria violencia de la explotación, de la ignorancia, del abandono, el atropello, la represión y la injusticia, mañana, cuando su conciencia revolucionaria, su organización, su unidad y su fuerza le permitan llevar la lucha por el poder a planos que entrañen una seria amenaza para la burguesía, ésta echará mano de todos los medios a su alcance incluyendo naturalmente

la ilegalidad y las armas, para impedir que el pueblo rescate su dignidad y se adueñe de su destino.

Pero los pueblos, como lo demuestra la historia, aprenden a responder a la violencia con la violencia y a valerse de ésta para vencer al enemigo y forjar un nuevo y mejor orden social. En esta dirección empieza a moverse el pueblo mexicano, y, aunque su marcha es todavía lenta y a veces incierta y seguramente habrá de encontrar muchos obstáculos difíciles de vencer, podemos confiar en que si los trabajadores se entregan generosamente a la causa de la revolución con energía, con disciplina e inteligencia, dispuestos a comprometer en esa causa su tranquilidad, su libertad y aun su vida, nadie podrá impedirles la victoria.

Se terminó de imprimir este libro
el día 20 de mayo de 1981, en los
talleres de la Editorial Libros de
México, S. A., Av. Coyoacán 1035,
México 12, D. F. Se tiraron 3000
ejemplares.